

Ficha primera: Prólogo del Santo Evangelio según San Lucas (Lc 1, 1 - 4)

Excelentísimo Teófilo: Muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han verificado entre nosotros, siguiendo las tradiciones transmitidas por los que primero fueron testigos oculares y luego predicadores de la Palabra.

Yo también, después de comprobarlo todo exactamente desde el principio, he resuelto escribírtelos por su orden, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido.

Lectura:

Observamos en el texto que cuando san Lucas se pone a escribir, ya otros lo han hecho antes que él. Hay ya una "tradición" sobre los hechos y dichos del Señor.

Estas tradiciones proceden de los que fueron primero "testigos oculares" y después "predicadores de la palabra". Gozan por tanto de total fiabilidad, tanto externa (la objetividad de lo visto) como interna (el mensaje, el significado de esos hechos). San Lucas recoge y transmite fielmente la predicación apostólica, auténtica, sobre Jesús.

Es de notar el interés metódico de san Lucas en la exactitud de su relato.

¿Cuál es la finalidad del libro? Poner de relieve la solidez de la enseñanza (catequesis) recibida. No se basa en teorías, sino en hechos fiables.

Meditación:

En efecto, el evangelio es un relato histórico, no transmite ideas, planteamientos, sino hechos, hechos salvadores. Hechos en los que se desvela la acción salvadora de Dios en Jesucristo. No transmite teorías, sino realidades que han acaecido entre nosotros y no podemos por menos de contarlas.

El evangelio forma parte, parte privilegiada, divinamente inspirada, de ese gran movimiento de comunicación de Jesucristo que llamamos Tradición eclesial, y que partiendo de los primeros testigos oculares y ministros de la Palabra, llega a todas las generaciones. También a nosotros. Somos agradecidos de que esa predicación apostólica sobre Jesucristo haya llegado hasta nosotros.

Ahondar en esta Tradición de Jesucristo, de la mano del evangelio según san Lucas, dará solidez a nuestra fe. Y nos constituirá a nuestra vez en testigos y evangelizadores.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Nos dirigimos al Señor para expresarle lo que sentimos en este momento: nuestro

agradecimiento por haber venido a nosotros, por habernos llamado a la fe, nuestro agradecimiento por el don de los santos evangelios, por los que han traído la palabra de salvación a nuestras vidas.

Le pedimos que nos ayude a consolidar nuestra fe viviendo fielmente este camino de lectura bíblica, de oración bíblica, que estamos comenzando...

Contemplación:

Y más allá de las palabras... Cristo mismo. Él nos habla a través de su evangelio.

Repasemos imaginativamente todo el relato evangélico, que conocemos, y veamos a los futuros apóstoles contemplar admirados los hechos de Jesús, escuchar conmovidos su predicación, esconderse vergonzosamente durante su pasión y muerte, alegrarse al verle resucitado, y tras recibir el Espíritu Santo en Pentecostés, recorrer el mundo anunciando la Buena Nueva.

Y dejemos que esta escena nos llene el corazón de alegría, de agradecimiento, de paz, y de deseos de amar y anunciar a Cristo.

Para nuestra vida:

Puedo revalorizar el puesto de la lectura bíblica en mi vida.

Puedo proponerme tomar en serio y participar hondamente en estos encuentros de Lectio Divina. También hoy el Evangelio ha de ser anunciado ¿Puedo yo ser un evangelizador?

Así lo ha leído...

San Agustín:

Hermanos, puesto que creemos en Cristo, permanezcamos en su palabra. Pues si permanecemos en su palabra, somos en verdad discípulos suyos. No sólo son discípulos suyos aquellos doce, sino todos los que permanecen en su palabra. Y conoceremos la verdad y la verdad nos hará libres, es decir, Cristo, el Hijo de Dios que dijo: Yo soy la verdad (Jn 14,6), nos hará libres, es decir, nos liberará no de los bárbaros, sino del diablo; no de la cautividad corporal, sino de la iniquidad del alma. Él es el único que otorga esta liberación. (Sermón 134,6)

El Concilio Vaticano II:

La Santa Madre Iglesia firme y constantemente ha creído y cree que los cuatro referidos Evangelios, cuya historicidad afirma sin vacilar, comunican fielmente lo que Jesús Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación de ellos, hasta

el día que fue levantado al cielo. Los Apóstoles, ciertamente, después de la ascensión del Señor, predicaron a sus oyentes lo que Él había dicho y obrado, con aquella crecida inteligencia de que ellos gozaban, amaestrados por los acontecimientos gloriosos de Cristo y por la luz del Espíritu de verdad. Los autores sagrados escribieron los cuatro Evangelios escogiendo algunas cosas de las muchas que ya se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas atendiendo a la condición de las Iglesias, reteniendo por fin la forma de proclamación de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús. Escribieron, pues, sacándolo ya de su memoria o recuerdos, ya del testimonio de quienes «desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra» para que conozcamos «la verdad» de las palabras que nos enseñan (Dei Verbum 19)

Ficha segunda: Anuncio del nacimiento de Juan Bautista (Lc 1, 5 - 25)

En tiempos de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías, casado con una descendiente de Aarón llamada Isabel. Los dos eran justos ante Dios, y caminaban sin falta según los mandamientos y Leyes del Señor. No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos eran de edad avanzada.

Una vez que oficiaba delante de Dios con el grupo de su turno, según el ritual de los sacerdotes, le tocó a él entrar en el santuario del Señor a ofrecer el incienso. La muchedumbre del pueblo estaba fuera rezando durante la ofrenda del incienso.

Y se le apareció el ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso. Al verlo, Zacarías se sobresaltó y quedó sobrecogido de temor. Pero el ángel le dijo: No temas, Zacarías, porque tu ruego ha sido escuchado: tu mujer Isabel te dará un hijo y le pondrás por nombre Juan. Te llenarás de alegría y muchos se alegrarán de su nacimiento. Pues será grande a los ojos del Señor: no beberá vino ni licor; se llenará de Espíritu Santo ya en el vientre materno, y convertirá muchos israelitas al Señor, su Dios. Irá delante del Señor, con el espíritu y poder de Elías, para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y a los desobedientes a la sensatez de los justos, preparando para el Señor un pueblo bien dispuesto.

Zacarías replicó al ángel: ¿Cómo estaré seguro de eso? Porque yo soy viejo y mi mujer es de edad avanzada. El ángel le contestó: Yo soy Gabriel que sirvo en presencia de Dios; he sido enviado a hablarte para darte esta buena noticia. Pero mira: te quedarás mudo sin poder hablar, hasta el día en que esto suceda, porque no has dado fe a mis palabras, que se cumplirán en su momento.

El pueblo estaba aguardando a Zacarías, sorprendido de que tardase tanto en el santuario. Al salir no podía hablarles, y ellos comprendieron que había tenido una visión en el santuario. Él les hablaba por señas, porque seguía mudo. Al cumplirse los días de su servicio en el Templo volvió a casa. Días después concibió Isabel, su mujer, y estuvo sin salir cinco meses, diciendo: Así me ha tratado el Señor cuando se ha dignado quitar mi afrenta ante los hombres.

Lectura:

Llama la atención el interés de san Lucas por encuadrar históricamente el relato, los detalles del ritual judío, etc.

¿Qué caracteriza a Isabel y Zacarías? De familia sacerdotal, son piadosos judíos, ancianos que han visto frustrada su esperanza de tener descendencia, pero continúan fieles al Señor. Zacarías se sorprende ante la presencia del ángel. Este "temor" no es "miedo". La manifestación divina no comporta ninguna amenaza, sino una buena noticia. Se trata de la reacción natural del hombre ante la manifestación augusta de la presencia de Dios. Se anonada, se sorprende, se sobrecoge.

Se anuncia una alegría, ¿cuál es su causa? No solo el tan deseado nacimiento de un hijo, sino el hecho de que sea un enviado de Dios, el que preparará al Señor un pueblo bien dispuesto.

Zacarías pide garantías, no termina de fiarse, y se queda sin voz como signo. Pocos días después, la palabra del ángel se cumple, y queda encinta Isabel.

Meditación:

Nuestra fe tiene sus raíces en la historia religiosa de Israel. Dios se ha preparado un pueblo en cuyo seno pudiera nacer el Señor. No somos los "inventores" del evangelio, lo recibimos de una larga historia de salvación.

También nosotros necesitamos prepararnos, llegar a ser un pueblo bien dispuesto para recibir plenamente al Señor

Dios se comunica, envía mensajeros a los hombres, para hacer avanzar su plan de salvación. ¿Cómo se comunica conmigo? ¿Se escucharle? ¿Acudo a su presencia a ofrecerle mi incienso?

¿Me sobrecoge su presencia? ¿Me fío de su palabra o le pongo condiciones y pido garantías? ¿Tengo esperanza en el Dios que es capaz de dar descendencia a una anciana estéril?

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros

Oración:

Damos gracias a Dios, que nos dispone para recibir más plenamente a Cristo.

Pidámosle por el pueblo judío, para que descubra al Mesías, y por la paz entre judíos y árabes.

Pidamos también al Señor que nos enseñe a escucharle y nos de generosidad al responderle. Que haga crecer nuestra esperanza.

Contemplación:

Repasar imaginativamente la escena, viendo el estupor de Zacarías, la alegría del anuncio del ángel, la expectación del pueblo, el gozo de Isabel embarazada...

Y ver a Cristo que viene, preparado inmediatamente por estos acontecimientos, al encuentro de una humanidad expectante, para llenarla de estupor y alegría.

Ante Dios, la palabra más sensata es el silencio.

Aprender a fiarme de él. No desconfiar en situaciones aparentemente sin salida, pues nada es imposible para Dios.

¿Qué tengo que disponer en mi vida para recibir a Cristo como se merece?

El Catecismo de la Iglesia Católica:

El Pueblo de los «pobres», los humildes y los mansos, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia no de los hombres sino del Mesías, todo esto es, finalmente, la gran obra de la Misión escondida del Espíritu Santo durante el tiempo de las Promesas para preparar la venida de Cristo. Esta es la calidad de corazón del Pueblo, purificado e iluminado por el Espíritu, que se expresa en los Salmos. En estos pobres, el Espíritu prepara para el Señor «un pueblo bien dispuesto» [...]. Juan es «Elias que debe venir»: El fuego del Espíritu lo habita y le hace correr delante [como «precursor»] del Señor que viene. En Juan el Precursor, el Espíritu Santo culmina la obra de «preparar al Señor un pueblo bien dispuesto» (nº:716y718)

Ficha tercera: La vocación de María (Lc 1, 26 - 38)

A los seis meses el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la Virgen se llamaba María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú eres entre las mujeres.

Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél

El ángel le dijo: No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin.

Y María dijo al ángel: ¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?

El ángel le contestó: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente

Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.

María contestó: Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y la dejó el ángel

Lectura:

San Lucas tiene interés por los nombres propios: no expone teorías ni generalidades, sino que narra hechos acaecidos a personas.

Hay continuidad entre este texto y el del anuncio del nacimiento de Juan, ¿habrá también novedades? Aquél era un mero "anuncio" de lo que Dios va a hacer. Éste es un "relato de vocación": Dios revela a María su plan de salvación, y el puesto peculiar que le corresponde en él. Pide su colaboración libre y la obtiene. María sabe ahora quién es ella para Dios, y toda su vida será un "sí" a esa revelación.

"Bendita entre las mujeres", forma semítica de decir "la más bendita de todas". El Señor está con ella de modo particular, la ha llenado de gracia de un modo único (¡se repite por dos veces!).

La alegría de María brota de la cercanía del Señor y de la acción de su gracia. Pero también de la respuesta generosa que ella dará a la propuesta del ángel.

La turbación de María: Ante la manifestación divina, María se sobrecoge e intenta comprender, quiere abrirse al mensaje desde el principio.

Jesús es concebido "por gracia de Dios". ¿Qué se dice de Él? ¿Quién es y a qué viene? Es la Salvación de parte de Dios, el Hijo del Altísimo, el Santo, el que trae el Reino. Es Jesús el verdadero protagonista de la escena: todo gira en torno a su venida.

La pregunta de María no es incrédula petición de garantías, como la de Zacarías. María pide aclaraciones para responder mejor.

En una desposada, esta pregunta carece de sentido. Pero se entiende si hay ya en María una voluntad de permanecer virgen. "Conocer varón" es en efecto un semitismo que significa "tener relaciones conyugales con mi esposo". Como en toda vocación María expresa, pues, su incapacidad para realizar por sí misma lo que se le pide: solo será posible por el poder de Dios.

El que va a nacer será llamado Hijo de Dios pues nace de María solo por el poder del Espíritu Santo, sin concurso de varón.

Hay signos del poder absoluto de Dios: Isabel...

¿Cómo se sitúa María? Elige libremente ser obediente, se autoproclama esclava. Así llega a ser verdaderamente libre, a ser ella misma, y a ser causa de la liberación del género humano.

Se cumple en su vida la palabra de Dios porque ella la asume con todas sus consecuencias, definitivamente.

Meditación:

Dios llama a María a participar de una forma peculiar en la obra de la salvación. También a mi. ¿He escuchado su llamada? ¿Cómo puedo escucharla? ¿Cuál es la voluntad concreta de Dios sobre mi vida? ¿Para qué me ha enviado a este mundo?

El eje de la vocación de María es la gracia de Dios. Descubrirme desde la gracia de Dios. Para Él no hay nada imposible, aunque tantas veces yo me sienta tan incapaz...

Escuchar la Palabra con sobrecogido reconocimiento, querer comprenderla, estar disponible para vivirla... como María.

Cristo, el salvador de la humanidad, nace del "sí" de una humilde muchacha en un pueblo perdido... Y Dios cuenta también con nuestro pequeño "sí" para hacer cosas grandes.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Nunca se ha pronunciado mejor oración que aquél "hágase en mi según tu palabra", que tanto nos recuerda el "hágase tu voluntad" de la oración del huerto... y del padrenuestro.

¿Cómo puedo hacer mía la oración de María? Es el momento de hablar con Dios, de decirle con nuestras palabras que queremos ser suyos del todo y para siempre.

La Iglesia repite constantemente el saludo del ángel en el "Ave maria". Esa puede ser también hoy nuestra mejor oración.

Contemplación:

Releamos la escena, repasándola con la imaginación, deteniéndonos en cada detalle. La estancia, María, el ángel. Escuchamos su diálogo, observamos sus reacciones...

La iconografía nos ayuda: María recogida, el ángel dirigiéndole la palabra, el Espíritu Santo como un rayo de luz que penetra en su interior...

Nosotros somos testigos de esta escena. Y a la vez protagonistas. Cristo toma carne por nosotros. Y cuenta con nosotros para llegar a todos los hombres.

Sintamos la turbación de María, y su alegría, y abrámonos a la gracia de Dios, dándole nuestro "sí" al Señor.

Aceptar el plan de Dios implica abrirse a su gracia, que el cristiano recibe sobre todo en la oración y los sacramentos. ¿Cómo puedo vivirlos y celebrarlos mejor?

María tiene un puesto peculiar e insustituible en el plan de Dios. ¿Qué puesto tiene en mi propia vida?

¿Estoy manteniendo mi "sí" al Señor, el que le di el día de mi confirmación, el día de mi matrimonio, el día en que me mostró mi vocación? ¿Cómo puedo entregarme más plenamente al Señor?

El Catecismo de la Iglesia Católica

Para ser la Madre del Salvador, María fue «dotada por Dios con dones a la medida de una misión tan importante». El ángel Gabriel en el momento de la anunciación la saluda como «llena de gracia». En efecto, para poder dar el asentimiento libre de su fe al anuncio de su vocación era preciso que ella estuviese totalmente poseída por la gracia de Dios.

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha tomado conciencia de que María «llena de gracia» por Dios había sido redimida desde su concepción. Es lo que confiesa el dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado en 1854 por el Papa Pío IX: "la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano" (n° 490-491)

Jesús, el nuevo Adán, inaugura por su concepción virginal el nuevo nacimiento de los hijos de adopción en el Espíritu Santo por la fe. «¿Cómo será eso?». La participación en la vida divina no nace «de la sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino de Dios». La acogida de esta vida es virginal porque toda ella es dada al hombre por el Espíritu. El sentido esponsal de la vocación humana con relación a Dios se lleva a cabo perfectamente en la maternidad virginal de María. (n° 505)

La oración de María se nos revela en la aurora de la plenitud de los tiempos. Antes de la encarnación del Hijo de Dios y antes de la efusión del Espíritu Santo, su oración coopera de manera única con el designio amoroso del Padre: en la anunciación, para la concepción de Cristo; en Pentecostés para la formación de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. En la fe de su humilde esclava, el don de Dios encuentra la acogida que esperaba desde el comienzo de los tiempos. La que el Omnipotente ha hecho «llena de gracia» responde con la ofrenda de todo su ser: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Fiat, ésta es la oración cristiana: ser todo de El, ya que El es todo nuestro. (n° 2617)

San Agustín

Al quitarle el habla condenando su incredulidad, el ángel vio que en aquellas palabras de Zacarías no había fe, sino duda y desesperación. En cambio, María dijo: ¿Cómo sucederá eso, pues, no conozco varón?. Reconoced aquí el propósito de la virgen. Si hubiese pensado yacer con varón, ¿hubiese dicho: Cómo sucederá esto? No hubiese dicho esas palabras en el caso de nacer su hijo como suelen hacerlo los demás niños. Pero ella se acordaba de su propósito y era consciente de su voto. Porque sabía lo que había prometido y porque sabía que los niños les nacen a las mujeres casadas que yacen con sus maridos, cosa que estaba fuera de su intención, su pregunta ¿cómo sucederá eso?, se refería al modo, sin que incluyese duda alguna sobre la omnipotencia de Dios. ¿Cómo sucederá eso? ¿De qué manera tendrá lugar tal acontecimiento? (Sermón 291, 4-6)

Ficha cuarta: María visita a Isabel: el "Magnificat" (Lc 1, 39 - 56)

Unos días después María se puso en camino y fue a la montaña, a un pueblo de Judá; Centra en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú, que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá. María dijo:

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; Porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:

su nombre es santo. Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos, y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes, y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia

-como lo había prometido a nuestros padres-, en favor de Abraham y su descendencia para siempre.

María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a su casa.

Hoy todo ocurre deprisa: María corre a visitar a su prima, el niño salta "en cuanto tu saludo llegó a mis oídos"... pero luego se remansa (se quedó unos tres meses) ¿Porqué?

¿Cómo sabe Isabel del embarazo de María? La llama "bendita" ¡como el ángel! También sabe quién es el que va a nacer: es "bendito", es "mi Señor". Más allá de toda intuición humana, estamos en el ámbito de la revelación divina.

Isabel se refiere al hijo de María llamándole "mi Señor". ¡Con ese título se refiere la Sagrada Escritura, ya desde el Antiguo Testamento, al mismo Dios! Es que Isabel está "llena del Espíritu Santo".

Observemos la relación que guardan la "dicha" o "bienaventuranza", con la fe y la fidelidad de Dios.

El "cántico de María", conocido tradicionalmente como "Magnificat" por su comienzo en latín, se hace eco de toda la historia de la salvación, de toda la esperanza de Israel, que ahora halla su cumplimiento definitivo en el hijo de María. En El halla respuesta cumplida toda la esperanza de la humanidad.

Ante el Dios "grande", María se alegra de ser aceptada como "humilde esclava".

Su alegría nace de su obediencia al plan de Dios, y afecta a la humanidad entera, porque su hijo será el salvador de todos.

En Jesús, por fin Dios va a cambiar la suerte de los hombres: la soberbia, el poder y la riqueza expresan el viejo mundo pervertido por el pecado, pero son vencidos por el "potente brazo de Dios".

Se cumplen así las promesas hechas a su pueblo, pues la fidelidad de Dios es eterna.

Meditación:

No se conocen a fondo las cosas, ni las personas, si no es a la luz del Espíritu Santo. Y cuando se tiene esa luz... todo aparece distinto, porque se reconoce al Señor que viene a nuestro encuentro.

El cántico parte del encuentro entre "la grandeza del Señor" y "la humillación de su esclava". Cuando el hombre descubre quién es Dios para él y quién es él para Dios, entonces halla su puesto en el mundo y acogiéndolo, la verdadera alegría.

¿Qué me alegra de verdad a mí?, y ¿por qué estoy tan triste a veces?

"Cuando vino la Llena-de-Gracia, todo se llenó de alegría. "

(Pseudo Gregorio Taumaturgo, Homilía 2)

¿Cuáles son las esperanzas de la gente que me rodea? ¿Qué esperan tantos millones de hombres y mujeres que sufren sobre la tierra?

¿Escucho en este texto la invitación a colaborar en la obra salvadora de Cristo, en la regeneración este mundo lacerado por el hambre, la guerra y tantas injusticias? ¡Tantos hombres esperan aún que se les anuncie la alegría del anuncio evangélico!

La fidelidad de Dios, a lo largo del tiempo... ¿Cómo puede cansarse y desesperar quien rezando el Magnificat aprende que Dios es fiel?

"Todas las generaciones" han proclamado a María bienaventurada, como seguimos haciéndolo hoy. ¿Cuál es mi relación con María, la humilde esclava del Señor?

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

De nuevo el texto mismo nos ofrece un cántico, una "oración". ¿Me atrevería a rezar el Magnificat "en primera persona", haciendo mías las palabras de María?

Pedir la intercesión de la Virgen para que también mi alma proclame la grandeza del Señor.

El saludo de Isabel constituye la segunda parte del "Ave maria". De nuevo, esta podría ser hoy nuestra oración.

Contemplación:

Mirar la vida con la luz interior, iluminar mis ojos con la luz de Dios.

Dejar que crezca mi alegría de la mano de la Virgen Madre.

Que salten mis entrañas como las de Isabel, ante la cercanía de Cristo.

Releer la escena compartiendo los sentimientos de Juan, de Isabel, de María, de los pobres, de Abraham,...

María corre a ayudar a su prima en cuanto acepta ser la "esclava del Señor". ¿Y yo, como puedo ser servidor de los hombres de mi tiempo?

¿Cómo puedo aprender a ver la vida desde Dios? Necesito "llenarme del Espíritu Santo".

El Espíritu me sale al encuentro constantemente, pero se me ofrece sobre todo en la oración y los sacramentos. ¿Cómo abrirme a Él y disponerme a recibirlo?

El evangelio de los "pobres" y los "humildes"... ¿cómo comprometerme en nombre de Cristo con la "opción preferencial por los pobres" que la Iglesia proclama y sostiene?

San Ambrosio de Milán:

"Bienaventurada tu que has creído", dice Isabel. Pero también vosotros sois bienaventurados, porque habéis escuchado y habéis creído: toda alma que cree, concibe y engendra la Palabra de Dios y reconoce sus obras. ¡Que en todos esté el alma de María para glorificar al Señor! ¡Que en todos esté el espíritu de María para exultar en Dios! Si corporalmente una sola es la madre de Cristo, según la fe Cristo es engendrado por todos, pues toda alma recibe al Verbo de Dios en sí, con tal que, con coraje, sepa mantenerse casta, inmaculada y libre de culpa. (In Lúe 2, 26s)

Juan Pablo II:

La plenitud de gracia, anunciada por el ángel, significa el don de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel en la visitación, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a este don. (Redemptoris Mater, 12)

La Iglesia, acudiendo al corazón de María, a la profundidad de su fe, expresada en las palabras del Magníficat, renueva cada vez mejor en sí la conciencia de que no se puede separar la verdad sobre Dios que salva, sobre Dios que es fuente de todo don, de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes, que, cantado en el Magníficat, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús. La Iglesia, por tanto, es consciente -y en nuestra época tal conciencia se refuerza de manera particular- de que no sólo no se pueden separar estos dos elementos del mensaje contenido en el Magníficat, sino que también se debe salvaguardar cuidadosamente la importancia que "los pobres" y la "opción a favor de los pobres" tienen en la palabra del Dios vivo. Se trata de temas y problemas orgánicamente relacionados con el sentido cristiano de la libertad y de la liberación. (Id, 37)

El Catecismo de la Iglesia Católica:

La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que «nada es imposible para Dios» y dando su asentimiento: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Isabel la saludó: «¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada. Durante toda su vida, y hasta su última prueba, cuando Jesús, su hijo, murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el «cumplimiento» de la palabra de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe. (n° 148-149)

Con mucha frecuencia, en los evangelios, hay personas que se dirigen a Jesús llamándole «Señor». Este título expresa el respeto y la confianza de los que se acercan a Jesús y esperan de Él socorro y curación. Bajo la moción del Espíritu Santo, expresa el reconocimiento del misterio divino de Jesús. En el encuentro con Jesús resucitado, se convierte en adoración: «Señor mío y Dios mío». Entonces toma una connotación de amor y de afecto que quedará como propio de la tradición cristiana: «¡Es el Señor!». (n° 448)

Ficha quinta: El nacimiento de Juan Bautista. El "Benedictus" (Lc 1, 57 - 80)

A Isabel se le cumplió el tiempo del parto y dio a luz un hijo. Se enteraron sus vecinos y parientes de que el Señor le había hecho una gran misericordia, y la felicitaban.

A los ocho días fueron a circuncidar al niño, y lo llamaban Zacarías, como a su padre. La madre intervino diciendo: ¡No! Se va a llamar Juan. Le replicaron: Ninguno de tus parientes se llama así. Entonces preguntaban por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: Juan es su nombre. Todos se quedaron extrañados.

Inmediatamente se le soltó la boca y la lengua y empezó a hablar bendiciendo a Dios. Los vecinos quedaron sobrecogidos, y corrió la noticia por toda la montaña de Judea. Y todos los que lo oían reflexionaban diciendo: ¿Qué va a ser este niño? Porque la mano del Señor estaba con él Zacarías, padre de Juan, lleno del Espíritu Santo profetizó diciendo:

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,

porque ha visitado y redimido a su pueblo suscitándonos una fuerza de salvación

en la casa de David, su siervo; según lo había predicho desde antiguo

por boca de sus santos profetas. Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos

y de la mano de todos los que nos odian; realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres,

recordando su santa alianza y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán. ⁷⁴Para concedernos que, libres de temor,

arrancados de la mano de los enemigos, le sirvamos en santidad y justicia,

en su presencia todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor,

a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación, el perdón de sus pecados.
Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas
y en sombra de muerte;
para guiar nuestros pasos por el camino de la paz.

El niño iba creciendo y su carácter se afianzaba; vivió en el desierto hasta que se presentó a Israel

Lectura:

El nacimiento del niño es un regalo del Señor, que es fiel a sus promesas, y causa de felicidad. Recordemos que Zacarías e Isabel eran ancianos ya, e Isabel estéril, pero ¡para Dios nada hay imposible! ¡En Él se puede siempre esperar!

La elección del nombre correspondía al padre. Que Zacarías renuncie a que su hijo se llame como él y corrobore el nombre elegido por Isabel expresa su conciencia de que el niño es un enviado de Dios, es el cumplimiento de lo que le anunció el ángel.

Entonces, cuando el desconfiado Zacarías reconoce el cumplimiento de la promesa de Dios, se libera su lengua. Ahora ya puede hablar, y lo que hace es alabar a Dios.

Zacarías canta, "profetiza" -dice el texto-. Y es que en este canto se expresan las maravillas de Dios a través del cantor. Le inspira el Espíritu Santo.

¿A quién se refiere el canto? Excepto en los versículos 76 y 77, que hablan de su hijo Juan, ¡Zacarías se refiere a Jesús, que aún no ha nacido! Es, efectivamente, un anuncio profético. Jesucristo es anunciado por Juan desde su mismo nacimiento, por boca de su padre Zacarías.

En Jesucristo se cumplirá la fidelidad de Dios para con su pueblo, la liberación de todo temor y peligro, la creación de un pueblo santo y justo que sirve al Señor. Él nos iluminará con la luz de Dios conduciéndonos a la paz.

El recién nacido, Juan, será "profeta del Altísimo", precursor de aquél que "nace de lo alto", de "el Señor". Notar que se aplican a Jesús títulos que corresponden a Dios.

Rasgo típicamente lucano: la "salvación" que trae Jesús y Juan anuncia, se identifica con el "perdón de los pecados".

Meditación:

Dios cumple sus promesas, sé que puedo confiar en Él, pero ¿lo hago de verdad? ¿no me minan a veces, las aparentes "evidencias" de la vida o mis propios temores, destruyendo mi confianza en Dios?

Y cuando llega el cumplimiento, cuando el Señor me regala con sus dones ¿sé reconocerlos, o entonces los explico solo como fruto del azar o de mis propios esfuerzos?

A Zacarías la palabra de la desconfianza le hizo enmudecer, la palabra de la fe, alabar.

¿Cómo es mi palabra ante Dios?

El sol nace cada día bien bajo, en el oriente. Es la luz natural que nos permite ver las cosas de este mundo como las ven los demás hombres. Y es una maravilla, un inmenso regalo del Creador. Pero Jesucristo, sol-que-nace-de-lo-alto, del cénit, es la luz más esplendente, que nace del mismo Dios. Él nos permite ver la vida de otra manera, y nos saca de las tinieblas de la muerte.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

La Iglesia bendice a Dios cada mañana, en la oración de "Laudes" este cántico de Zacarías, que por eso es conocido por su nombre latino "Benedictus". Cada vez que se levanta el sol, alabamos al verdadero sol, Cristo resucitado, que rompe las coyundas del pecado y de la muerte y nos trae la salvación.

Nuestra oración podría ser hoy repetir, quizá juntos, esta alabanza matutina, o alguna de sus frases más significativas.

Contemplación:

Repasando la escena, ver la alegría de Isabel, san Juan niño entre sus brazos; la fe recobrada de Zacarías y la admiración de las gentes.

Mirar también al mundo sumido en sombras de muerte, todo el dolor y la injusticia, la soledad, el hambre y el dolor que son las marcas del imperio de las tinieblas y el pecado. Esperando un amanecer distinto, anhelando la salvación de Dios.

Y ver por fin a Jesús, aún en el vientre de María, proclamado ya como Dios y Salvador.

Para nuestra vida:

Lo que se dice de este niño... se dice también de mí. Por el bautismo he sido constituido "profeta del Altísimo" para anunciar a los hombres la salvación.

¿Soy consciente de este designio de Dios sobre mi vida? ¿Estoy siendo testigo de esta esperanza que el mundo ansia, a veces sin darse cuenta, a veces incluso diciendo rechazarla?

Así lo ha leído...

San Cipriano

Hemos de tener paciencia y perseverar, hermanos queridos, para que , después de haber

sido admitidos a la esperanza de la verdad y de la libertad, podemos alcanzar la verdad y la libertad mismas. Porque el que seamos cristianos es por la fe y la esperanza; pero es necesaria la paciencia, para que esta fe y esta esperanza lleguen a dar su fruto. (Tratado sobre los bienes de la paciencia, 13)

San Agustín

La Iglesia celebra el nacimiento de Juan como algo sagrado, y él es el único de los santos cuyo nacimiento se festeja; celebramos el nacimiento de Juan y el de Cristo.

Juan nace de una anciana estéril, Cristo de una jovencita virgen. El futuro padre de Juan no cree el anuncio de su nacimiento y se queda mudo; la virgen cree el del nacimiento de Cristo y lo concibe por la fe.

Juan viene a ser como la línea divisoria entre los dos Testamentos, el antiguo y el nuevo. Así lo atestigua el mismo Señor, cuando dice: La ley y los profetas llegaron hasta Juan. Por tanto, él es como la personificación de lo antiguo y el anuncio de lo nuevo. Porque personifica lo antiguo, nace de padres ancianos; porque personifica lo nuevo, es declarado profeta en el seno de su madre. [...] Finalmente, nace, se le impone el nombre, queda expedita la lengua de su padre. Estos acontecimientos hay que entenderlos con toda la fuerza de su significado. Zacarías calla y pierde el habla hasta que nace Juan, el precursor del Señor, y abre su boca. Este silencio de Zacarías significaba que, antes de la predicación de Cristo, el sentido de las profecías estaba en cierto modo latente, oculto, encerrado. Con el advenimiento de aquél a quien se referían estas profecías, todo se hace claro. El hecho de que en el nacimiento de Juan se abre la boca de Zacarías tiene el mismo significado que el rasgarse el velo al morir Cristo en la cruz. Si se desata su lengua es porque ha nacido aquél que es la voz [...] que clama en el desierto. Juan era la voz; pero el Señor era la palabra que en el principio ya existía. (Sermón 293, 1-3)

Ficha sexta: El nacimiento de Jesús (Lc 2, 1 - 20)

Por entonces salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo del mundo entero. Este fue el primer censo que se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. y todos iban a inscribirse, cada cual a su ciudad.

También José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para inscribirse con su esposa María, que estaba en cinta.

Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada.

En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. un ángel del Señor se les presentó: la gloria del Señor los envolvió de claridad y se llenaron de gran temor.

El ángel les dijo: No temáis, os traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama.

"Cuando los ángeles los dejaron y subieron al cielo, los pastores se decían unos a otros: Vamos derechos a Belén, a ver eso que ha pasado y que nos ha comunicado el Señor. Fueron corriendo y encontraron a María y a Jose y al niño acostado en el pesebre. Al verlo contaron lo que les habían dicho de aquel niño.

Todos los que lo oían se admiraban de lo que les decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.

Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho.

Lectura:

Fijémonos una vez más en el interés de Lucas por situar históricamente sus narraciones: no propone teorías ni transmite mitos, sino que cuenta hechos acontecidos en la historia real de los hombres. Así los pastores contarán los que "han visto y oído" y por eso alaban a Dios. Esta es una importante característica de la religión bíblica, y en especial del cristianismo.

Al mencionar a las autoridades romanas, san Lucas encuadra en la historia universal el nacimiento de Jesús: afecta no solo al pueblo judío, sino a todos los hombres.

Aunque san José no es el padre biológico de Jesús, a efectos legales figura como si lo fuera. Su misión es importantísima en el evangelio. Como él es descendiente de David, Jesús podrá ser llamado Mesías, pues según toda legalidad es también Él descendiente de David gracias a san José. Para reafirmar ese mesianismo, nace en Belén, como el nuevo David esperado.

La expresión hijo primogénito no necesariamente implica que después tuviera otros hijos, sino sencillamente que hasta entonces no había tenido ninguno. En pasajes como Zc 12,10, "primogénito" y "unigénito" son sinónimos. Conocemos el epitafio de una madre del año 5 a. C. que murió al dar a luz a su "primogénito"...

El hijo primogénito, fuera único o no, pertenecía a Dios, y se pagaba por él un rescate, como veremos que hacen los padres de Jesús. Además, hemos visto en el pasaje de la vocación de María que más bien hay que pensar que María excluía tener descendencia. Se comprende que la Tradición hable de un voto...

La salvación de Dios en medio de la pobreza, es uno de los temas preferidos de san Lucas. Aquí vemos a Jesús naciendo en la más tremenda intemperie. "No había sitio para ellos".

Los pastores eran considerados incapaces de agrandar a Dios, pues desconocían las tradiciones y no cumplían los rituales. Son despreciados, marginados. Nueva expresión de

esa idea tan lucana de que los pobres y marginados son los predilectos de Dios.

Gloria y claridad son los signos de la manifestación de Dios, el "temor" es signo de su reconocimiento por parte de los pastores. Ellos no tienen "miedo" del ángel, se sobrecogen ante el mensajero del Señor.

La buena noticia, el primer anuncio evangélico, nada más nacer Jesús, será una gran alegría para todo el pueblo. Esta insistencia en la alegría es otro rasgo muy típicamente lucano.

Se da gloria al Dios del cielo cuando llegan la salvación y la vida a los hombres, y estos reciben la paz que brota del amor de Dios. No un deseo de paz "para los hombres que aman al Señor", sino el anuncio de la paz " a los hombres porque Dios les ama".

El anuncio del mensajero de Dios va acompañado de un signo de reconocimiento. Lo hemos visto ya en otros pasajes. Aquí es el niño en pañales, recostado en un pesebre.

El nacimiento de Jesús vuelve a los hombres como ángeles: alaban y dan gloria a Dios.

Meditación:

María conservaba estas cosas meditándolas en su corazón. Aprender a meditar en la "escuela de María" empezando por guardar estas cosas en nuestro corazón, volviendo sobre ellas otra vez con admiración, con amor, como nuestro más íntimo y preciado tesoro.

Jesús nace para salvar a todos los hombres, y lo hace pobre entre los pobres "para enriquecernos con su pobreza". Solo podemos ser "para todos" si nos situamos "entre los últimos", si hacemos, con la Iglesia de Cristo, una "opción preferencia! por los pobres".

Jesús nace sin nada, pero no sin una familia. Padre y madre, aunque no tenga ni techo. La importancia de la familia. Es vital para que el hombre llegue a ser él mismo según el plan de Dios.

La paz es el don mesiánico. Cuando nace el Salvador, la paz de Dios aparece entre los hombres. No es solo la ausencia de guerras (no las había en tiempos Augusto...). Es sobre todo la paz con

Dios, el fin del dominio del pecado que nos enemista con Dios y destruye la fraternidad entre los hombres. La paz entre los hombres es don divino que hay que suplicar, y fruto de hombres reconciliados, que viven del amor de Dios.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

¿Cómo hablar con el Niño recién nacido, con sus padres, con los pastores? ¿Qué quisiera yo decirle a cada uno, o a alguno de ellos?

Quizás hoy nos ayudara alguna oración de aquellas que rezábamos de pequeños al Niño Jesús.

O quizás un villancico de los que en Navidad nos vuelven niños ante el portal. Al fin y al cabo de los que se hacen como niños es el Reino de este Mesías en pañales...

Contemplación:

Mirar la escena del "portal" fijándonos en los personajes. Nos puede ayudar la costumbre tradicional de los "belenes". Convirtámonos en pastores y acerquémonos al portal.

Mirar a José, que acepta generoso ser padre de quien no es su hijo, admirado ante el misterio.

Mirar a María, que ve cumplido el anuncio del ángel. ¡Maravillas del decir un "sí" a Dios! Contemplarla admirada ante un hijo del que nadie como ella conoce el origen. Mirar desde su corazón estas cosas para reconocer en el pequeño al Santo, al Hijo del Altísimo.

Mirar al niño en pañales, recostado en un pesebre. ¡Qué poca cosa parece quien es el Salvador, el Mesías, el Señor!

Y mirar a la humanidad que se llena de alegría al recibir, ¡por fin! a Aquél que nos trae la paz.

En la familia de Jesús cada uno aporta lo suyo propio: José es el hijo de David, María la esclava del Señor, Jesús el Salvador del mundo. ¿Cómo vivo yo mi propia realidad familiar? ¿Cómo puedo mejorarla? ¿Y de que modo podemos, como Iglesia, ayudar a las familias en medio de las crisis por las que tantas veces pasan en nuestros días?

¿Qué significa para cada uno de nosotros y para nuestra comunidad la "opción preferencial por los pobres"? ¿cómo podemos vivirla más auténtica y comprometidamente?

Los que han visto a Jesús recién nacido, como nosotros en la contemplación, regresan "contando a todos lo visto y oído" y "alabando a Dios". Testimonio y alabanza, evangelización y oración. ¿Cómo regresamos nosotros tras este encuentro con Jesús niño?

El Concilio Vaticano II

La Virgen María, al anunciarle el ángel la Palabra de Dios, la acogió en su corazón y en su cuerpo y dio la Vida al mundo. Por eso se la reconoce y se la venera como verdadera Madre de Dios y del Redentor. Redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo y unida a Él de manera íntima e indisoluble, está enriquecida con este don y dignidad: es la Madre del Hijo de Dios. Por tanto, es la hija predilecta del Padre y el templo del Espíritu Santo. Debido a esta gracia tan extraordinaria, aventaja con mucho a todas las criaturas del cielo y de la tierra. (Lumen Gentium, 53)

Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte. [...] Se manifiesta igualmente en el nacimiento, cuando la Madre de Dios muestra con alegría a los pastores y a los Magos a su Hijo primogénito, que no menoscabó su integridad virginal, sino que la santificó (Id, 57)

Juan Pablo II

La liturgia no duda en llamarla (a María) "madre de su progenitor" y en saludarla con las palabras que Dante Alighieri pone en boca de san Bernardo: "hija de tu Hijo". Y dado que esta "nueva vida" María la recibe con una plenitud que corresponde al amor del Hijo a la madre y, por consiguiente, a la dignidad de la maternidad divina, en la anunciación el ángel la llama "llena de gracia". (Redemptoris Mater, 10)

San Ireneo

Cuando se encarnó y se hizo hombre, recapituló en sí mismo la larga serie de los hombres, dándonos la salvación como en resumen (en su carne) a fin de que pudiésemos recuperar en Jesucristo lo que habíamos perdido en Adán, a saber: la imagen y semejanza de Dios (Contra los herejes, 3, 18, 1)

El Hijo de Dios se hizo Hijo del Hombre, para que el hombre, recibiendo la adopción, se hiciera hijo de Dios. (Id, 3, 19, 1)

La gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre es la visión de Dios. (Id, 4, 20, 7)

¿Qué trajo el Señor cuando vino? Sabed que trajo toda novedad cuando se trajo a sí mismo, tal como había sido anunciado. Pues estaba anunciado que vendría una novedad a renovar al hombre y darle vida. (Id, 4, 34, 1)

San Agustín

Nuestro Señor Jesucristo, queridos hermanos, que ha creado todas las cosas desde la eternidad, se ha convertido hoy en nuestro salvador, al nacer de una madre. Quiso nacer hoy en el tiempo para conducirnos hasta la eternidad del Padre. Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios; hoy se hace hombre el Señor de los ángeles para que el hombre pueda comer el pan de los ángeles.

Hermanos míos, ¡qué milagros y prodigios! Las leyes naturales se cambian en el hombre: Dios nace, una virgen concibe sin la intervención del hombre; la sola palabra de Dios fecunda a aquella que no conoce varón. Es al mismo tiempo virgen y madre. Es madre, pero intacta; la virgen tiene un hijo sin intervención del hombre; es siempre inmaculada, pero no infecunda. Sólo nació sin pecado aquel que fue concebido por la obediencia del espíritu, y no por el amor humano o por la concupiscencia de la carne. (Sermón 13 de Tempore)

Francisco de Quevedo

El Dios y hombre rey sólo previno en su Santísima madre la posada de los nueve meses, y eso desde el principio. Aun para nacer no previno lugar; que, sin desalojar a las bestias, fue su primera cuna un pesebre. Está hecho Dios a entrarse por las puertas de los hombres, y ellos a negarle sus casas, (citado por Manuel Iglesias, S.J.)

Ficha séptima: Circuncisión, purificación de María y presentación de Jesús (Lc 2, 21 - 40)

Al cumplirse los ocho días tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

Cuando llegó el tiempo de su purificación, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor (de acuerdo con lo escrito en la Ley del Señor: Todo primogénito varón será consagrado al Señor) y para entregar la oblación (como dice la Ley del Señor: un par de tórtolas o dos pichones).

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu fue al Templo. Cuando entraban con el Niño Jesús sus padres (para cumplir con Él lo previsto por la Ley), Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones,

y gloria de tu pueblo, Israel

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo diciendo a María, su madre: Mira: Este está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti una espada te traspasará el alma.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana: de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del Templo día y noche sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel. Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret

El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

Lectura:

El pasaje está profundamente enraizado en la tradición judía. Se alude a tres ritos judíos: la circuncisión por la que todo varón entra a formar parte del pueblo de Israel, la purificación

de la madre tras el alumbramiento y la presentación al Señor del todo primogénito varón, rescatándolo con una ofrenda. Por cinco veces se hace mención a la Ley.

En la Biblia, los nombres desvelan el misterio de quienes los portan. Por revelación divina el niño se llamará "Jesús", que significa "el Señor salva". María y José obedecen, pues, al Señor.

Que Jesús es todo del Señor, lo expresa ya el rito de la presentación. Ahora se entiende porque llamar "primogénito" a quien es en realidad hijo único. Las primicias son siempre para Dios, dador de todo. Por eso el niño hade ser rescatado. Sus padres presentan la ofrenda prescrita para los pobres.

Simeón, que está en el "Templo", es "anciano", "justo" y "espera": representa al Antiguo Testamento, que cede paso al Nuevo.

Las referencias a todos los pueblos y a las naciones nos ponen de nuevo ante el universalismo cristiano tan importante para san Lucas.

Según la profecía, uno cae o se levanta según que postura adopte ante Jesús. La referencia a la espada nos sitúa desde el principio ante la perspectiva de la cruz. Según san Juan, María estará allí presente junto al discípulo al que Jesús tanto quería.

Ser el Hijo de Dios no impide que Jesús, verdadero hombre, necesite crecer y aprender como ocurre a los demás niños, acompañado por la gracia de Dios.

Meditación:

Jesús nace para todos los hombres, pero bien enraizado en un pueblo. Es universal pero concreto. Es hijo del pueblo de la esperanza, y nace sometido a la Ley para liberarnos de ella al llevarla a su cumplimiento pleno.

El anciano Simeón representa al antiguo Israel, que espera el cumplimiento de las promesas, y se llena de alegría cuando éstas se cumplen, dejando paso al tiempo nuevo. Es el Israel fiel que reconoció en Jesús al Mesías, frente a quienes lo rechazaron crucificándolo. Actúa movido por el Espíritu, inspirador de las profecías antiguas, y sin el cual no es posible comprenderlas.

Por tres veces se nombra al Espíritu Santo hablando de Simeón. A Jesús lo pueden ver todos, pero solo lo "ve" en hondura, solo capta su misterio, quien es iluminado por el Espíritu Santo. Jesús como personaje histórico resulta accesible a cualquiera. Reconocerle como Salvador de los hombres, creer en Él, es un don del Espíritu Santo que hay que pedir y al que hay que abrirse.

Aún representando a Israel, Simeón habla de Él como luz para alumbrar a las naciones. No cabe exclusivismo para quien cree en Cristo.

La espada que traspasará a María: no se puede ser verdadero testigo del Señor sin participar en su destino.

La profetisa Ana es imagen de tantas mujeres que han consagrado su viudedad al servicio del Señor.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

El cántico de Simeón, conocido por su nombre latino "Nunc dimitis", es recitado cada noche por la Iglesia en la oración de "Completas", justo antes de ir a dormir. Durante el día hemos sido testigos de las obras de Dios, con ojos de fe hemos visto a Cristo el Salvador, y podemos descansar en paz.

Descansar con la mirada puesta en Cristo, agradecidos de poder mirarle. Este mismo cántico podría ser hoy nuestra oración.

Contemplación:

Nos situamos en la escena como si fuéramos testigos directos de cuanto se narra. La fiesta de la circuncisión. El viaje de Belén a Jerusalén. Y sobre todo los acontecimientos del templo.

Miramos la sorpresa de los padres ante lo que se dice de su niño. El rostro arrugado de Simeón, por fin relajado y alegre. A Ana que habla de Cristo a cuantos esperan su liberación...

Y el viaje de regreso, largo, hasta Galilea. Cómo los padres hablan de lo ocurrido y van comprendiendo mejor quien es este niño. Cómo María va dando vueltas a esto en su corazón.

Mirar por fin a la Sagrada Familia en Nazaret: José en el taller; María cuidando del niño, Jesús creciendo y aprendiendo. Un hogar lleno de la gracia de Dios.

Para nuestra vida:

Simeón, toda una vida esperando. El pueblo santo, toda su historia. ¿Y yo, espero en el Señor, confío a pesar de las decepciones, como Abraham "contra toda esperanza"?

A veces no valoramos la vejez. Hoy son dos ancianos los que anuncian al Señor. Y tan a menudo en nuestros días, son los abuelos la vanguardia de la evangelización...

La importancia del rito: no son ritos vacíos, sino llenos de la acción de Dios. En ellos Dios se comunica, actúa, revela. ¿Estoy aprendiendo a vivir cristianamente el rito?

La Pontificia Comisión Bíblica

La personalidad humana de Jesús fue cultivada y modelada por una educación judía cuyos valores positivos asimiló plenamente; pero también fue dotada de una conciencia de sí mismo completamente original, que toca a su relación con Dios y a la misión que debía cumplir entre los hombres. Testos como Le 2,40.52 obligan a reconocer cierto tipo de progreso en esa conciencia. (Documento sobre Biblia y cristología)

El Catecismo

La Presentación de Jesús en el Templo lo muestra como el Primogénito que pertenece al Señor (Ex 13,12-13). Con Simeón y Ana toda la expectación de Israel es la que viene al Encuentro de su Salvador (la tradición bizantina llama así a este acontecimiento). Jesús es reconocido como el Mesías tan esperado, «luz de las naciones» y «gloria de Israel», pero también «signo de contradicción». La espada de dolor predicha a María anuncia otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz que dará la salvación que Dios ha preparado «ante todos los pueblos». (nº 529)

Pablo VI

Nazaret es la escuela donde se comienza a entender la vida de Jesús: la escuela del Evangelio [...] Una lección de silencio ante todo. Que nazca en nosotros la estima del silencio, esta condición del espíritu admirable e inestimable [...] Una lección de vida familiar. Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, su comunión de ardor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado e inviolable [...] Una lección de trabajo. Nazaret, casa del «Hijo del Carpintero», aquí es donde querríamos comprender y celebrar la ley severa y redentora del trabajo humano [...]; Querríamos, en fin, saludar aquí a todos los trabajadores del mundo entero y enseñarles a su gran modelo, a su hermano divino, al defensor de todas sus causas justas, es decir: a Cristo, nuestro Señor. (Homilía en el templo de la Anunciación de la Virgen María en Nazaret, 5 de enero de 1964).

Ficha octava: Jesús entre los doctores del Templo (Lc 2, 41 - 62)

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua. Cuando Jesús cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre, y cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos creyendo que estaba en la caravana, hicieron una jornada y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca. A los tres días, lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas: todos los que le oían, quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados. Él les contestó: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que quería decir. Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

Lectura:

Observamos como los padres de Jesús son piadosos cumplidores de las tradiciones judías. Esto nos informa indirectamente del ambiente en que Jesús crecía y el tipo de educación que le ofrecían.

"Los padres de Jesús". No "la madre" y "su esposo". José no es padre biológico de Jesús, pero es llamado con verdad su padre. La propia María le llamará así en el versículo 48, y ¡quién mejor que ella sabe acerca de la concepción virginal de su Hijo! La verdadera paternidad de José es importante. No solo "hace de padre", educando y manteniendo a su hijo, sino que lo "es" legalmente, y así le asegura un nombre, y con él, la descendencia davídica que hará posible ver en Jesús al Mesías que había de venir.

Jesús en medio de los doctores. Escucha y hace preguntas. Jesús quiere aprender, arde en deseos por conocer. Si como Hijo de Dios tiene un conocimiento especial de quien es Dios y cual es su peculiar relación con Él, como niño necesita aprender.

Las raíces judaicas de Jesús. La tradición veterotestamentaria es su caldo de cultivo. Sin el Antiguo Testamento no podemos comprender el nuevo.

Jesús "se queda" en Jerusalén. Nada le detiene en su búsqueda del rostro de Dios. El Padre es, desde su infancia, la verdadera prioridad de su vida.

Todos se asombraban de sus respuestas. También los mismos "doctores". Hay en Él un conocimiento especial, como Hijo de Dios. Una comprensión más profunda, que sorprende en un niño, y que, de adulto, le llevará a predicar de un modo nuevo el Evangelio de Dios.

El reproche de la madre. ¿Porqué nos has tratado así? Notemos la delicadeza con que María se dirige a su Hijo, aun en esta situación de aparente indisciplina. María no le increpa, sino que busca entender. María es, también ahora, la primera discípula del Señor, y la imagen de la Iglesia que quiere entender.

Buscarle "angustiado", como quien ha perdido lo más valioso, como quien todo lo antepone al hallazgo de lo que desea. La búsqueda angustiada de los padres de Jesús expresa la situación de cuantos aún no lo han hallado, o de quienes creen haberlo "perdido".

"Tengo que estar en la casa de mi padre". Ni con José ni con María. La expresión es sorprendente. La casa de su padre está en Nazaret. Pero Él designa así, con toda la naturalidad, al Templo del Señor. Bien saben María y José de este origen divino de Jesús, y aún así, sorprende su familiaridad.

Se quedan atónitos. La respuesta de Jesús, que dejaba admirados a los doctores, admira también a sus padres. No comprenden. Solo comprenderán cuando Jesús deje su casa para dedicarse plenamente "a las cosas de su padre".

Aún no. Jesús regresa a Nazaret y vive bajo su autoridad. Tiene que seguir creciendo y aprendiendo. Todo tendrá su momento, y Jesús no se precipita. Tampoco María, que medita atentamente todo esto en su corazón.

Meditación:

¿Qué pensar de la relación de Jesús con sus padres y con su Padre?

El texto insiste en la importancia de la vida familiar, que es esencial en la formación de Jesús. Y con todo, "amarás a Dios sobre todas las cosas". La prioridad del Padre aún por encima de los lazos de la carne y la sangre, de las relaciones más íntimas y más queridas, de los sustentos más imprescindibles y necesarios. Jesús expresa en este pasaje la prioridad absoluta de Dios.

"Estar en las cosas de mi padre" ¿Y yo? ¿Cuáles son mis prioridades? ¿Qué importancia le concedo a mis relaciones? ¿Qué pinta Dios en mi vida? ¿Es mi verdadero absoluto, u ocupa solo un lugar decorativo en mi vida, en mi tiempo, en mi afecto, en mi trabajo?

"¿Por qué nos has hecho esto?" ¿Cómo reacciono yo cuando no comprendo, cuando me parece que el Señor no ha actuado como cabía esperar? María no condena el proceder de Jesús. Expresa su dolor y pide comprender. El Señor es su Señor, aunque sea también su Hijo.

Preguntar y responder. El deseo de aprender. ¿Tengo yo este deseo de conocer a Dios, y de conocerme en Dios? ¿Cómo le busco? ¿A quién pregunto? A Jesús se le encuentra en el Templo, preguntando a los doctores. ¿Busco al Señor en su Iglesia, o prefiero un Jesús romántico, idealizado, a mi estilo, un Jesús individualista, forjado a mi propia imagen?

Vivir bajo su autoridad. La autoridad no está de moda, nos parece irritante, inaceptable. Y Jesús vive obediente. A sus padres durante largos años. A su Padre siempre. ¿Cómo vivo yo la relación con los que tienen autoridad sobre mí? ¿He aprendido a vivir el gran don de la obediencia? Nadie es libre sino el que aprende a decidir libremente hacer la voluntad del Padre.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Podemos repetir las palabras de María, haciéndolas propias. En tantas situaciones de nuestra vida, tanto personal como grupal, o mirando a nuestro mundo, decimos ¿por qué nos has tratado así? No demos las respuestas, dejemos en el aire la pregunta, ante Él, cuyas respuestas dejaban atónitos a los propios doctores.

Hablemos con el Señor, y con María y José sobre este episodio, pidámosles que nos lo expliquen, que nos enseñen a profundizar en él.

¿Qué es la oración sino preguntas y respuestas, un diálogo entre Dios y su criatura?

Contemplación:

Contemplar será hoy ver la escena. La peregrinación cumplida. La caravana de regreso. La preocupación de José y María. Observemos su búsqueda angustiada, que es modelo de la nuestra. Soy yo quien busca al señor, tantas veces sin saber como hallarlo. Participar de

sus sentimientos y de su determinación de remover cielo y tierra para hallarlo. No puedo encontrar descanso si no es con María y José que hallan al Hijo extraviado.

La sorpresa de hallarlo en el Templo. Jesús no se había perdido, está donde cabía encontrarlo. Quien se pierde es quien recorre su camino dejando a Jesús a un lado. El no nos deja, somos nosotros los que a veces le abandonamos.

El niño entre los venerables. Lo antiguo y lo nuevo. El niño que sabe de Dios y quiere comprenderlo a la luz de lo antiguo. La novedad que asombra a cuantos la escuchan de sus labios. Contemplar esta escena es toda una escuela para comprender el sentido de las Escrituras del Antiguo y el Nuevo Testamento.

El rostro de los padres. Alegría, sorpresa, dolor, incompreensión, alivio... ¡cuantos sentimientos juntos! Poner en ellos los míos, y hacer míos los suyos.

Ver a Jesús todo de Dios, todo Hijo. ¡Señor, enséñame a hacer la voluntad del Padre, a vivir la prioridad absoluta del Reino! Dejar que crezca en nosotros el deseo de ser como Cristo, de vivir su libertad y su búsqueda. Hacer de la de Dios mi casa, y de mi vida una entrega.

Contemplar por fin a la Sagrada Familia en Nazaret. El hijo que obedece y madura, el padre que cuida y trabaja, la madre que atesora estas maravillas en su corazón. Respirar ese ambiente, pues yo también soy hijo, y padre y madre...

Para nuestra vida:

La prioridad de Dios en mi vida ¿Cómo se refleja en mis dedicaciones cotidianas? ¿Puedo decir que en mi trabajo, en mi estudio, en mi casa, "amo a Dios sobre todas las cosas"?

Los padres de Jesús creen tenerlo, pero caen en la cuenta de que necesitan buscarlo ¿Cuál es mi actitud de fe, la del que posee o la del que suplica?

¿Cómo vivir hoy positivamente la virtud cristiana de la obediencia? ¿Cómo renovar evangélicamente mi propia vida familiar?

¿Ya he descubierto en mi propia vida qué significa "estar en las cosas de mi Padre"? ¿Me ha mostrado ya el Señor el camino de mi propia e irrenunciable vocación?

Orígenes:

Date cuenta de donde lo encontraron aquellos que lo buscaban, de modo que también tú, buscándolo junto a José y María, puedas hallarlo. Al buscarlo, dice el evangelista, lo encontraron en el Templo. No en un lugar cualquiera, sino "en el Templo", ni sencillamente "en el Templo", sino en medio de los doctores, a los que escuchaba y preguntaba. Busca, pues, tu también a Jesús "en el Templo" de Dios, búscalo en la Iglesia, búscalo junto a los maestros que están en el Templo y no salen de él; si así lo buscas, lo hallarás. (Comentario a san Lucas, 18,2)

Y si Jesús, el Hijo de Dios, se sometió a José y a María, ¿no debería yo someterme al obispo, a quien Dios mismo me ha dado por padre? ¿No debería someterme al sacerdote

propuesto por la elección del Señor? Pienso que José comprendía que Jesús era muy superior a él, aunque se estuviera sujeto. Y sabiendo que el que le obedecía era mayor que él, le daba ordenes con temor y moderación. Reflexione cada quien sobre estas cosas. A menudo un hombre de poca valía es puesto por encima de personas mayores que él, y a veces ocurre que el subordinado vale más que el que parece dirigirlo. Si quien tiene puestos importantes comprende todo esto, no se hinchará de orgullo a causa de su alto rango, sino que sabrá que su subordinado puede ser mejor que él, del mismo modo que Jesús vivía sometido a José. (Id., 20,6)

El Catecismo de la Iglesia Católica

El hallazgo de Jesús en el Templo es el único suceso que rompe el silencio de los Evangelios sobre los años ocultos de Jesús. Jesús deja entrever en ello el misterio de su consagración total a una misión derivada de su filiación divina: "¿No sabíais que me debo a los asuntos de mi Padre?" María y José "no comprendieron" esta palabra, pero la acogieron en la fe, y María "conservaba cuidadosamente todas estas cosas en su corazón", a lo largo de todos los años en que Jesús permaneció oculto en el silencio de su vida ordinaria. (n° 534)

Ficha novena: Ministerio de Juan Bautista (Lc 3, 1 - 20)

En el año quince del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, y Herodes virrey de Galilea, y su hermano Felipe virrey de Iturea y Traconítide, y Lisanio virrey de Abilene, bajo el sumo sacerdocio de Anas y Caifas, vino la Palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y recorrió toda la comarca del Jordán, predicando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías:

Una voz grita en el desierto:

preparad el camino del Señor, allanad sus senderos; 'elévense los valles, desciendan los montes y colinas; que lo torcido se enderece, lo escabroso se iguale. 6Y todos verán la salvación de Dios.

Muchos iban a que Juan los bautizara; y les decía: ¡Camada de víboras! ¿Quién os ha enseñado a escapar del castigo inminente? Producid el fruto que la conversión pide y no os hagáis ilusiones pensando: Abrahán es nuestro padre, porque os digo que de estas piedras Dios es capaz, de sacar hijos de Abrahán. El hacha está tocando la base de los árboles: y el árbol que no dé buen fruto, será talado y echado al fuego.

La gente le preguntaba: ¿Entonces, qué hacemos? Él contestó: El que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo. Vinieron también a bautizarse unos publicanos; y le preguntaron: Maestro, ¿qué hacemos nosotros?

Él les contestó: No exijáis más de lo establecido. Unos militares le preguntaron: ¿Qué hacemos nosotros? Él les contestó: No hagáis extorsión ni os aprovechéis de nadie, sino contentaos con la paga.

El pueblo estaba en expectación y todos se preguntaban sino sería Juan el Mesías; él tomó la palabra y dijo a todos: Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego: tiene en la mano el bieldo para aventar su parva y reunir su trigo en el granero y quemar la paja en una hoguera que no se apaga.

Añadiendo otras muchas cosas, exhortaba al pueblo y le anunciaba el Evangelio. El virrey Herodes, a quien Juan reprendía por el asunto de Herodías, la mujer de su hermano, y por sus demás crímenes, para remate de todo encerró en la cárcel a Juan.

Lectura:

Al igual que en 1,1-4; 1,5 y 2,1-3, notamos en este pasaje el interés de san Lucas por situar su narración históricamente, tanto en el contexto universal (autoridades romanas) como judío.

"Vino la palabra de Dios sobre Juan". Así se presenta a los profetas en el Antiguo Testamento

Juan estaba en el desierto, pero cuando recibe la palabra de Dios lo abandona y recorre la comarca del Jordán predicando a las gentes. El profeta no es un eremita aislado, sino un mensajero de Dios para su pueblo.

Isaías pedía que se prepare en medio del desierto un camino para el pueblo que, guiado por Dios, retorna del exilio. Juan grita en medio del desierto ¡que viene Dios, preparadle el camino! La metáfora se refiere a la vida humana. Para el Bautista, no es la geografía, sino el modo de vivir, lo que urge cambiar para llegar a ver la salvación de Dios.

Notar la dureza del lenguaje de Juan, que no se anda con paños calientes. No cabe quedarse tan tranquilo, pensando que se es "hijo de Abraham". Se requiere que todos cambiemos realmente nuestra forma de vivir.

La urgencia: el hacha está ya junto al tronco. No cabe dar largas, pues llega el tiempo del Mesías.

Las respuestas que Juan da a quienes le preguntan nos orientan también a nosotros. El cambio que urge realizar tiene que ver con la generosidad, con el compartir con los necesitados, con la honestidad en la propia vida y el respeto a los derechos del débil. Nadie está excluido de esta llamada, pero a todos y cada uno se les (se nos) exige un cambio de vida sincero y real.

La gente estaba expectante ante la inminente llegada del Mesías y se preguntaba si no sería el propio Juan.

"Mesías" es un vocablo hebreo, que se traduce al griego por "Cristo", y al español por "Ungido". Se refiere a un enviado definitivo de Dios que llevará a plenitud lo que en el

antiguo Israel representaban los reyes, herederos de David, los profetas, sucesores de Moisés, y los sacerdotes, descendientes de Aarón. Estos tres oficios expresaban la presencia salvadora de Dios en medio de su pueblo. Con la llegada del "Mesías", esta salvación de Dios será plena y definitiva.

La imagen de las sandalias responde a una antigua tradición judía. Significa que Juan no es el "esposo" del pueblo de Dios, sino quien viene después de él: Jesús. El bautismo de agua de Juan solo anuncia el bautismo divino, espiritual, "de fuego" que trae Jesús, y dispone a aceptarlo.

Ese fuego de Dios purificará finalmente a toda la humanidad, y se hará plena la salvación. Sabemos que dicha purificación se realiza por la entrega en cruz del Señor, gesto máximo de su misericordia, por el cual son perdonados nuestros pecados.

Cumplida su misión, anunciar a Jesús y preparar al pueblo para que lo acoja, Juan desaparece de escena. El protagonista verdadero del relato de san Lucas es, desde luego, el mismo Jesús.

Meditación:

Juan el profeta. Dios suscita hombres para llamarnos a la conversión. ¿Cómo ha llegado esa palabra hasta mí? Debo mi vida y mi salvación a aquellos que me anunciaron el evangelio. ¿Qué aprecio nuestro por ellos?

También conmigo cuenta el Señor para preparar su camino hacia otros hombres y mujeres. ¿Estoy abierto a que me dirija su palabra en medio de mi desierto? Él cuenta conmigo, pero ¿le escucho yo? ¿Estoy dispuesto a cambiar incluso de vida, pasar del desierto al Jordán, para llevar a las gentes su mensaje?

No basta con ser "hijos de Abraham". Tampoco yo puedo "dormirme en los laureles". ¿Vivo realmente el evangelio en que he creído, o me tranquiliza fácilmente mi condición de cristiano practicante? En nuestros tiempos, pocos pecados dificultan tanto la evangelización como el de la arrogancia con que a veces los cristianos nos consideramos "los buenos"... mirando por encima del hombro a los demás, los "pecadores". ¿En qué tengo yo que cambiar mi vida?

La urgencia. El evangelista no trata de "meternos miedo", sino de que por fin nos movilizemos. La urgencia de prepararnos responde a una gran alegría: ¡ya viene el Señor, está llegando! Se acerca nuestra liberación, ¿cómo no disponernos a recibirla?

Todo cristiano es "ungido" en su bautismo y confirmación, con el santo crisma, quedando configurado con Cristo, sacerdote, profeta y rey. No somos "admiradores de Cristo", sino que formamos parte de Él. Por eso estamos llamados a continuar su misión. Cada cual según su vocación específica, pero todos formando su único cuerpo. Yo en Cristo y Cristo en mí: esta es mi verdad más profunda...

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Dialoguemos sencillamente con el Señor, que nos ha enviado profetas y cuanta con nosotros para enviarnos.

Seguramente me faltan fuerzas para el cambio. Es el mejor momento para pedírselas a Él. Dar gracias, sobre todo, por la salvación que viene, por la inminencia del Reino.

Contemplación:

Ver a Juan en el desierto, el gran asceta, esforzándose por complacer a un Dios a quien no termina de encontrar.

Y verle "encontrado por Dios", cuando Él le dirige su Palabra. El asceta solitario se convierte en predicador de las gentes.

Mirar a las gentes en torno a Juan. Desean aceptar su mensaje, pero les cuesta cambiar su vida. Le preguntan, buscan ayuda. Yo también estoy entre ellos: Juan ¿y yo que tengo que hacer?

Y mirar, como siempre, a Cristo, que viene a desposar la tierra, el amante de los hombres, que trae el bieldo en la mano, que viene a salvar a las gentes recogiendo por fin el grano y quemando todo lo que sobra, en un fuego que no se extingue. Dejemos que crezca en nosotros la alegría de la salvación, que ningún mal es capaz de arrancarnos.

"Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles" (Sal 127). Nunca cambiaré de vida a fuerza de proponérmelo. Ha de ser obra del Señor. Solo si me dejo ilusionar por el anuncio de que viene, por la inminencia de su visita, hallaré el modo de cambiar.

Se trata de disponernos para el esposo, y por tanto, es un asunto de amor. A quien ama, no le pesa dar lo que sea, a quien no ama, el mínimo esfuerzo le parece imposible. La medida de mi cambio de vida, la da mi amor a Cristo que viene.

¿Temor al fuego que quema la paja? ¡Alegría por verme libre de ella, y por ser grano de Cristo, recibido misericordiosamente en su casa!

Sentir la urgencia de evangelizar, de llevar a todos esta alegría, este anuncio, esta oferta.

El Concilio Vaticano II

Los cristianos, que participan activamente en el actual progreso económico-social y luchan por la justicia y caridad, tienen que convencerse de que pueden contribuir mucho al bienestar de la humanidad y a la paz del mundo. Individual y colectivamente den ejemplo en este campo. Adquirida la competencia profesional y la experiencia que son absolutamente necesarias, mantengan el recto orden en las actividades temporales en fidelidad a Cristo y a su Evangelio, a fin de que toda su vida, tanto individual como social, se impregne del

espíritu de las bienaventuranzas, particularmente del de la pobreza. Todo el que, obedeciendo a Cristo, busca ante todo el Reino de Dios, obtiene por ello un amor más fuerte y más puro para ayudar a todos sus hermanos y para realizar la obra de la justicia bajo la inspiración de la caridad. (Gaudium et Spes, 72)

San Gregorio Magno

Y todo hombre verá la salvación de Dios. Pero no todos los hombres han podido ver a Cristo, salvación de Dios, en esta vida. Entonces ¿a que se refiere el profeta sino al día del juicio final? Cuando abiertos los cielos, entre los ángeles y los apóstoles, en un trono de majestad, aparecerá Cristo y todos lo verán. (Homilía 20, 1-7)

La Epístola a Diogneto

Cuando nuestra injusticia llegó al colmo y quedó claro que su única ganancia eran el castigo y la muerte, llegó el tiempo que Dios había establecido para manifestar su gran bondad y su gran potencia. ¡Oh, inmensa bondad y amor de Dios! No nos odió, no nos rechazó ni buscó venganza, fue magnánimo y nos sostuvo, y con misericordia cargó con nuestros pecados y mandó a su propio Hijo a rescatarnos; el santo por los impíos, el inocente por los malvados, el justo por los injustos, el incorruptible por los corruptos, el inmortal por los mortales. ¿Qué otra cosa podía remediar nuestros pecados, si no su propia justicia? (8,5)

Ficha décima: Bautismo de Jesús y genealogía (Lc 3, 21 - 38)

En un bautismo general, Jesús también se bautizó, y mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre Él en forma de paloma, y vino una voz del cielo: Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto.

Este era Jesús, que al empezar tenía unos treinta años, y se pensaba que era hijo de José, que a su vez lo era de Helí, el de Matat, el de Leví, el de Melquí, el de Jannaí, el de José, el de Matatías, el de Amos, el de Nahún, el de Eslí, el de Nagái, el de Maat, el de Matatías, el de Semeín, el de Josec, el de Jodá, el de Joanán, el de Resá, el de Zorobabel, el de Salatiel, el de Nerí, el de Melquí, el de Addí, el de Cosan, el de Elmadán, el de Er, el de Jesús, el de Eliezer, el de Jorín, el de Matat, el de Leví, el de Simeón, el de Judá, el de José, el de Jonam, el de Eliacín, el de Meleá, el de Mena, el de Matatá, el de Natán, el de David, el de Jesed, el de Jobed, el de Booz, el de Sala, el de Naasón, el de Aminadab, el de Admín, el de Arní, el de Esrón, el de Pares, el de Judá, el de Jacob, el de Isaac, el de Abrahán, el de Tara, el de Nacor, el de Seruc, el de Ragáu, el de Fálec, el de Eber, el de Sala, el de Cainán, el de Arfaxad, el de Sem, el de Noé, el de Lámech, el de Matusalén, el de Henoc, el de Járet, el de Maleleel, el de Cainán, el de Enós, el de Set, el de Adán, el de

Dios.

Lectura:

No teníamos noticias de Jesús desde que, a los doce años, lo vimos con sus padres como peregrino en Jerusalén. Entonces era ya consciente de que lo suyo era ocuparse "de las cosas de su Padre". Ahora, un hombre ya, no está en el Templo con los doctores, sino en el campo entre los pecadores. Así comenzará su misión.

La noticia sobre el bautismo es breve, como si san Lucas no quisiera detenerse en ella. San Juan la da por supuesta. No se dice que "Juan bautizó a Jesús", sino que "Jesús se bautizó". Los evangelistas tienen mucho interés en mostrar quien es el verdadero protagonista de este relato.

No es que Jesús necesitara ser bautizado por Juan, pues Él no tiene que hacer penitencia por pecado alguno. Es que Jesús ha querido bautizarse, también Él, "en un bautismo general". Ha querido participar de la condición del pueblo pecador al que ha venido a redimir. El Hijo de Dios, todo solidaridad, todo cercanía, no solo ha asumido nuestra condición humana, sino que, siendo inocente, se pone en la fila de los pecadores.

"Mientras oraba". Los otros evangelistas presentan el bautismo de Jesús como su manifestación pública. San Lucas prefiere fijarse en el aspecto interior. Jesús está en oración. Es muy típico del evangelista san Lucas prestar especial atención a la oración del Señor.

Su presencia en el bautismo general es un acto de comunión con el Padre. Camina entre los pecadores, poniéndose en la presencia de Dios.

Se trata de un acontecimiento interior. "Abrirse el cielo", "descender el Espíritu en forma de paloma", "escuchar la voz". Es la revelación divina, el Padre que ilumina al Hijo, revelándole su propia identidad. Jesús se descubre a sí mismo rodeado de la gente, en la presencia de Dios.

"Mi Hijo, amado, predilecto". Jesús es de Dios. Es suyo. Es único para Él. Con una relación totalmente particular, irrepetible.

Fijémonos también en la genealogía de Jesús. Nada más escuchar del cielo que Jesús es el Hijo de Dios, san Lucas nos recuerda que no por ello es menos hombre. Y a través de san José, nos lo presenta enraizado en este mundo, en una familia, en un pueblo.

Es el Hijo de David, es el Mesías. Es la descendencia de Abraham, en quien se cumplen las promesas. Es el descendiente de Adán, hacia el que tiende toda la historia humana. Toda la acción de Dios a favor de los hombres se cumple y hace plena en Jesús. Toda la historia humana, la colectiva y la de cada persona, encuentra en Él su plenitud.

Meditación:

¿Por qué se pone Jesús en la fila para ser bautizado? ¿Cómo puede un piadoso judío

pensar que sirve a Dios rodeándose de pecadores?

El amor de Dios que Cristo trae al mundo y que transforma y salva a los hombres, se manifiesta como cercanía, no rehuye el contacto con nadie.

¿Cómo miro yo a las gentes y como las mira el Señor?

Jesús en oración. Y hoy no en el templo, sino en medio del campo. No en soledad, sino en medio del gentío. Sabemos que Jesús se retiraba a menudo, pero sabe orar en cualquier circunstancia.

Si la oración es diálogo, Jesús aquí habla con hechos, no con palabras. Y el Padre habla revelándole su identidad más profunda. Nadie se conoce a fondo si no es ante Dios y en medio de los hombres.

El camino para conocerse a uno mismo no está en un aislamiento narcisista, en una introspección espiritualista. Está en vivir ante Dios en medio de este mundo que sufre.

En Jesucristo Dios ha entrado en la historia, se ha situado en la fila de los pecadores, y nos ha dado la salvación. Nada hay humano que nos sea ajeno, a los discípulos del Señor.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

¡Señor, enséñanos a orar! ¡Señor, enséñanos a ser humildes!

¡Señor, enséñanos a estar cercanos!

¡Señor, enséñanos a ser hijos en el Hijo!

¡Señor, enséñanos a descubrir quienes somos ante ti, y cuál es la misión peculiar que Tu nos encomiendas!

¡Señor, enséñanos a descubrir en todo hombre, el rostro de Jesucristo!

Contemplación:

Ver la escena del bautismo. Las gentes que acuden a Juan. Ver su dramas y sus esperanzas. Vienen heridos, pero buscan a Dios. Maltratados, pero con esperanza. Gentes de mil condiciones vienen dispuestas a cambiar de vida, porque confían en Dios.

Y ver a toda la humanidad, presente en la genealogía de Jesús. Proceden de Dios, pero como Adán, van heridos. Todo el gran río de la humanidad, que se encamina, a veces sin saberlo, hacia su plenitud en Cristo.

Mirar ahora a Jesús entre las gentes. Uno más. Nada le distingue. ¿Qué hace hoy en esta fila? ¿A quién busca? ¿Qué le trae?

Jesús escucha en su interior. Miremos a Jesús orando. Recogido en medio del río. Sumergido bajo las aguas. Veamos el cielo abierto y la paloma que desciende... con los ojos interiores de Jesús. Experimentemos su alegría al escuchar aquellas palabras. Somos uno con Jesús. En Él, también somos hijos amados. Veamos al Padre abriendo para

nosotros el cielo. Veamos al Espíritu descendiendo para posarse en nosotros. Aprendamos con Jesucristo a ser hijos y herederos.

¿Qué implica en mi día a día, escuchar a todo un Dios que me dice "tu eres mi hijo", "yo te amo"?

¿Cuál es mi actitud ante la gente? ¿Cómo me sitúo ante los despreciados, los pecadores, los marginados? ¿Me importa más mi buen nombre o el bien de los que sufren?

Revivir mi propio bautismo. Los cristianos olvidamos a veces la importancia de este sacramento. Sería de gran ayuda recordar como es el rito. Qué se dice. Qué se hace. Que significa todo eso. Desde que fui bautizado, mi vida es toda nueva, y formo parte de Cristo.

Todo cambia para Jesús desde este día. Dejémonos cambiar por Él.

San Gregorio Nacianceno

Cristo es iluminado: dejémonos iluminar junto con Él; Cristo se hace bautizar: descendamos al mismo tiempo que él, para ascender con él.

Juan está bautizando, y Cristo se acerca; tal vez para santificar al mismo por quien va a ser bautizado; y sin duda para sepultar en las aguas a todo el viejo Adán, santificando el Jordán antes de nosotros y por nuestra causa; y así, el Señor, que era espíritu y carne, nos consagra mediante el Espíritu y el agua.

Juan se niega, Jesús insiste. Entonces: Soy yo el que necesito que tú me bautices, le dice la lámpara al Sol, la voz a la Palabra, el amigo al Esposo, el mayor entre los nacidos de mujer al Primogénito de toda la creación, el había saltado de júbilo en el seno materno al que había sido ya adorado cuando estaba en él, el que era y habría de ser precursor al que se había manifestado y se manifestará. Soy yo el que necesito que tú me bautices; y podría haber añadido: «Por tu causa». Pues sabía muy bien que habría de ser bautizado con el martirio; o que, como a Pedro, no sólo le lavarían los pies.

Pero Jesús, por su parte, asciende también de las aguas; se lleva consigo hacia lo alto al mundo, y mira cómo se abren de par en par los cielos que Adán había hecho que se cerraran para sí y para su posteridad, del mismo modo que se había cerrado el paraíso con la espada de fuego.

También el Espíritu da testimonio de la divinidad, acudiendo en favor de quien es su semejante; y la voz desciende del cielo, pues del cielo procede precisamente Aquel de quien se daba testimonio; del mismo modo que la paloma, aparecida en forma visible, honra el cuerpo de Cristo, que por deificación era también Dios. Así también, muchos siglos antes, la paloma había anunciado del diluvio.

Ojalá que estéis ya purificados, y os purifiquéis de nuevo. Nada hay que agrade tanto a Dios como el arrepentimiento y la salvación del hombre, en cuyo beneficio se han pronunciado todas las palabras y revelado todos los misterios; para que, como astros en el firmamento, os convirtáis en una fuerza vivificadora para el resto de los hombres; y los esplendores de aquella luz que brilla en el cielo os hagan resplandecer, como lumbreras perfectas, junto a

su inmensa luz, iluminados con más pureza y claridad por la Trinidad, cuyo único rayo, brotado de la única Deidad, habéis recibido inicialmente en Cristo Jesús, Señor nuestro, a quien le sean dados la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén. (Sermón en las sagradas Luminarias 39,14-16)

San Proclo de Constantinopla

Fijaos, mirad este diluvio sorprendente y nuevo, mayor y más prodigioso que el que hubo en tiempos de Noé. Entonces, el agua del diluvio acabó con el género humano; en cambio, ahora, el agua del bautismo, con la virtud de quien fue bautizado por Juan, retorna los muertos a la vida. Entonces, la paloma con la rama de olivo figuró la fragancia del olor de Cristo, nuestro Señor; ahora, el Espíritu Santo, al sobrevenir en forma de paloma, manifiesta la misericordia del Señor. (Sermón en la Santa Teofanía 7,1-3)

Ficha undécima: Jesús tentado en el desierto (Lc 4, 1 - 13)

Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo. Todo aquel tiempo estuvo sin comer, y al final sintió hambre. Entonces, el diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan. Jesús le contestó: No sólo de pan vive el hombre. Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo, le dijo: Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mi me lo han dado y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mi, todo será tuyo. Jesús le contestó: Está escrito: Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo darás culto. Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del Templo y le dijo: Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: Encargará a los ángeles que cuiden de ti, y también te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras. "Jesús le contestó: Está mandado: No tentarás al Señor tu Dios. "Completadas las tentaciones, el demonio se marchó hasta otra ocasión.

Lectura:

Notar que es el Espíritu Santo quien lleva a Jesús al desierto, donde es tentado por el diablo. La tentación no es ajena a Jesús, ni al plan de Dios. Lo es el pecado, pero no la prueba.

Sentido simbólico del desierto y del ayuno: Jesús carece de todo, se queda a solas consigo mismo, en la más desnuda verdad. Queda en la indigencia más extrema, experiencia tan real, tan humana. Y en esa situación de indefensión y debilidad, ha de optar por la confianza en Dios o por las propuestas del diablo.

El pan. El poder y la gloria. Demostrar quien es: tal es la materia de las tres tentaciones.

El sustento material para un desfallecido de hambre.

La afirmación y el poder para quien está en extremo debilitado.

El reconocimiento público para quién está solo e impotente.

Se trata de bienes apetecibles que responden a necesidades básicas del hombre.
Necesidades reales.

Pueden razonablemente ser deseados por Jesús.

La trampa: al perseguir estos bienes por sí mismos, Jesús se alejaría del auténtico bien, que para Él consiste siempre en realizar la voluntad del Padre.

¿Cómo responde Jesús a las tentaciones? No sólo de pan, sólo a Dios adorarás, no pondrás a prueba al Señor. Reafirmar la primacía de Dios, ésta es la guía con la que Jesús acierta a vencer al maligno. Jesús no se deja engañar, porque sabe que el Padre es la verdadera fuente de todo bien. Jesús vive hasta el fondo el primer mandamiento: Amarás a Dios sobre todas las cosas.

Lo contrario hubiera supuesto aceptar un regalo envenenado, un regalo del diablo, al precio de arrodillarse ante él, hacer de él su dios.

Meditación:

El puesto de la tentación y la prueba en la vida del creyente. El Señor Jesús pasa por nuestras mismas luchas. Verdaderamente se ha hecho igual en todo a nosotros, excepto en el pecado.

Así, Jesucristo no sólo perdona nuestros pecados, sino que nos enseña a vivir en Dios. Compartiendo nuestras luchas y dificultades, haciendo suya nuestra debilidad, Él nos enseña a vencer la tentación, y a vivir sólo de Dios y para Dios.

La tentación no es un pecado, pero nos induce a él si nos dejamos seducir. Por eso es una ocasión en que se nos pone a prueba. Y venciendo en esta lucha, se robustece nuestra fe. En esta lucha se fragua el cristiano.

A veces nos sentimos muy fuertes, y parece que nada nos separaría de Cristo, pero otras veces... parece que no tuviéramos fuerzas y que nuestro amor se apagase. Es el momento de la fe, y de poner nuestra confianza sólo en el poder de Dios. Momento de recordar que, aún en medio de la oscuridad, nunca le falta al cristiano la gracia suficiente para vencer con la ayuda de Dios las tentaciones del maligno. Como dice san Pablo "fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito" (1 Co 10,13).

Jesús no acepta los planteamientos de Satanás, ni para discutirlos. Su punto de partida es siempre otro, y por eso le vence. No se deja fascinar por sus medias verdades y sus insinuaciones falaces. Le contrapone de modo directo e inapelable...la palabra de Dios.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Podemos hablar tranquilamente, sinceramente, con el Señor que ha pasado por todas nuestras dificultades y puede comprendernos. Es más, Él ha vencido por nosotros todas las tentaciones, insidias y engaños del Maligno. Exponerle cuales son las nuestras. Pedir su ayuda para superarlas. Con Él nada nos resulta imposible.

Reconozcamos también ante Él las veces que nos hemos dejado engañar y hemos antepuesto cualquier deseo al deseo de Dios, las veces que nos ha embaucado el Maligno y hemos pecado. Imploramos confiadamente su misericordia. Él está siempre dispuesto a recibirnos, a renovarnos; alienta nuestro camino hacia la casa del Padre.

Contemplación:

Ver a Dios en el cielo, compadecido del mal de los hombres. Ver a tantas gentes que viven confundidas, que buscan la felicidad a ciegas, en modo egoísta, y no hallan más que amargura, no generan más que dolor. Sentir el dolor que Dios siente por el dolor de los hombres.

Ver al Padre que envía a su Hijo para ayudar a los hombres.

Y a Jesús que pasa por todas nuestras pruebas, y vence las tentaciones con su fidelidad a la voluntad de Dios.

Ver el rostro desconcertado del diablo ante las respuestas del Señor, y su rabia al verse vencido.

Y a la multitud de los hombres para quienes se abre la puerta de la felicidad y del cielo, gracias a la entrega de Jesús.

Yo mismo estoy entre ellos. Dios me mira conmovido, y entrega a su Hijo por mi.

A las argucias y engaños, Jesús responde con la Palabra de Dios. ¿Qué puesto ocupan la oración y la Escritura en mi vida?

Aprender a discernir: ¿con qué criterios se mueve la gente a mi alrededor? ¿En qué medida son evangélicos esos criterios? Necesito aprender a vivir según los criterios del Señor, haciendo de Él mi Señor.

Para aprender a discernir es imprescindible la experiencia del silencio, de paso por el desierto.

Y es altamente recomendable el acompañamiento espiritual, la ayuda de un hermano mayor en la fe que sea un verdadero maestro de oración o director espiritual.

San Pablo:

No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito (1 Col 0,13).

San Ambrosio de Milán

Aprende, pues, un nuevo misterio: fue obra del Espíritu Santo y voluntad de Dios que Jesucristo se expusiera al Diablo para ser tentado. (Comentario a san Lucas, 4,16)

San León Magno

Era más conveniente para nuestra salvación que el Salvador venciera la astucia del más orgulloso de los enemigos no con la potencia de su divinidad, sino con el ministerio de su humildad. (Sermón 27 [40], 2-4)

San Agustín de Hipona

Cristo fue tentado por el diablo, pero en Cristo eras tentado tú. Tuya era la carne que Cristo había tomado para que de Él recibieras la salvación. Tomó sobre sí la muerte, que era tuya, para darte la vida. De ti tomó las humillaciones para que recibieras de Él la gloria. Así, tomó de ti e hizo suya la tentación, para que por don suyo tu consiguieras vencerla. Si somos tentados en Él, en Él vencemos nosotros al demonio. ¿Te llama la atención que Cristo haya sido tentado, y no que haya vencido? En Él eras tú el tentado, en Él conseguiste la victoria. ¡Reconócelo! Él hubiera podido mantener lejos de sí al diablo; pero, si no se hubiera dejado tentar, no te hubiera enseñado a vencer cuando eres tú el tentado. (Sobre los Salmos, 60, 2)

Ficha duodécima: Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 14 - 30)

Jesús volvió a Galilea, con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas y todos lo alababan. Fue Jesús a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del Profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor. Y, enrollando el libro, lo devolvió al que le ayudaba y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en Él. Y Él se puso a decirles: Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír. Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de sus labios. Y decían: ¿no es éste el hijo de José? Y Jesús les dijo: Sin duda me recitaréis aquel refrán: Médico, cúrate a ti mismo: haz también aquí en tu tierra lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún. Y añadió: Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; -"sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. -"Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del Profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado más que Naamán el sirio. Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y levantándose lo empujaron fuera del

pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.

Lectura:

San Lucas pone este relato como pórtico de toda la predicación del Señor, pues en él aparecen en síntesis los principales rasgos de todo el ministerio público de Jesús.

Nazaret. La insignificante aldeíta perdida allá en la Galilea, donde pasó la mayor parte de su vida. Su infancia junto a José y María. Una vida de respeto a Dios y sujeción a sus padres, en la que fue creciendo en sabiduría, y madurando como hombre, al amor de la gracia de Dios y del ejemplo de sus padres. De allí salió un día, llevado por el amor del Padre, para anunciar a todos la Vida, la llegada del Reino de Dios, la urgencia de la conversión, el evangelio de la misericordia.

Allí, en la sinagoga, Jesús hace una afirmación fundamental: Yo soy... el ungido por el Espíritu, aquel de quien habló el profeta. Esta palabra se cumple hoy ante vosotros... en mí.

El "Ungido" de Dios. En el Antiguo Testamento existía el rito de la unción de los reyes, los sacerdotes, y a veces de los profetas. Derramando aceite sobre el elegido de Dios, quedaba éste consagrado, totalmente dedicado para el servicio del Señor. Recibía así la fuerza del Espíritu para realizar su misión. Los "ungidos" son, por tanto, enviados de Dios, ministros de su salvación. En hebreo "Ungido" se dice Mesías, y en griego se traduce por Cristo.

Ante sus paisanos de Nazaret, Jesús se presenta como el Mesías. Yo soy el que había de venir. Yo soy el enviado del Padre. Yo soy el ungido por el Espíritu. Yo soy el que anunciaban las Escrituras. Yo soy el cumplimiento de las promesas y la realización de las esperanzas. Soy yo. Todo el pasaje tiene su centro en este desvelamiento de la identidad mesiánica de Jesús.

Jesús se levanta para dar vida, su pueblo para darle muerte. Y Jesús comienza el camino. La salvación comienza en el anuncio de Nazaret, en la revelación del misterio de la persona de Jesús.

Meditación:

Yo también soy destinatario de la salvación que trae el Mesías. ¿Cuáles son mis cegueras y cuáles mis pobrezas? ¿Qué me tiene cautivo, qué me oprime y me priva de libertad? Necesito la alegría de la gracia del Señor.

Y también soy un ungido, partícipe de la misión de Cristo.

La Iglesia continúa realizando el rito de la unción. Unge a los aspirantes al bautismo y a los enfermos. Pero sobre todo unge, con un aceite especial llamado Crisma, a los recién bautizados "para que entres a formar parte de su pueblo y seas para siempre miembro de Cristo sacerdote, profeta y rey". Con el

Crisma unge también a los confirmados para que reciban "el don del Espíritu Santo" y

siendo "propiedad del Señor" puedan "dar testimonio de la verdad y ser, por el buen olor de las buenas obras, fermento de santidad en el mundo". Unge por fin a los sacerdotes, para que "con la fuerza del Espíritu Santo" puedan realizar su misión.

Reflexionar sobre mi condición de "ungido", de "miembro de Cristo", beneficiario y participe de su misma misión salvadora.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Dialogar con el Señor Jesús, agradeciéndole sus dones. Es para mí para quien proclama hoy la buena noticia y la llegada del tiempo de la gracia del Señor.

Ofrecerme a Él como colaborador suyo en la extensión del Reino Mesianico, el Reinado de Dios, que trae luz a los que están a ciegas, libertad a los que están cautivos, el anuncio de la gran alegría para todos los pobres.

¡Quiero, Señor, a imagen tuya, servir y no ser servido! ¡Heme aquí, Señor! ¡Cuenta conmigo para una misión sin fronteras!

Pedirle que nos admita a seguirle en su camino hacia Jerusalén, hacia la entrega de la vida por amor, hacia la cruz y la resurrección.

Contemplación:

Como los habitantes de Nazaret, fijemos ahora nuestros ojos en Él.

Dejemos que crezca en nosotros la expectación y el deseo de escucharle. Deseo de Cristo, sed de Cristo. ¡Necesitamos tanto de Él!

Crezca también nuestra alegría al ver que ha llegado la realización de todas nuestras esperanzas. El Mesías viene a darnos cuanto necesitamos, a colmar nuestras más profundas necesidades y deseos. Y a colmarlas de verdad. A darnos la salvación. ¡Gracias Señor!

Veámosle explicar, tan vivamente, que ha venido para todos, que no se deja acaparar. Que el libertador quiere ser libre, para liberar a todos los hombres.

Contemplemos el final de la escena. El entusiasmo general convertido en rechazo. Anuncio de la cruz. Veamos a Jesús maltratado, a empujones, a punto de ser despeñado. Expulsado de entre los suyos, de entre nosotros. El rostro de ira de los nazarenos. El rostro de dolor del Nazareno. ¿Y yo, también le rechazo? ¿Le impongo condiciones o le dejo ser mi Señor?

Para nuestra vida:

Liberar a los oprimidos. En nuestro mundo cansado de palabras y profundamente escéptico, el primer testimonio cristiano es el de la caridad.

Signos del Reino. Si de verdad buscamos el rostro de Jesús el Cristo ¿sabemos verlo en los pobres? En un mundo de opulencia y comodidad donde la inmensa mayoría de los hombres

carece de lo más elemental, ¿cuál es nuestro compromiso a favor de los que sufren y de todo carecen, de los que más nos necesitan?

He de proponerme vencer la doble tentación de un cristianismo sin Cristo, y de una fe insensible a los pobres.

Orígenes

"Todos los que estaban en la sinagoga tenían sus ojos clavados en él." En nuestra asamblea sigue siendo posible fijar los ojos en el Salvador. Porque cuando tú pones la atención en lo más profundo de tu corazón para contemplar la Sabiduría, la Verdad y el Hijo único de Dios, tus ojos verán a Jesús. [...] ¡Cómo desearía que también vosotros [...] tuvieseis los ojos, no los de la cara, sino los del alma, vueltos para mirar a Jesús! Cuando dirigáis vuestra mirada hacia Él, de la luz de su rostro se iluminarán vuestros semblantes y podréis decir: nos ha iluminado la luz de tu rostro, Señor, a quien pertenecen la gloria y la potencia por los siglos de los siglos. (Comentario a San Lucas, 32,6)

San Cirilo de Alejandría

El año de gracia fue aquel en que, por nosotros, Cristo fue crucificado. Fue entonces cuando nos convertimos en personas gratas a Dios Padre y cuando, por medio de Cristo, dimos fruto. Es lo que Él nos enseñó cuando dijo: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda infecundo, pero si muere da mucho fruto. (Comentario sobre el Profeta Isaías, 5, 5)

El Catecismo de la Iglesia Católica

La unción con el santo crisma, óleo perfumado y consagrado por el obispo, significa el don del Espíritu Santo al nuevo bautizado. Ha llegado a ser un cristiano, es decir, «ungido» por el Espíritu Santo, incorporado a Cristo, que es ungido sacerdote, profeta y rey (nº 1241).

Ficha decimotercera: La vocación de san Pedro (Lc 5, 1 - 11)

Una vez que la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la Palabra de Dios, estando Él a orillas del lago de Genesaret; Vio dos barcas que estaban junto a la orilla: los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara, un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente, "cuando acabó de hablar, dijo a Simón: ¡Rema mar adentro y echad las redes para pescar!. Simón contestó: Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes. Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande, que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la

otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, que soy un pecador. Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido, y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: No temas: desde ahora serás pescador de hombres. Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Lectura:

Jesús predicando a las gentes. Es lo suyo. Para esto dejó un día su casa, para anunciar a todos el Evangelio. Pero ahora da un paso más. Comienza a asociar a otros a su misión.

La atención se focaliza en Simón. Hay dos barcas, pero se sube a la suya. Hasta seis veces se repetirá su nombre. Desde su barca, Jesús enseñará a las gentes.

Por dos veces le pide remar, ambas con el mismo verbo en el griego original. La primera se nos describe (le pidió que la apartara un poco de tierra); la segunda conserva toda la fuerza de una invitación imperativa (¡Rema mar adentro y echad las redes para pescar!) Separarse un poco de tierra... remar mar adentro. Lo uno ha llevado a lo otro. Jesús va conduciendo a Simón, poco a poco, a realizar un acto de fe. Se ha acercado a él, le muestra confianza, le pide su pequeña colaboración. Ahora, el gran salto.

Simón es un buen pescador, Jesús... es un carpintero. El momento de pescar es la noche, y ésta... no entraban los peces. Pero ahora lo que cuenta no es conocer el oficio, sino fiarse o no de Jesús. Simón se fía y rema.

"Por tu palabra", puesto que tú lo dices. Porque me fío de ti, me fío de lo que dices. Porque me fío de ti, acepto lo que me propones. Otro respondería que Jesús no entiende de pesca. Más Simón echa las redes. Y descubre cuan verdadera es la palabra de Jesús, cuan digna de ser aceptada. La pesca, será sorprendente. En cuanto se ponen a ello, la red está ya que revienta. La eficacia de la palabra de Cristo es enorme e instantánea. Basta darle fe para que actúe con una generosidad desbordante.

Sobrecogido, maravillado, Simón se postra ante Jesús. "Apártate de mí, que soy un pecador". Ha percibido el signo, ha reconocido la actuación de Dios, y se afecta en lo más profundo.

Meditación:

La llamada personal se da siempre en el contexto de la misión de Jesús, que se dirige a todos los hombres. Para anunciar el Evangelio. El Señor elige a algunos para el servicio de todos.

Tener fe no consiste en "creer cosas", ni es una cuestión de "opiniones". Tener fe es creer en Cristo, creer a Cristo, creer "hacia" Cristo. Es poner en Él toda nuestra confianza,

hacernos sus discípulos y seguidores, participar con Él de su vida, su misión y su destino. Y de esa unión con Él, se sigue el creer cuanto nos propone, hacer mía su doctrina y dejar que transforme mi vida.

No es la brega de toda una noche la que llena la barca de peces. Es la fe en la palabra de Cristo, más allá de todo calculo humano. ¿Con qué criterios trabajo y me esfuerzo? ¿Con qué fe afronto las dificultades? ¿En qué y en quién pongo yo mi esperanza? ¿No he vivido, tantas veces, experiencias análogas a la de Simón en la barca? ¿Cómo reacciono, cual es mi respuesta?

"No temas". La presencia del Señor estremece, pero no asusta. El único miedo ante Dios, es a perderle, a que dándole la espalda, podamos alejarnos de Él. Lo otro es religioso respeto, profundo reconocimiento, como el de Pedro a los pies de Jesús.

El ministerio de Pedro es peculiar y fundante, pero es "paradigma" y modelo de todos los demás ministerios y aún de todo servicio cristiano. Junto con la vocación de María, presenta el modelo lucano de la llamada del Señor. Estoy ante un texto de oro para que yo pueda descubrir mi propia vocación o renovar la llamada que el Señor me dirigió un día...

"Dejándolo todo, lo siguieron". Inmediato fue el milagro, inmediata es la respuesta. Ya no interesan los peces, ni la barca, ni el oficio. Ya solo interesa en la vida estar con Jesús, vivir con Jesús, seguir a Jesús, "pescar" con Jesús. Es característica esta prontitud en la respuesta en las vocaciones evangélicas, que Jesús exigirá en otros pasajes como condición para aceptar la llamada.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

¡Señor, dame a escuchar tu llamada! Aquí tienes mi barca, en la orilla, por si deseas servirme de ella.

Pidamos al Señor que nos lleve consigo aguas adentro, a la hondura donde Él hace maravillas. A descubrir quién es Él para nosotros y quienes somos nosotros para Él.

¡Señor, danos hambre de peces! Sensibilidad por los hombres, que quieren escuchar tu palabra y no tienen quien se la anuncie. Que necesitan saciarse del alimento que tu multiplicas. ¡Haz de nosotros, Señor, pescadores de hombres!

Tu grandeza y mi pecado. Tu amor y mi pequenez. Pero tu cuentas conmigo, y en tu palabra... echaré las redes.

Entonemos por fin algún canto vocacional que evoque las llamadas de Jesús al borde del lago.

Contemplación:

Quedémonos ahora un momento en silencio, contemplando la escena. Ver a la gente en el lago, y Jesús que entre las apreturas, decide subirse a una barca. Es la mía.

¡Qué alegría, que desde mi humilde barquilla el Señor pueda anunciar la Vida!

Rema ahora mar adentro. ¿A dónde me llevas, Señor? Y ver el rostro de sorpresa, de

alegría, de conmovida reverencia de Pedro y de sus compañeros ante la admirable pesca. Es mi rostro, es mi vida, es mi Señor.

Ver a Pedro que cae a sus pies, ver a Cristo decirle "no temas". El Señor me levanta del suelo y me dice, a mi pecador: necesito de tu ayuda, serás pescador de hombres...

Todo lo dejan y le siguen. ¿Voy yo también entre ellos?

La vocación no es cosa de un día. Para Pedro es cosa de toda una vida. La llamada sentida un día, se renueva constantemente, en cada momento de la vida. Y la respuesta ha de ser nueva también, generosa y fiel, alegre y confiada aún en medio de las pruebas. De lo contrario, sin dejarnos mover por el Espíritu, no podremos cumplir nuestra misión.

También a mí me llamó, o me llamará un día el Señor, a una vocación específica. La mía propia. No es mejor ser esto o aquello, sacerdote o religiosa, misionero o laico cristiano, célibe o casado, monje o reformador social... Lo mejor para cada uno es descubrir su llamada propia, y vivirla con la alegría de haber encontrado el tesoro de servir a su Señor.

No puedo vivir la fe como si nada. Necesito plantearme en serio el tema de mi vocación.

San Hilario de Poitiers

La elección de los pescadores ilustra la actividad de su futura misión, que deriva de su oficio humano: los hombres, como en la imagen de los peces sacados, levantados fuera de las aguas del mar, deben "emerger", salir de este siglo hacia un lugar superior, es decir, hacia la luz de las estancias celestiales. Abandonando profesión, patria y casa, nos enseñan, si es que queremos seguir a Cristo, a no dejarnos retener por las preocupaciones de la vida en este mundo, ni por los lazos que nos sujetan aún a la casa paterna. (Comentario a san Mateo, 3,6)

Cardenal John Henry Newman

A lo largo de toda nuestra vida, Cristo nos llama. Nos haría mucho bien tener conciencia de ello, pero somos lentos en comprender esta gran verdad: que Cristo camina a nuestro lado y con su mano, sus ojos y su voz nos invita a seguirle. En cambio, nosotros ni siquiera alcanzamos a oír su llamada que se da a entender ahora mismo. Pensamos que tuvo lugar en los tiempos de los apóstoles; pero no creemos que la llamada nos atañe a nosotros, no la esperamos. No tenemos ojos para ver al Señor. No obstante, estáte seguro: Dios te mira, quien quiera que seas. Dios te llama por tu nombre. Te ve y te comprende, él que te hizo. Todo lo que hay en ti le es conocido; todos tus sentimientos y tus pensamientos, tus inclinaciones, tus gustos, tu fuerza y tu debilidad. Te ve en los días de alegría y en los tiempos de pena. Se interesa por todas tus angustias y tus recuerdos, todos tus ímpetus y los desánimos de tu espíritu. Dios te abraza y te sostiene; te levanta o te deja descansar en el suelo. Contempla tu rostro cuando lloras y cuando ríes, en la salud y en la enfermedad. Mira tus manos y tus pies, escucha tu voz, el latido de tu corazón y hasta tu aliento. No te

amas tú más que te ama él. (Sermones parroquiales 8, 2)

Ficha decimocuarta: La curación del paralítico (Lc 5, 17 - 26)

Un día estaba enseñando y estaban sentados unos fariseos y maestros de la Ley, venidos de todas las aldeas de Galilea, Judea y Jerusalén. Y el poder del Señor lo impulsaba a curar. Llegaron unos hombres que traían en una camilla a un paralítico y trataban de introducirlo para colocarlo delante de Él. No encontrando por donde introducirlo, a causa del gentío, subieron a la azotea y, separando las losetas, lo descolgaron con la camilla hasta el centro, delante de Jesús. Él, viendo la fe que tenían, dijo: Hombre, tus pecados están perdonados. Los escribas y los fariseos se pusieron a pensar: ¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados más que Dios? Pero Jesús, leyendo sus pensamientos, les replicó: ¿Qué pensáis en vuestro interior? ¿Qué es más fácil decir tus pecados quedan perdonados, o decir levántate y anda? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados... -dijo al paralítico-: A ti te lo digo, ponte en pie, toma tu camilla y vete a tu casa. Él, levantándose al punto, a la vista de ellos, tomó la camilla donde estaba tendido y se marchó a su casa dando gloria a Dios. Todos quedaron asombrados, y daban gloria a Dios, diciendo llenos de temor. Hoy hemos visto cosas admirables.

Lectura:

El interés por Jesús crece. Entre el gentío se encuentran incluso fariseos y maestros de la Ley venidos desde la lejana Jerusalén para escuchar sus enseñanzas.

El poder del Señor lo impulsaba a curar. La enseñanza de Jesús no se reduce a palabras, en Él está presente la fuerza salvadora de Dios, que restaura al hombre por dentro y por fuera.

Jesús capta lo profundo, no se queda en lo aparatoso de la escena. Se fija en la fe que tienen, y responde en la forma más plena y más radical: el perdón de los pecados.

"Tus pecados te son perdonados". Como a la pecadora que en Le 7 lavaba los pies de Cristo con sus lágrimas, enjugándolos con sus cabellos. Ella fue perdonada "porque ha amado mucho". Lo recuerda san Pedro en su carta: "el amor cubre la multitud de los pecados".

La sanación más profunda cura hasta las raíces. No hay mal que aflija al hombre del que no pueda ser liberado por la fe en Aquel que sana por dentro.

¿Quién es Jesús? Sólo Dios puede perdonar los pecados. Quien se arrogue tal poder es un blasfemo. Ahora bien, si, como es el caso, demuestra que tiene autoridad para hacerlo... entonces merece la fe.

El perdón de los pecados, que es prerrogativa divina, constituye la misión propia de Jesús. Su nombre significa "Dios salva" y le fue impuesto por voluntad divina, porque Él salvará a

su pueblo de los pecados (Mt 1,21). Y en la última cena resumirá toda su obra en la entrega de su sangre de la nueva alianza, que se derrama para el perdón de los pecados (Mt 26,28). A la pregunta sobre la identidad de Jesús responde adecuadamente quien observa su actitud ante los pecados de los hombres...

La sanación es instantánea. La eficacia de la palabra de Jesús es total. Como la palabra de Dios en el Génesis da existencia a lo que nombra, la palabra de Jesús en el Evangelio realiza la salvación que anuncia.

Meditación:

Desear a Jesús, buscar a Jesús, esperar en Jesús. La potencia sanadora de Cristo es total e instantánea, pero requiere deseo, plegaria, disposición, lucha, que expresan y robustecen la fe. ¿Verdaderamente creo en la potencia salvadora de Cristo? ¿Queda en mí esperanza? ¿Con qué deseo voy hacia Él, y pido ayuda a quienes pueden acercarme a Él? Cuando algo me interesa de verdad, busco la manera de conseguirlo. ¿Aprovecho yo los medios de que dispongo para acercarme cada día más a Cristo?

Buscando a mi alrededor. Necesito buenos camilleros, porque yo, como el parálítico, a solas no se caminar. Para acercarme al Señor, las mejores ayudas serán el sacramento de la penitencia y la dirección espiritual.

Estos que llevan al parálítico se parecen a los modernos "voluntarios", que ayudan a las personas en dificultades a alcanzar lo que ellas solas no podrían. Y a mí mismo en la medida en que intento ayudar a la gente. ¿Soy un buen "camillero", fuerte y disponible? ¡Cómo quisiera estar siempre dispuesto para "acercar" a los "paralíticos" al Señor!

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Dialoguemos ahora con el Señor, que nos ha mostrado cómo la parálisis puede ser externa, pero también interna, y cómo la caridad con un enfermo es ocasión de salvación y de vida. Hablemos con Él quedamente, con el lenguaje interior del corazón, sobre nuestras propias parálisis, que sólo Él puede remediar con su misericordia. Pidámosle esperanza, y valor para buscar ayuda en nuestras situaciones más alejadas de Él.

Pidámosle también sensibilidad para ayudar al que sufre, para apoyar con nuestra fe al que está sin fuerzas, y con nuestras manos a aquél que no puede andar sólo en su vida, que no puede procurarse lo que más necesita.

Contemplación:

Ahora revisitemos imaginativamente la escena. Veamos a las gentes que se agolpan

entorno a Jesús para escuchar su enseñanza.

Y allí, en medio, veamos a Jesús. Detengámonos a observar cómo enseña, qué cosas les dice... y cómo dentro de Él, el Espíritu Santo le está impulsando para que cure, para que sane, para que perdone, para que salve...

Jesús sabe lo que hay en el hombre. Observemos como mira, penetrante, a sus oyentes. Comprende sus dudas, llega a lo hondo de su corazón y su mente. Y reacciona para dar, también a ellos, una palabra de salvación.

¿A qué me invita el Señor en esta escena? ¿Sabré también yo poner ante Él con fe mis propias parálisis? ¿Sabré ser "camillero" de los parados que encuentre en mi camino? ¿Sabré reconocer en Jesús no a un blasfemo, sino al que actúa con el poder salvador que es exclusivo del mismo Dios?

Quedarme admirando sobrecogido, contemplando a Jesús y la escena. "Hoy hemos visto cosas admirables". Y dejar que crezca mi amor por Cristo, mi agradecimiento por su salvación, y el deseo profundo de identificarme con Él.

Estamos en el tiempo del voluntariado. Sobre todo entre los jóvenes. Preguntémosnos si en estos servicios generosos vamos hasta el fondo, si "llevamos a Jesús". Si ayudo por mera filantropía, o por sentirme bien conmigo mismo, o por que no soporto contemplar tanta soledad e injusticia. Si ayudo al prójimo como una persona generosa o como un cristiano. Porque me mueve mi fe en Cristo, y expresando mi fe en Cristo. Si busco sólo aliviar al enfermo, o sobre todo llevarle a Cristo, que ofrece a todo hombre la sanación radical, la salvación espiritual, la restauración profunda e integral de la persona.

Los fariseos venían desde Jerusalén. ¿Cuánto estoy dispuesto a caminar para escuchar a Jesús? Los camilleros desmontan un tejado. ¿Cuánto estoy dispuesto a trabajar, sin cejar, para acercar a los hombres a Cristo?

¿Me atrevo a animar a los que tienen problemas aparentemente insolubles, a activar su fe en el sorprendente poder de Jesús, o en el fondo yo tampoco me creo eso de que "para Dios nada hay imposible"?

Nicolás de Lira

Jesús cura como Dios y reza como hombre. En la ciudad realiza prodigios y en el desierto ora, para darnos ejemplo tanto de vida activa como de vida contemplativa, de modo que no se descuide el amor de Dios por el cuidado del prójimo, ni por el amor de Dios, por más que sea superior, se descuide la ayuda al prójimo. (Apostillas a san Lucas)

Santo Tomás de Aquino

Este parálítico simboliza al pecador que yace en el propio pecado y que, como un parálítico, ya no es libre para moverse. Y los que cargan con él son aquellos que, con sus recomendaciones, lo conducen hacia Dios. (Comentario a san Mateo, 9, 744)

El Catecismo de la Iglesia Católica

La blasfemia se opone directamente al segundo mandamiento. Consiste en proferir contra Dios -interior o exteriormente- palabras de odio, de reproche, de desafío; en injuriar a Dios, faltarle al respeto en las expresiones, en abusar del nombre de Dios. Santiago reprueba a «los que blasfeman el hermoso Nombre (de Jesús) que ha sido invocado sobre ellos» (St 2,7). La prohibición de la blasfemia se extiende a las palabras contra la Iglesia de Cristo, los santos y las cosas sagradas. Es también blasfemo recurrir al nombre de Dios para justificar prácticas criminales, reducir pueblos a servidumbre, torturar o dar muerte. El abuso del nombre de Dios para cometer un crimen provoca el rechazo de la religión. La blasfemia es contraria al respeto debido a Dios y a su santo nombre. Es de suyo un pecado grave. Las palabras malsonantes que emplean el nombre de Dios sin intención de blasfemar son una falta de respeto hacia el Señor (n° 2148s).

Ficha decimoquinta: La vocación de Leví (Lc 5, 27 - 32)

Más tarde, al salir, vio a un publicano llamado Leví sentado al mostrador de los impuestos y le dijo: Sígueme. Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa y estaban a la mesa con ellos un gran número de publicanos y otros. Los fariseos y los escribas dijeron a sus discípulos, criticándolo: ¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores? Jesús les replicó: No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan.

Lectura:

Personaje especialmente odioso, encarnación del pecado, el publicano es un colaboracionista. Desangra a su propio pueblo en beneficio del dominador romano. Carente de un sueldo propio, vive de cobrar al pueblo más de lo exigido por los romanos, quedándose con la diferencia. A menudo con notables abusos, y hasta con violencia.

Ante los fariseos y el pueblo, que le sigue admirado, Jesús se acerca, pues, nada menos que a un publicano, y ¡y le llama a su seguimiento!

Esta escueta fórmula: "sígueme", es típica de los relatos de vocación. Leví responde a esta llamada en nombre propio y forma adecuada: "dejándolo todo, se levantó y lo siguió". Con total prontitud y renuncia a cuanto constituía su vida hasta entonces.

El escándalo. Jesús se rodea de "publicanos y pecadores". La Ley lo prohibía, para evitar la contaminación ritual, y para que el pecado no se "contagiara" al pueblo fiel. Jesús abandona ese comportamiento "preventivo" y adopta una actitud de acercamiento. No aísla a los pecadores, se acerca a ellos para ofrecerles la salvación, el perdón de los pecados y la ocasión de comenzar una vida nueva, que brotará del encuentro con Él.

Escribas y fariseos, que le han visto curar al paralítico, sospechan de nuevo que Jesús no actúa según Dios (según la Ley de los padres), sino que efectivamente debe ser o un

blasfemo o alguien al menos irrespetuoso con las tradiciones de los mayores.

La conciencia de Jesús: he venido a llamar "a los pecadores, a que se conviertan". Jesús se sabe enviado a cumplir una misión peculiar, y sólo se deja guiar por la voluntad salvífica de su Padre.

Meditación:

¿Cómo reacciono yo a la llamada perentoria, urgente, y radical y totalizante, que me dirige el Señor?

Para poder darle un "sí" incondicional e inmediato, seguramente necesito caer antes en la cuenta de que soy un publicano, un pecador, y admirarme de que Cristo, en vez de pasar de largo, venga a buscarme y me llame por mi nombre. Sólo sobrecogido por la misericordia de Cristo, que no me desprecia ni me ignora, ni me critica o condena, sino que me mira lleno de amor y me ofrece el perdón y la vida nueva, y me llama a seguirle y quiere contar conmigo en su misión salvadora, sólo conmovido por ser agraciado, puedo responder con mi "sí".

Dejar mi "mesa de recaudaciones", el símbolo de mi vida sin Dios y contra Dios, el símbolo de mi pecado, e irme con Él. Y llevarle a mi casa y sentarle a la mesa con los míos. Con Cristo no cabe la vergüenza, sino el deseo de llevarle a todos, empezando por mi propia gente.

Cuando hablamos de "compartir la vida", de "celebrar la vida", conviene recordar que no se trata de la vida de pescadores o publicanos que llevábamos antes de convertirnos al Señor, sino de esa vida nueva que es la intimidad con Cristo, la que brota de la resurrección.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

El Señor pasa cerca de nosotros. ¡Señor, que sepamos reconocerte, no nos pases desapercibido!

Atrevámonos a decirle nuestros miedos, a reconocerle nuestros pecados. A ser verdaderos con Él y ante Él. Y escuchemos su voz que nos renueva, que nos salva y nos perdona, en especial cada vez que nos acercamos al sacramento de la reconciliación. ¡Señor que sepa vivirla como ocasión real de seguirte, comenzar una vida nueva!

Señor, ¡llámame a mí también! ¡Yo quiero irme contigo, Señor!, pero a veces me da miedo, pero no se si seré capaz, pero tantas cosas me atan de pies y manos, pero...

Y escuchemos al Señor que, más allá de todos nuestros miedos, cobardías y pecados, nos llama "tú ven y sígueme".

Contemplación:

Nos representamos ahora la escena. Jesús viene a lo lejos, rodeado por una muchedumbre que lo sigue admirada.

Yo, Leví el publicano, a lo mío. Tengo muchas cuentas que hacer para prestar atención a cualquier charlatán. Yo soy un hombre práctico, y la vida son habas contadas. No tengo ganas de escuchar sermones, lo importante es triunfar en la vida, aunque sea al precio de tragar sapos, o de ser la mano larga del tirano. Esos se creen tan píos y tan buenos... me miran con desprecio, ¡que sabrán ellos!

Mira ahora, Leví, levanta los ojos. Pero ¿qué es esto? ¡El Nazareno ante mí, delante de mi mostrador! La gente sorprendida, unos murmuran, otros, en silencio expectante.

¡Dios mío, qué mirada la de este hombre!

Leví, mira al que te está mirando. Déjate mirar por Él. hasta lo más profundo. Déjate sanar por Él, desde lo más profundo. Su mirada pone luz en lo más oscuro de tu interior, Leví.

Jesús ha pronunciado mi nombre ¿no es increíble? ¡Me ha llamado a irme con Él! ¡A mi, Leví el publicano! Ir con un hombre tan santo, yo, despreciable traidor. ¡Con uno que hace milagros, yo que ensucio cuanto toco. Con uno que perdona a los hombres, yo duro e inflexible!

Mirarle como me mira, escuchar como me llama. ¿Qué respondo? ¿Me atrevo a dejarme salvar? ¿Me atrevo a marcharme con Él, dejando atrás todo mi pasado, mirando sólo hacia delante, a la ruta que me marcan sus huellas? ¡Hoy es la ocasión de mi vida, hoy es la salvación de mi casa!

Tengo que ponerle nombre a mi mostrador de impuestos. Concretar que me entretiene, cuales son mis seguridades, cuales mis pactos con este mundo al precio de olvidar a Dios. Nunca se está tan perdido como cuando uno desespera. Jesús pasa a nuestro lado ofreciendo siempre oportunidades nuevas. ¿Cuántas veces lo he sentido? ¿He sabido responder? ¿Qué le responderé hoy, que en esta oración me renueva su llamada?

San Beda el Venerable

No tanto con los ojos del cuerpo, cuanto con la mirada interior de su amor, Jesús vio al publicano, lo amó, lo eligió y le dijo: "¡Sígueme!", es decir, imítame. Pidiéndole que lo siguiera, le estaba invitando a caminar en pos de Él, pero sobre todo a vivir como Él. El que dice que está en Cristo Jesús debe vivir como ha vivido Él. Mateo se levantó y lo siguió. No es extraño que el publicano, a la primera e imperiosa invitación del Señor, haya abandonado su avidez por los bienes de la tierra y, despreocupado de los valores temporales, se haya unido a Aquél a quien veía tan libre de cualquier forma de riqueza.

Porque el Señor que externamente lo llamaba con su palabra, lo conmovía en lo más íntimo de su alma, haciendo crecer en él la luz de la gracia espiritual para que lo siguiese... Y estando Jesús a la mesa, muchos pecadores y publicanos vinieron a sentarse con Él y con

sus discípulos. La conversión de un solo publicano desbrozó la vía de la penitencia y del perdón a muchos publicanos y pecadores... Fue un estupendo presagio: aquel que sería luego apóstol y doctor entre los paganos, arrastra tras de sí a los pecadores, con su conversión, al sendero de la salvación, y ministerio de la Buena Noticia que asumirá sólo tras crecer en la virtud, lo emprende desde los primeros momentos de su fe... (Homilía sobre los evangelios, 1,21)

San Ambrosio de Milán

Escuchadme, hombres hechos de tierra, que alimentáis ebrios pensamientos con vuestros pecados. También yo, como Leví, estaba llagado con vuestras mismas pasiones. He encontrado un Médico, que habita en el cielo, y que difunde sobre la tierra su medicina. Sólo Él puede sanar mis heridas, porque no tiene heridas propias. Sólo Él puede hacer desaparecer el dolor del corazón, el decaimiento del alma, porque conoce los males ocultos. (Comentario a san Lucas, 5,19.27)

Ficha decimosexta: Los Doce, milagros y bienaventuranzas (Lc 6, 12 - 26)

Por entonces, subió a la montaña a orar, y Pasó la noche orando a Dios Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió a doce de ellos y los nombró Apóstoles: Simón, al que puso de nombre Pedro, y Andrés, su hermano, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago Alfeo, Simón, apodado el Celotes, Judas el de Santiago y Judas Iscariote, que fue el traidor. Bajó del monte con ellos y se paró en un llano con un grupo grande de discípulos y de pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón Venían a oírlo y a que los curara de sus enfermedades; los atormentados por espíritus inmundos quedaban curados, la gente trataba de tocarlo porque salía de Él una fuerza que los curaba a todos. Jesús, levantando los ojos hacia sus discípulos, les dijo:

Dichosos los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados.

Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis.

Dichosos vosotros cuando os odian los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del Hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo: porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas.

Pero, ¡ay de vosotros, los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados, porque tendréis hambre! ¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis!

¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que hacían vuestros padres con los falsos profetas.

Lectura:

En sólo diez versículos nos presenta el evangelista tres escenas importantísimas: la elección de los doce apóstoles, una síntesis del ministerio de Jesús como predicador y sanador y la proclamación de las bienaventuranzas.

El número doce es simbólico y hace referencia a las doce tribus de Israel. La misión de los doce será fundamental y revestirá un carácter universal en el nuevo pueblo de Dios. Recibir un nombre nuevo indica que la persona queda totalmente identificada con la misión que el Señor le encomienda.

"Apóstol" significa "enviado". Tras su resurrección, el Señor Jesús enviará a estos doce, los cuales, tras recibir el don del Espíritu Santo, comenzarán a predicar el Evangelio el día de Pentecostés, hecho en el cual reconocemos el nacimiento de la Iglesia.

La gente busca oír su palabra y ser curada. De sus enfermedades y del poder de los demonios. El efecto salvador de la palabra de Jesús se expresa desde el principio en hechos palpables de sanación y de liberación. Quienes se le acercan se benefician de la fuerza salvadora que brota de Él.

Y en este contexto pronuncia Jesús las bienaventuranzas, que son como el núcleo de todo su mensaje, la síntesis del evangelio. Jesús habla "levantando los ojos a sus discípulos". Habla para todo el que le quiera escuchar, pero no se dirige particularmente a los doce, ni al gentío. Explica en qué consiste la bienaventuranza mirando a sus discípulos. Todo hombre puede acceder a la bienaventuranza por el camino del seguimiento. En este sentido, se dirige a todos presentando una oferta. Los doce tendrán la misión de "hacer discípulos"; en ese sentido se dirige a ellos mostrándoles su objetivo. Pero es bienaventurado el que sigue a Jesús, porque, en el fondo, Él mismo es el bienaventurado y en Él se nos ofrece la verdadera bienaventuranza.

Las "malaventuranzas" o lamentos expresan por contraposición la misma enseñanza. Y refuerzan su carácter de oferta que uno puede aceptar o rechazar. Las bienaventuranzas son por tanto un retrato espiritual de Jesucristo y del discípulo a Él unido, pero son también una propuesta que hay que hacer propia, y que puede ser rechazada, quedando entonces frustrada la felicidad y el bien del hombre, quedando sólo el lamento. Son por tanto ocasión y llamada.

Meditación:

Mi nombre también está en la mente y el corazón de Cristo. Él cuenta entrañablemente conmigo. De un modo muy personal. Me quiere y me ha reservado un puesto entre sus discípulos. Y una misión específica en la tarea del Reino. La mía. La que Dios tenía pensada para mí desde que me concedió el don de la vida. Dejar que Jesucristo pronuncie mi nombre y me desvele su oferta, su llamada.

Las gentes no se conforman con escuchar a Jesús, intentan "tocarle", porque de Él procede la fuerza salvadora. Esto se refleja aún en ciertas devociones populares, como tocar imágenes, etc. Porque la fe no es cosa de ideas, no es algo meramente intelectual. Es entablar "contacto" con Cristo de la manera más íntima y vital, de la forma más real, de modo que Él pueda sanarnos, salvarnos con la fuerza del Espíritu Santo. Acercarme a tocar a Cristo. Recorrer la larga distancia que a veces me separa de Él, para escuchar su palabra como nueva, para poner ante Él mis enfermedades, mis esclavitudes y mis pecados. Y dejar que Él haga nueva mi vida.

Y las bienaventuranzas. Los pobres, los hambrientos, los que lloran, los perseguidos. Cristo haciendo suyo todo el dolor de los hombres, y realizando la promesa de Dios. Instaurando el Reinado de Dios. Ver en cuantos sufren a los amados de Cristo, los preferidos de Cristo, los signos del amor de Cristo. Y verme a mi mismo consolado, como discípulo, porque Él toma mi dolor sobre sí. Y servir a Cristo en los pobres. Consolar a los afligidos. Pan y justicia para los hambrientos, en este mundo dolorido, destrozado por el pecado.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Hablar ahora con el Señor que nos llama por nuestro propio nombre. Y nos invita a ser sensibles al dolor de los hombres. Y nos llama a colaborar con Él en la gran tarea de alegrar el mundo con el consuelo de la bienaventuranza.

Señor, enséñame a reconocerte en los que sufren, a reconocer en tu cruz la carga de nuestros sufrimientos. Señor, enséñame a cargar contigo, con el sufrimiento del mundo, para hacer presente tu Reino. Y da a todos los hombres la resurrección bienaventurada en tu seno.

¡Señor, enséñanos a vivir en la fe y en la esperanza! ¡A vivir en la paradoja de tu Reino!

Contemplación:

Éste es un evangelio de profundas miradas. Fijarnos en la mirada de de Cristo a sus discípulos. A cada uno ve en su verdad más honda, la que sólo se percibe en oración, junto al Padre. Nos mira, me mira. Nos ama, me ama. Y cuenta con cada uno, de modo tan personal... Escucharle pronunciar mi nombre ¿a qué me llamas, Señor?

La mirada de Cristo a las gentes, a los pobres, hambrientos, tristes, odiados... ¿Cómo ve el Señor a los hombres y cómo los veo yo? Dejar que su mirada transforme la mía, para que mi miedo y mi rechazo sean transformados por su amor.

Mirar ahora el retrato espiritual de Cristo que presentan las bienaventuranzas. Todas se refieren a Cristo. Bienaventurado Jesús crucificado, porque el Padre te resucitará. Mirarle pasar nuestra hambre, sufrir nuestra pobreza, llorar nuestras amarguras, y ser odiado y

excluido, insultado y proscrito, quitado de en medio en lugar nuestro, a favor nuestro. Y dejar que el agradecimiento lo llene todo. Y el deseo de participar de su bienaventurada cruz, de su feliz vida nueva.

Valorar la figura de los Doce Apóstoles en la Iglesia naciente y la de sus sucesores, el Papa y los obispos, en nuestro tiempo. Y la de los sacerdotes, sus colaboradores. A veces intentamos erróneamente vivir la fe al margen de la Iglesia y de las orientaciones y enseñanzas de sus pastores, que han recibido de Jesús el encargo de asegurar la fidelidad al Evangelio auténtico y originario y una gracia especial del Espíritu Santo para poder realizar su misión. O sucumbimos al influjo de campañas que exasperando defectos reales o inventados, solo pretenden sembrar la desconfianza.

Jesús habla de los pobres como de los primeros en el Reino de Dios, en especial en las bienaventuranzas. ¿Son los primeros para mí, en mi consideración, en mi preocupación, en mis dedicaciones? ¿Soy consciente de la importancia de la opción preferencial por los pobres?

San Pedro

Si hubierais de sufrir a causa de la justicia, ¡bienaventurados vosotros! No les tengáis ningún miedo ni os asustéis. Al contrario, alabad al Señor en vuestros corazones. Más vale padecer por obrar el bien, si así lo quiere el Señor, que por obrar el mal. Porque también Cristo murió una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. No os extrañéis del incendio desencadenado entre vosotros para probaros, como si fuera cosa extraña. Alegraos más bien, pues participáis en los sufrimientos de Cristo, para que también os alegréis, llenos de gozo, en la revelación de su gloria. ¡Bienaventurados vosotros, si sois insultados por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de la gloria, el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros! Que ninguno tenga que sufrir por ladrón o criminal, por malhechor o entrometido, pero si es por ser cristiano ¡que no se avergüence, que glorifique a Dios por llevar este nombre! (!Pe3,14.16-18a;4, 12-16)

El Catecismo de la Iglesia Católica

El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para «anunciar la Buena Nueva a los pobres». Los declara bienaventurados porque de «ellos es el Reino de los cielos». A los «pequeños» es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes. Jesús, desde el pesebre hasta la cruz, comparte la vida de los pobres; conoce el hambre, la sed y la privación. Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino (n° 544).

Las bienaventuranzas dibujan el rostro de Jesucristo y describen su caridad; expresan la vocación de los fieles asociados a la gloria de su Pasión y de su Resurrección; iluminan las

acciones y las actitudes características de la vida cristiana; son promesas paradójicas que sostienen la esperanza en las tribulaciones; anuncian a los discípulos las bendiciones y las recompensas ya incoadas; quedan inauguradas en la vida de la Virgen María y de todos los santos. (n° 1717).

Ficha decimoséptima: Enseñanzas (Lc 6, 27 - 45)

A los que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian. Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, déjale también la túnica. A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien sólo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen. Y si prestáis sólo cuando esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores con intención de cobrárselo. ¡No! Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada: tendréis un gran premio y seréis hijos del Altísimo, que es bueno con los malvados y desagradecidos. Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis la usarán con vosotros. Y añadió una parábola: ¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? un discípulo no es más que su maestro, si bien cuando termine su aprendizaje, será como su maestro. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: hermano, déjame que te saque la mota del ojo, sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano. No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano. Cada árbol se conoce por su fruto: porque no se cosechan higos de las zarzas, ni se vendimian racimos de los espinos. El que es bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque lo que rebosa del corazón, lo habla la boca.

Lectura:

Esta enseñanza tiene el mismo tono paradójico de las bienaventuranzas inmediatamente precedentes. Parecería que lo lógico es odiar a los enemigos. Pero Jesús propone e instaura una nueva lógica en las relaciones humanas; una forma de vida y un patrón de convivencia profundamente nuevo y distinto, verdaderamente radical y alternativo.

Notar como se concatenan "amar" y "hacer el bien", "bendecir" y "orar por ellos". Se trata de

un amor concreto, que se manifiesta en acciones, y que tiende hacia Dios, fuente del bien definitivo. El amor cristiano, hasta al enemigo, lleva a ayudar de mil modos concretos, y conduce a Dios a la persona amada. En esa presencia y con ese amor, los enfrentamientos se resuelven según el plan de Dios.

Los ejemplos llamativos de "otra mejilla" y de la "capa y la túnica", se amplian después: dar a quien pide, no reclamar a quien te arrebató. Son propuestas sorprendentes, y que tomadas como mandatos, pueden parecer imposibles. Y es que no podemos leerlas separadas de las bienaventuranzas. Se trata de asimilarse con Cristo, de identificarse con Cristo. El comportamiento aquí propuesto ¿qué es sino el del mismo Cristo, durante toda su vida, y en particular en la cruz?

Jesús pide un "plus", más allá de lo que comúnmente se considera aceptable o exigible. Un comportamiento que va más allá del que observan hasta los "pecadores", y que ante Dios tiene un "mérito". Amar no sólo a quien me ama, hacer el bien no sólo a quien me beneficia, prestar a quién luego no paga.

"Sin esperar nada a cambio". Y sin embargo, sigue una gran promesa. No que amemos para ganar un premio. Sino que al amor totalmente gratuito, sigue un totalmente gratuito premio. Quien se une con Jesús hasta vivir como Él, en el amor más generoso e incondicional, unido al Hijo de Dios se convierte él mismo en hijo del Altísimo.

Meditación:

El texto es largo y demasiado variado para poder meditarlo completo. Sería suficiente que cada participante en el grupo se centrara en alguno de los dichos o imágenes del Señor y se limitara a meditar aquellos versículos que más personalmente le afectan, le "hablan al corazón". Proponemos, con todo, algunas breves pistas:

El amor incondicional que Cristo nos propone como forma de vida y norma de convivencia... es aquél que Dios nos ha manifestado al entregarnos a su propio Hijo. Podemos vivirlo en la medida en que lo recibimos. Por eso, lo vital es recibir su amor, hacernos conscientes de su misericordia. Y unirnos de tal modo a Cristo, enamorarnos de tal modo de Él, que sintamos como Él, pensemos como Él, veamos la vida como Él, amemos a las personas como Él.

Dar sin esperar nada a cambio.... Jesús no buscaba el "premio" de la resurrección cuando se dejó crucificar. Sólo buscaba ser fiel a la voluntad del Padre, que por amor a los hombres quería darlo todo, hasta a su propio Hijo. Esa es la gratuidad del amor, que no busca ser recompensado, sino beneficiar a la persona amada.

También para nosotros, vivir un amor así será fuente de vida y felicidad plena, indestructible, eterna, porque amar con Cristo lleva a entregar la vida con Él y con Él resucitar. El amor que Cristo nos enseña es tan divino que no puede sino ser eterno.

En un mundo roto por violencias, guerras, rencores, intereses enfrentados... ¡el amor de Cristo es verdaderamente el único camino capaz de instaurar la paz verdadera!

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino

enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Es ahora el momento de hablar con el Señor. Sobre aquello que la meditación nos ha sugerido. Jesús ¿cómo puedo yo vivir todo esto que tú me pides? ¿cómo has podido vivirlo tú hasta el extremo de dejarte matar? Señor, ¡muéstrame la fuente y dame de beber de esa agua, que salta hasta la vida eterna!

No juzgar, Señor, enséñame a no condenar a nadie, cuando tantas veces me puede la rabia y blandiría una espada de fuego. Cambiar el mundo amando, no arrasando, como tú Señor, que te has dejado clavar a favor de aquellos que te entregaban, que te entregamos.

Contemplación:

Y ahora, contemplar la escena. Para que se nos grave bien dentro. Para que nos cambie el corazón.

El marco es el mismo de las bienaventuranzas. Veo a Jesús en las faldas del monte sobre el que pasó la noche orando. En el que llamó a sus doce apóstoles. Acaba de bajar con ellos, y rodeado de una multitud de discípulos, se encuentra con las gentes. Algunos han venido desde bien lejos. Para escucharle. Para presentarle sus dolores, enfermedades, problemas, esclavitudes. Para que Jesús los sane, los haga libres, los salve. Pronuncia las bienaventuranzas. Pero aún continúa hablando. A quien quiera oírle.

Yo mismo estoy entre el grupo. Quizá también he hecho un largo camino hasta llegar a las faldas del monte donde se revela Cristo. Yo también anhelo oírle, y no me faltan heridas que necesitan ser sanadas. Por su presencia. Por su contacto. Por su palabra.

Soy uno de sus discípulos. De sus testigos. De sus mensajeros. ¡Cuánto deseo ser tu aprendiz, buen Maestro! ¡Aprender de ti el valor de un madero! ¡Bendito el buen fruto que brota de tu árbol!

Ahora puedo releer el texto, admirado de que Jesús me invite de este modo a vivir su propia vida, su propio amor. ¡Señor, por tu misericordia... cuenta conmigo!

Conflictos... ¿quién no los tiene? La cuestión decisiva es cómo afrontarlos. Como un justiciero de película... o como Jesús el Nazareno.

Amar no es simplemente estar a gusto con el otro, sino hacer el bien a la otra persona. Tengo que observar mis frutos, para saber como anda el árbol de mi vida...

Aprender a mirar al prójimo con los ojos de Jesús, con una mirada amable, comprensiva, una mirada que va al fondo. Una mirada que no juzga ni reprocha, ni posee, sino que amando, da la vida.

La mota en el ojo ajeno... y la urgencia del perdón. Sólo si aprendo a quitar mi viga, comprenderé al que me ofende. Aprender a amar del que dijo perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen.

Rezar por los enemigos es una gran ayuda para llegar a amarlos.

San Cirilo de Alejandría

Si el maestro se abstiene de juzgar, ¿por qué tú dictas sentencia? No vino efectivamente a juzgar el mundo, sino para usar con él misericordia. Es decir: si yo -dice- no juzgo, no juzgues tu que eres discípulo. Con razonamientos sin vuelta de hoja trata de persuadirnos de que nos abstengamos de juzgar a los demás. Examinemos más bien nuestros corazones y tratemos de expulsar las pasiones que anidan en ellos, implorando el auxilio divino. El Señor sana los corazones destrozados y nos libra de las dolencias del alma. Si tú pecas más que los demás, ¿por qué les reprochas sus pecados, echando al olvido los tuyos? Este mandato es bien provechoso para el que quiere vivir piadosamente, y sobre todo para quienes han recibido el encargo de instruir a los demás. (Comentario a san Lucas, 6)

San León Magno

Ante Dios es eficaz la petición avalada por obras de misericordia, porque quien no distrae su atención del pobre, inmediatamente se atrae la atención de Dios. Tu bienhechor te quiere espléndido. El que te da para que tengas, te manda que des, diciendo: "Dad y se os dará". Aceptar con alegría la condición de esta promesa. Amadísimos, ya que de corazón dais fe a las promesas del Señor, huid la inmunda lepra de la avaricia y usad sabiamente y piadosamente de los dones de Dios. Y puesto que os gozáis de su generosidad, procurad hacer a otros partícipes de vuestra felicidad. (Tratado 17)

El Catecismo Romano de san Pío V

Toda la finalidad de la doctrina y de la enseñanza debe ser puesta en el amor que no acaba. Porque se puede muy bien exponer lo que es preciso creer, esperar o hacer; pero sobre todo se debe siempre hacer aparecer el Amor de Nuestro Señor, a fin de que cada uno comprenda que todo acto de virtud perfectamente cristiano no tiene otro origen que el Amor, ni otro término que el Amor. (Prefacio, 10)

Ficha decimoctava: Resurrección del hijo de la viuda de Naín (Lc 7,11 - 17)

Iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, e iban con Él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la entrada de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, le dio lástima y le dijo: No llores. Se acercó al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: ¡muchacho, a ti te lo digo, levántate! El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre. Todos, sobrecogidos, daban gloria a

Dios, diciendo: Un gran Profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo. La noticia del hecho se divulgó por toda la comarca y por Judea entera.

Lectura:

La escena es muy plástica. En el ámbito de la puerta se cruzan dos comitivas, una que entra y otra que sale. Jesús, acompañado de sus discípulos y "mucho gentío". El joven muerto acompañado de su madre y "un gentío considerable".

Al verla "el Señor". Ahora no se le llama simplemente "Jesús", porque está a punto de realizar una acción propia del poder del mismo Dios. "Señor mío" es la forma en que los judíos llaman a Dios, y "Señor" era también para los gentiles un término que se aplicaba a los personajes divinizados, por ejemplo al emperador romano.

"Le dio lástima". "Se le conmovieron las entrañas", podríamos traducir más descriptivamente. Es la "misericordia", la "compasión", un compartir el dolor ajeno que afecta profundamente a Jesús y le lleva a hacerlo propio y a socorrer a quien lo sufre. Las "entrañas de misericordia" son una característica del Dios bíblico, y esta "compasión por su pueblo" le ha llevado a liberarlo de la esclavitud de Egipto, a hacer una alianza con él, etc. Es el amor de Dios, que le lleva a salvar al hombre, el que mueve a Jesús a actuar a favor de esta pobre mujer resucitando a su hijo.

"¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!" Una interpelación cargada de autoridad, bien concreta y dirigida directamente a la persona. La impresionante autoridad del Señor. La misma que impresionaba a cuantos le escuchaban predicar. La misma autoridad que tiene la palabra creadora de Dios en el Génesis. Eficacia inmediata. El verbo "levantarse" se utilizará también para hablar de la propia resurrección de Jesús.

Frente a la majestad de la acción y las palabras de Jesús, los del muchacho se cuentan como de pasada, sólo para mostrar que el muerto ha obedecido puntualmente a la palabra pronunciada por el Señor. No interesa lo que dice, sino el hecho de que hable, pues la palabra es signo de la vida: sale del aislamiento y vuelve a la comunicación.

Y "se lo dio a su madre". El hijo se convierte ahora en un regalo recibido del Señor. Todo hijo es un regalo del Señor, pero éste de modo especial.

Dar gloria a Dios, es aquí reconocer su presencia en Jesús. Le consideran un "gran profeta" porque, como Elías o Eliseo, realiza las obras de Dios.

Meditación:

Mi vida como camino. ¿Hacia dónde camino y porqué? Hay un camino en pos de Jesús que lleva a la vida, en la escucha de su palabra. Hay un camino de incomunicación y de muerte, camino de exilio, de apartamiento, que está lleno de llanto y desesperanza. ¿Hacia dónde va mi camino? ¿Qué es lo que mueve mis pasos?

Jesús sale al encuentro. Detiene mi caminar hacia la nada. No llores. ¡No llores! ¿Cómo no

llorar en este mundo? ¿Cómo no llorar cuando me siento maltratado o impotente? No llores. Pero... ¿es que aún cabe esperar?

Jesús conmovido. El motor del actuar de Dios es el amor, la misericordia. Cristo no soporta impasible el llanto melancólico del abatido. Tanto le duelen nuestros dolores, que prefiere cargar con ellos para liberarnos. ¡No hay muerte que pueda anonadar un amontan sin límites!

"¡Levántate!" Los poderes de este mundo oprimen y aplastan al hombre. Los poderes absolutos, oprimen absolutamente. Más... ¿con qué autoridad me ordenas, Señor, que me levante! El que hizo cielo y tierra con el sólo poder de su Palabra, la empeña para buscarme y decirme "a ti te lo digo ¡levántate!" Hay una forma nueva de autoridad, que con razón hace surgir la sorpresa, la sobrecogida alabanza.

Levantarme, dejar de estar postrado. Abrir la boca y caminar. No puedo quedarme tumbado y mudo, cuando el mismo Señor me llama. No dejarme llevar a la tumba cuando me llama el Señor de la vida. Un día me lo dirás de nuevo, Señor: ¡levántate! Y será tu voz un eco de aquella con que te despertó el Padre en la mañana de Pascua. Y habitaremos juntos, por siempre, en su casa.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Señor, sal a mi encuentro, cambia mi ruta, pon tu vida en mi muerte, dirígeme tu palabra y viviré, toca mi sepulcro y se convertirá en mi cuna.

Señor, dame un corazón compasivo. Capaz de ver y comprender, capaz de conmoverse y acercarse. Capaz de amar.

Señor, haz de mí tu discípulo. Hambriento de seguir tus caminos, de escuchar tus palabras, de vivir la vida contigo. Saliendo de mi casa, de mis cosas, para irme contigo.

Señor, que no dé a nadie por perdido. Que aprenda a llorar por tantos que, cerca de mí, están como muertos. Para que tú te compadezcas y los sanes.

Señor, que proclame tu gloria. Que me estremezca tu presencia, las maravillas que haces y dices. Que sobrecogido y alegre, sea tu testigo en mi casa, y en toda Judea, y hasta en los confines del orbe.

Contemplación:

Contemplar esta escena es muy bello. Es como un gran cuadro. El campo, la muralla de la ciudad, la puerta. El grupo de Jesús que se acerca, el grupo del difunto que sale.

¿Cómo son los rostros de los que vienen con Cristo? ¿De qué hablan? ¿Me encuentro entre ellos, o presencio la escena de lejos?

¿Cómo es el cortejo de la viuda? ¿Qué gritan? ¿Qué sienten? ¿Esperan? ¿Voy llorando por

la vida, amortajado en la caja, o estoy en el camino y me cruzo con el sepelio?

El encuentro. Jesús conmovido. Se le saltan las lágrimas del corazón, y dice a la mujer "no llores". Y ordena al muchacho que vuelva a la vida. Escuchar su voz potente que ordena, inapelable: "Muchacho, a ti te lo digo, levántate!" Con todo derecho puedo, donde dice "muchacho", poner mi nombre, pues es a mí a quien hoy el Señor llama a la vida.

La alegría del rostro del Señor. La inefable de la madre que recibe al hijo. Y los rostros de las gentes. Ver como se extiende su fama. Ha llegado hasta nosotros. Crezca en mí la alegría, la esperanza, y sobre todo la gratitud y el amor hacia Aquel que de las tinieblas y sombras de muerte, me ha llamado a su luz admirable.

No hay caminos sin salida, ni sepulcros que Cristo no pueda abrir. A menudo me dejo llevar por el pesimismo y la desesperanza. Parece que el mundo no tenga arreglo, ni mi vida futuro. Es claro, el muerto al hoyo; el vivo... a esperar su turno. Y sin embargo, Cristo está ahí, de camino. Aprender a esperar en Cristo, a no precipitar mi juicio, a no dejarme desalentar por los reveses de la vida. Con Él siempre se puede hacer camino. Es cuestión de fe.

Necesito crecer en sensibilidad por los que sufren. Hacer presente el amor de Cristo junto a aquellos que nada tienen, que nada pueden, que nada esperan. Mensajero del evangelio de la esperanza, lo mío es abrir las puertas, compartir las muertes, anunciar al Señor de la vida.

San Agustín de Hipona

Enviasteis, Señor, vuestra mano desde el cielo y librasteis mi alma de esta oscuridad profunda, porque en vuestra presencia, mi madre, vuestra sierva fiel, lloraba por mí más que no lloran las madres en los funerales corporales de sus hijos. (Confesiones, 3,11)

A un cristiano no ha de caberle duda de que también ahora son resucitados los muertos. Pero si todo hombre tiene es capaz de ver resucitar muertos, como resucitó el hijo de esta viuda, no todos tienen ojos para ver resucitar a hombres espiritualmente muertos, sino sólo quienes previamente resucitaron en el corazón. Es más importante resucitar a quien vivirá para siempre, que resucitar al que ha de volver a morir. De la resurrección de aquel joven se alegró su madre viuda; de los hombres que cada día resucitan espiritualmente se regocija la Madre Iglesia. Aquél estaba muerto en el cuerpo; éstos, en el alma. La muerte visible de aquél visiblemente era llorada; la muerte invisible de éstos pasaba inadvertida. La enfrentó a ella el que conocía a los muertos; el único que podía devolverles la vida. (Sermón 98,1 -3)

El Catecismo de la Iglesia Católica

La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que Él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naín,

Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena «ordinaria». En cierto momento, volverán a morir. La Resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que san Pablo puede decir de Cristo que es «el hombre celestial» (n° 646).

Ficha decimonovena: El que había de venir (Lc 7,18 - 35)

Los discípulos de Juan le contaron todo aquello Entonces él envió a dos de sus discípulos a preguntar al Señor: ¿Eres tú el que ha de venir, o tenemos que esperar a otro? Los hombres se presentaron a Jesús y le dijeron: Juan el Bautista nos ha mandado a preguntarte: ¿Eres tú el que ha de venir, o tenemos que esperar a otro? Y en aquella ocasión Jesús curó a muchos de enfermedades, achaques y malos espíritus, y a muchos ciegos les otorgó la vista. Después contestó a los enviados: Id a anunciar a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los inválidos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el Evangelio. Y dichoso el que no se escandalice de mí. Cuando se marcharon los mensajeros de Juan, Jesús se puso a hablar a la gente acerca de Juan: ¿Qué salisteis a contemplar en el desierto?, ¿una caña sacudida por el viento? ¿O qué salisteis a ver?, ¿un hombre vestido con lujo? Los que se visten fastuosamente y viven entre placeres están en los palacios. Entonces ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Si, os digo y más que profeta. É1 es de quien está escrito: Yo envío mi mensajero delante de ti para que prepare el camino ante ti. Os digo que entre los nacidos de mujer nadie es más grande que Juan. Aunque el más pequeño en el Reino de Dios es más grande que él (Al oírlo la gente, incluso los publícanos, que habían recibido el bautismo de Juan, bendijeron a Dios. Pero los fariseos y los maestros de la Ley que no habían aceptado su bautismo, frustraron el designio de Dios para con ellos.) ¿A quién se parecen los hombres de esta generación? ¿A quién los compararemos? Se parecen a unos niños, sentados en la plaza, que gritan a otros: Tocamos la flauta y no bailáis, cantamos lamentaciones y no lloráis. Vino Juan el Bautista, que ni comía ni bebía, y dijisteis que tenía un demonio; viene el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: Mirad qué comilón y qué borracho, amigo de publícanos y pecadores. Sin embargo, los discípulos de la Sabiduría le han dado la razón.

Lectura:

¿Qué le cuentan al Bautista? Lo que acaban de ver: la enseñanza de Jesús a las gentes, la curación de enfermos, la resurrección de muertos, el gentío que le sigue... La gente le considera "un gran Profeta" y habla de que "Dios ha visitado a su pueblo", le están

identificando con el Mesías. Así se comprende la pregunta de Juan.

Jesús no afirma ni niega. Jesús actúa y deja que sean sus obras, sus "signos" los que hablen por sí mismos. Realiza los signos de la era mesiánica, y deja que sean elocuentes por sí mismos ante el Bautista. Los signos que anunciaba Isaías en el texto con que Jesús inauguró su ministerio en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,18ss; cf Is 61,1 s), declarando ser el Ungido de Dios, el Mesías.

"Escandalizar" es provocar un tropiezo, interrumpir el camino, hacer caer. Metafóricamente, inducir al pecado o a perder la fe. En griego el verbo va en pasiva: ofenderse, rechazar creer en Él. Se trata por tanto de una llamada a no interpretar mal los signos de Jesús, y no transmitirlos deformados a Juan. En definitiva, Jesús declara bienaventurado al que presenciando sus signos, sabe descubrir su identidad a partir de ellos y la transmite rectamente. Y en efecto, en conocer la verdad profunda de Jesús consiste la bienaventuranza.

El elogio del Bautista. Jesús comienza por interrogar al auditorio. Apela a la búsqueda profunda que hay en ellos, que les ha llevado hasta el Bautista. Les hace descifrar los "signos" del Bautista, frente a los de los poderosos que viven en los palacios. De nuevo se trata de reconocer la identidad a partir de su manifestación externa. Y de nuevo es Jesús quien ofrece la clave, quien revela el misterio.

No era una caña. Ni, obviamente, un hedonista rodeado de lujo. Era un profeta. Un hombre de Dios, un mensajero del Señor. ¿Qué buscabais? ¡Buscabais a Dios! En lo profundo de estos hombres se agita la nostalgia de Dios, el deseo de Dios. Éste es el motor que les ha llevado, ante la manifestación de su presencia, a acudir al desierto a encontrarla.

Meditación:

¿Qué busco? ¿Cuál es mi pregunta? ¿Qué he salido yo a buscar al desierto? ¿Me atrevo siquiera a ir al desierto, o sólo cultivo la nostalgia de una búsqueda que anhelo, pero nunca me atrevo a afrontar?

Dios ya no es inaccesible, se me ha manifestado. Dios habla. Dios responde. Dios ha salido a mi encuentro. La predicación del Bautista. La predicación de Jesús. Y los signos, los signos de Dios.

Los signos de Dios. Los ciegos, los inválidos, los leprosos, los sordos, los muertos... reciben la salvación de Dios. Y a los pobres se les anuncia el Evangelio. No puedo prescindir de estos signos. Abrirme a Ellos. Buscar a Cristo en el amor a ellos es camino de la salvación.

Los signos de Dios. La austeridad del Bautista. La alegría de Jesús. ¿Estoy dispuesto a abrir los ojos, a dejarme interpelar? ¿O rechazo la llamada del Padre frustrando el designio de Dios?

El misterio de la libertad. Sin la cual nada hay justo. Sin la cual nada es digno del hombre. El respeto del Dios que llama. Hasta respetar el rechazo. Respeto que no es indiferencia. Él sigue llamando, insistiendo, ayudando, denunciando... pero nunca forzando.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

¡Señor, ábreme los ojos, para contemplarte en tus signos! Dame un alma abierta, una sed insaciable, para buscarte permanentemente, como el enamorado que nunca se sacia de la presencia de su amada ! ¡ Señor, admíteme a entrar en tu Reino, haz de mi tu discípulo, que sea de verdad un cristiano!

¡Limpia, Señor, mis ojos para que vea, abre mi corazón y mi oído para que sepa escucharte, libera mis pies y mis pasos para seguirte, y librame del fatal tropiezo de rechazarte, de preferir otras voces y otros bienes, otros deseos y llamadas! ¡Tú que caíste por tres veces en el camino hacia el calvario, ten misericordia de mis tropezones y no permitas que me escandalice de ti! Haz de mi, Señor, un "hijo de la Sabiduría", un buscador de tu rostro, un hambriento de tu Palabra, un seguidor de tus pasos, un discípulo en tu camino, un publicano arrepentido, ¡un bienaventurado contigo!

Contemplación:

Miraremos primero a Juan, que recibe noticia de los hechos y dichos de Jesús... y se pregunta. Verle llenarse de esperanza ¿será posible que por fin Dios esté a punto de cumplir la promesa? Juan ha dado toda su vida a la preparación de este momento. Ha vivido en el desierto, alimentándose de miel y langostas, predicando infatigable que se aproximaba el Reino. Y ahora... ¿será posible? ¿de verdad habrá llegado? ¿Quién eres tú, Jesús?

Y mirar a Jesús pedagogo. Que no impone respuestas ya hechas, sino que actúa y suscita preguntas. Y que invita a liberar la mirada, para poder reconocer los signos.

Ver a los ciegos, inválidos, leprosos, pobres... que son evangelizados. La alegría de quienes recobran la vida. El júbilo de sus familias, la sorpresa de cuantos lo contemplan. ¡Sorprenderme yo mismo contemplándolo! ¡Cristo renovando la vida, rescatando a los hombres! ¡Y dando vida a los muertos! Participar de la fiesta. Y dejar que surja en mi la pregunta ¿pero de verdad eres tú, Señor, o tengo que buscar por otros sitios, tengo que seguir desesperando...? ¡Eres tú, Señor mió!

Hay quien piensa que estar en búsqueda consiste en "no casarse con nadie", en ser un descomprometido. No han encontrado a su amor. Quien busca ha intuido que hay algo bueno que hallar. Quien pregunta es porque sabe que hay una verdad allá en el fondo. No puedo resignarme al escepticismo, como si todo diera lo mismo, como si nada valiera la pena, como si todo fuera igual de válido, como si nada fuera verdadero. Más allá de las opiniones, la verdad de Cristo se muestra en los signos de su Reino.

Yo me he encontrado con Cristo. He sido hallado por Él, que me ha estado buscando en

todos mis escondrijos, porque no se resignaba a dejarme perdido en el monte. Y ante Él me pregunto. Para descubrir más de Él. Para conocerle mejor. Porque en respuesta a su amor, le amo sobre todas las cosas. La búsqueda del cristiano es la de aquél que ha encontrado. Y que nunca se sacia de Cristo y quiere más y más de Él.

San Beda el Venerable

El Señor está a la puerta y llama cuando hace que nuestro corazón ponga en Él su atención, por la voz que nos enseña, o por inspiración interior. Y nosotros abrimos la puerta a la invitación de su voz cuando damos nuestro libre consentimiento a su sugerencias interiores o exteriores y cuando ponemos en práctica lo que hemos comprendido que debemos hacer. Entonces Él entra para comer, Él con nosotros y nosotros con Él. Porque Él mora en el corazón de los elegidos. Y lo hace con la gracia de su amor, para nutrirlos incesantemente con la luz de su presencia, a fin de que ellos vayan elevando progresivamente sus aspiraciones y para deleitarse Él mismo con su celo, su deseo de cielo, como si se tratase del más delicioso de los manjares. (Homilía sobre los evangelios, 1,21)

Juan Pablo II

Testimoniad con vuestra vida que las ideas no se imponen, sino que se proponen. ¡Nunca os dejéis desalentar por el mal! Para ello necesitáis la ayuda de la oración y el consuelo que brota de una amistad íntima con Cristo. Sólo así, viviendo la experiencia del amor de Dios e irradiando la fraternidad evangélica, podréis ser los constructores de un mundo mejor, auténticos hombres y mujeres pacíficos y pacificadores. (Homilía en la Vigilia con los Jóvenes en Cuatro Vientos, Madrid, 3 de mayo de 2003)

Ficha vigésima: La parábola de la semilla (Lc 8,4 - 15)

Se le juntaba mucha gente y, al pasar por los pueblos, otros se iban añadiendo. Entonces les dijo esta parábola: Salió el sembrador a sembrar su semilla. Al sembrarla, algo cayó al borde del camino, lo pisaron, y los pájaros se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso, Y, al crecer, se secó por falta de humedad. Otro poco cayó entre zarzas, y las zarzas, creciendo al mismo tiempo, lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena, y, al crecer, dio fruto al ciento por uno. Dicho esto, exclamó: El que tenga oídos para oír, que oiga. 'Entonces le preguntaron los discípulos: ¿Qué significa esa parábola? Él les respondió: A vosotros se os ha concedido conocer los secretos del Reino de Dios; a los demás, sólo en parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan El sentido de la parábola es éste: La semilla es la Palabra de Dios Los del borde del camino son los que escuchan, pero luego viene el diablo y se lleva la Palabra de sus corazones, para que no crean y se salven

Los del terreno pedregoso son los que, al escucharla, reciben la Palabra con alegría, pero no tienen raíz; son los que por algún tiempo creen, pero en el momento de la prueba fallan. Lo que cayó entre zarzas son los que escuchan, pero con los afanes y riquezas y placeres de la vida, se van ahogando y no maduran. Los de la tierra buena son los que con un corazón noble y generoso escuchan la Palabra, la guardan y dan fruto perseverando.

Lectura:

Predica Jesús de ciudad en ciudad, acompañado por los Doce y por algunas mujeres a las que "había curado de malos espíritus y enfermedades" y que "le ayudaban con sus bienes". Cada día son más los que quieren unirse a Jesús. Entonces les dirige esta parábola, desvelando las diversas actitudes ante el Evangelio e invitando al discernimiento.

La experiencia: la semilla porta en sí toda la capacidad de dar vida, de multiplicar el fruto. Pero no depende sólo de sí misma. También importa la "acogida", las condiciones de la tierra, del riego, etc.

La realidad: La predicación de Cristo porta en sí misma la vida de Dios, y su palabra nos conduce a entrar a formar parte del Reino. Ahora bien, como "palabra" que es, se dirige a los hombres, y no resulta indiferente la actitud con la que es recibida. Toda palabra pretende entablar comunicación. Importa el comunicante, y no menos su mensaje. Importa también el receptor y su capacidad de respuesta. Cristo, Palabra personal del Padre, entra en comunicación con nosotros. En Él se nos da el Reino de forma perfecta y total. Es necesario, por tanto, discernir cómo lo acogemos y valorar nuestra respuesta.

"El que tenga oídos para oír, que oiga". Muchos vieron a Jesús por las villas de Galilea, muchos le recibieron triunfalmente a su entrada en Jerusalén, pero bien pocos creyeron y aún éstos, en la cruz le abandonaron. Fue necesario que le "vieran", de un modo nuevo y distinto, aparecerse resucitado. Del mismo modo, una cosa es "oír" y otra cosa es creer. Se puede oír "como quien oye llover", sin que en nada me afecte el mensaje, sin permitir que cuestione mi vida, que la cambie. Oídos tenemos todos, pero es necesario "ponerse a oír", abrirse a la escucha. Que el mensaje recibido no baje a las mazmorras del olvido o salga por la vía fácil, "del oído de enfrente", sino que se albergue en la tierra buena de un corazón abierto, y pueda enraizar y dar fruto. Jesús invita a esa escucha verdadera, profunda, que asimilando lo que Él dice es capaz de iluminar la vida, y de tocarla en su centro mismo hasta salvarla.

Meditación:

He sido admitido en el círculo de los que "conocen los misterios de Dios" y Jesús me explica la parábola. Por la fe y el bautismo soy cristiano. Comparto en el pan y el vino "el misterio de nuestra fe". ¡Qué alegría, qué privilegio, qué responsabilidad! Admitido a la intimidad de Cristo, formo parte de su mismo cuerpo, soy una sola cosa con Él. Por mi bautismo soy hijo

en el Hijo. Por la eucaristía crezco en comunión con Él. Este no es un círculo cerrado: Jesús me desvela sus misterios para que yo los ofrezca, los anuncie a todo hombre.

La palabra de Dios y mi escucha. Esta es la gran pregunta. Él se me ha acercado, ha sembrado su palabra. ¿Cómo la estoy acogiendo?

En el camino. El diablo no quiere que crea, no sea que me salve. Detectar las "tentaciones" que "se llevan la palabra" de mi corazón, y toman su puesto.

Entre las piedras. La "alegría" de la primera hora, que necesita ser arraigada. Y si no al final se derrumba, igual que un castillo de naipes. ¿He pasado yo por la prueba? Con Cristo no hay fallo definitivo, pues su misericordia es eterna. Pero necesito "arraigarme", profundizar. No puedo seguir siendo un superficial, un frívolo.

Entre zarzas... que parecen rosas. Los "afanes de la vida", las "riquezas y placeres". ¿Cuántos pactos vergonzosos no he hecho yo en mi vida? ¿Cómo puedo pensar en serio en nadar y guardar la ropa? La verdad es que, a fin de cuentas, o mi corazón es entero de Cristo, o terminará no siéndolo en absoluto. O mi vida entera (trabajo, estudio, diversión, familia, afectos, sexualidad, economía,...) es de Cristo, u otros "señores" tomarán su puesto.

Tierra buena. "Corazón noble y generoso", auténtico y decidido. ¡Todo para ti, Señor! ¡Entregarme a ti del todo! De verdad, sin medias tintas. ¡Y con perseverancia! No en un momento de emoción fugaz, sino en la cotidianidad, en la verdad del día a día. Tengo sed de escuchar la palabra. Y meditarla "en la intimidad con Cristo". En la oración. La Lectio Divina ¡está haciendo crecer mi deseo de oración, mi gusto por la oración!. Y mi aprecio por la comunidad de los discípulos, la familia del Señor, mi amor a la Iglesia.

Oración:

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Demos ahora gracias al Señor, que nos ha revelado sus misterios, que quiere comunicarse con nosotros, que madruga para sembrar su semilla, que quiere fecundar nuestra vida y hacerla rica y granada. ¡Señor, yo quiero ser tierra buena! Ayúdame a discernir tu presencia, a ser honesto contigo, a acoger tu invitación con total disponibilidad.

Tú no quieres guardar secretos, sino anunciar a todos los hombres la alegría de la salvación, convocar a todos a sentarse a la mesa de tu reino. ¡Eres el sembrador del mundo!

Señor, te pedimos por los que no te escuchan... porque no hay quien les anuncie tu nombre, o porque la vida les ha endurecido el oído o porque han endurecido su corazón.

Cuenta conmigo Señor, para ir a diseminar tu simiente, a repartir tu palabra, y a ayudar a tantos que no esperan o que viven despistados, a tantos campos sedientos, pedregosos, con malezas... Cuenta conmigo, sembrador.

Entonemos por fin juntos algún canto de los que hablan del sembrador.

Contemplación:

Contemplamos dos paneles. Como en esos programas modernos que permiten partir la pantalla y ver dos escenas a la vez.

En el primer panel, Jesús recorre ciudades y pueblos. Predica ¿Qué dice? Y sana ¿Qué hace? La gente acude y se le une ¿Quiénes son, qué buscan, de que hablan, qué hacen? Jesús toma la palabra y pronuncia la parábola. ¿Porqué? ¿Cómo lo hace? Parémonos un momento, releyéndola, a escucharla de sus labios, dirigida a nosotros mismos.

Los discípulos, a la tarde, le preguntan por su sentido. También yo estoy entre ellos, también yo necesito más luz, tampoco yo entiendo. Y Jesús se la explica. Nos la explica. Me la explica... y deja que yo reaccione.

En el segundo panel, la historia. Veamos al agricultor. Sale temprano, con sueño y frío, y se encamina esperanzado al campo. Toda su esperanza brota... al ritmo de la sementera. ¡Cuántos proyectos, cuántos sueños, cuántas posibilidades dependen de estos granos arrojados al viento, regalados al surco! La siembra es pobreza, renuncia. Es esfuerzo y exige paciencia. Duro trabajo por meses, y al final... cosecha incierta. ¿Qué será de esta semilla, microcápsula de vida? El sembrador no se detiene, ni por miedo, ni por pereza... La esperanza abre su mano, y el brazo lanza vigoroso al viento, al mundo, el grano que porta vida.

La importancia del discernimiento. Pero ¿cómo puedo yo aprender a discernir? Necesito de mis hermanos, del corro de "los discípulos". Y necesito también de maestros, altavoces y ministros del Maestro, que me ayuden a distinguir en mi mismo zarzas, piedras y sequías, y a disponerme por dentro para recibir la semilla.

Mirar al mundo que me rodea, en el que vivo. ¿Pero sigue Dios sembrando su palabra? ¿Qué acogida encuentra? ¿Qué puedo yo hacer para ayudar a tantos que no se dan por aludidos, o que rechazan o no dan importancia a una semilla de la que depende su misma vida?

Isaac de la Estrella

La simiente es el Verbo de Dios, y el sembrador el Hijo del Hombre; y el Verbo mismo de Dios se ha hecho Hijo del Hombre, así que semilla y sembrador ¡son idénticos! Es Él mismo que se siembra a sí mismo [...] Salió el sembrador a sembrar su semilla ... salió del seno del Padre como Verbo para venir al seno de la Virgen. Saliendo de allí se ha hecho carne, y ha venido al mundo, como sembrador del campo, como Hijo del Hombre. [...] Y se siembra en tres formas el Verbo: siembra exterior, por el oído, por medio de la enseñanza de palabra; y por los ojos, con el ejemplo de la vida, y también interior, por el corazón, mediante la inspiración de la gracia. De esta triple manera se ejerce el celestial magisterio de Cristo (Sermón 18,4-8).

San Efrén de Siria

El sembrador es único, y ha lanzado su semilla de un modo equitativo, sin hacer acepción de personas. Pero cada terreno, por si mismo, ha mostrado su amor con sus propios frutos. El Señor manifiesta así con su palabra que el Evangelio no nos hace justos por fuerza, sin la colaboración de nuestra libertad; los oídos estériles a los que Él no ha privado de la simiente de sus santas palabras son prueba de ello (Diatessaron 11,12).

Ficha vigésimo primera: La multiplicación de los panes (Lc 9, 10 - 17)

Al volver los apóstoles, le contaron a Jesús todo lo que habían hecho. Entonces se los llevó y se retiró con ellos en dirección a un pueblo llamado Betsaida, pero el gentío se dio cuenta y lo siguió. Él los acogió y se puso a hablarles del Reino de Dios, y curó a los que lo necesitaban. Caía la tarde y los Doce se le acercaron a decirle: Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida; porque aquí estamos en descampado. Él les contestó: Dadles vosotros de comer. Ellos replicaron: No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para todo este gentío. (Porque eran unos cinco milhombres.) Jesús dijo a sus discípulos: Decidles que se echen en grupos de unos cincuenta. Lo hicieron así, y todos se echaron. Él, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente. Comieron todos y se saciaron, y cogieron las sobras: doce cestos.

Lectura:

Para Jesús no cuentan los cálculos, sino el amor. Y compartir es un gran signo. No importa si los discípulos tienen mucho o poco, sino si están dispuestos a darlo. Cuando los envió sin nada, hasta los demonios se les sometían. También ahora, cinco panes y dos peces saciarán a cinco mil hombres. Basta que ellos se pongan en camino, basta que no se guarden lo poco que tienen. Es Cristo quien realiza en gran signo, sólo Él es quien salva a los hombres.

Pan, el alimento más común, como en la Cena del Señor. El gesto de Jesús es ritual, como el de la Última Cena: "los tomó, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio"... El pez, para un cristiano antiguo, es un símbolo de la presencia de Cristo.

En la Cena, Jesús dará el pan partido a los Doce diciendo: "tomad, comed". En esta especie de anticipación de la Cena, da los panes y peces partidos a los Doce, para que ellos los distribuyan. En adelante, lo suyo será predicar, y sanar y expulsar demonios. Pero también repartir el pan de Cristo, que sacia a cuantos se acercan para escucharle e implorar su misericordia.

Son sus mismos pocos panes y peces. Pero recibidos ahora de manos de Jesús, saciarán a

la multitud. Y sobran doce cestos. Lo poco que son y tienen, puesto en manos de Jesús, se multiplica admirablemente. Los apóstoles serán como los contenedores del pan de Jesús, los testigos de la sobreabundancia de su amor por los hambrientos, de la plenitud del don de Dios que se nos ofrece en Jesús.

Meditación:

Hay una nueva lección que han de aprender esta tarde: la de la caridad que da todo confiando sólo en el Señor. Cinco panes y dos peces suman siete. Plenitud en las manos de Cristo, que alimentará a la multitud y aún sobrarán doce cestos, como el número de las tribus de Israel o del grupo de los apóstoles. Cinco panes y dos peces. Puestos sobre la mesa... ¡hambre para todos! Puestos en las manos de Cristo... ¡sobran doce cestos! En la obra del Evangelio, lo importante no es con cuantos medios contamos. Lo importante es si los ponemos en juego, confiando sólo en el Señor. Todo el esfuerzo de la Iglesia no bastarían para salvar a un hombre si no fuera por la fuerza de Cristo, el que "siendo rico se hizo pobre".

¿Estoy yo dispuesto a poner lo poco que tengo a disposición de los hambrientos? Tantas veces me veo impotente, incapaz de solucionar tantos problemas... Pero ¿qué me pide Cristo, que solucione yo sólo los problemas del mundo, o que sea su discípulo y aún su apóstol? A veces saber lo poco que puedo se me convierte en excusa para no dar lo que tengo. Me digo a mi mismo que es insignificante, pero me aferré a ello como si fuese un tesoro, mi tesoro. Pero sólo se posee lo que se da, y mi único verdadero tesoro es Cristo.

El hambre y la eucaristía. En un mundo como el nuestro, en que tres cuartas partes de la humanidad pasan hambre ¿cómo puedo participar en la Cena y no salir luego corriendo a compartir lo que tengo con los que de todo carecen? La Iglesia siempre ha vinculado Eucaristía y Caridad, y separarlos es vaciarlos de contenido, "no discernir el Cuerpo de Cristo" (1 Cor 11,17-29)

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

En silencio dialoguemos ahora con el Señor. ¿Qué nos ha sugerido? ¿Qué necesitamos decirle? Será quizá nuestro agradecimiento, porque conmovido se detiene a hablarnos y a curar nuestras enfermedades.

Le contaremos, ilusionados, nuestras experiencias. También nosotros, pequeños apóstoles, hemos anunciado su palabra, y a Él le encanta escucharnos, alegrarse con nosotros, y ayudarnos a madurar como testigos suyos.

Le pediremos por este mundo dolorido, donde el hambre mata a tantos niños, donde las epidemias arrasan poblaciones, donde las injustas guerras destrozan a las gentes y el

terrorismo asesina ciegamente. Este mundo, más rico y poderoso que nunca, y en el que nunca hubo tantos pobres.

Le hablaremos de la Eucaristía, festín suculento en que de un poco de pan y de vino se alimenta la Iglesia entera, recibiendo una energía que salta hasta la vida eterna.

Le pediremos que nos enseñe a no guardar nuestros panes, a no olvidarnos del pobre. Y a no desconfiar nunca de la fuerza salvadora de su palabra.

Contemplación:

Contemplemos ahora la escena. El rostro alegre de los discípulos. Corren hacia Jesús, se atropellan queriendo contarle las experiencias vividas. Como entraban en los pueblos, como acogían su palabra, como sanaron enfermos y hasta expulsaban demonios. Atónitos y felices le confían su alegría. Veamos a Jesús sonriente, feliz con la felicidad de los suyos. Y como les invita al retiro, a serenarse, a repasar con calma lo vivido, a interiorizarlo pausadamente junto a Él.

Ver a las gentes. Como acuden. Le buscan. De todas partes. ¿Qué dicen? ¿Qué es lo que quieren? ¿Qué puedo leer en sus rostros? Mirar la reacción de Jesús. "Muchachos, cambio de planes". ¿Cómo dar la espalda a aquellos a quienes Él ha sido enviado? ¿Cómo no acoger a estos pobres, que buscan la palabra y la salvación?

Atónitos, los discípulos contemplan a su Maestro. De nuevo son ellos testigos de cómo sana y predica. Ahora con la experiencia de una primera participación en esa misma misión. ¿Cómo miran a Cristo? ¿Y a las gentes? Ahora tienen una comprensión más profunda, más real, de quién es Jesús y qué significa su obra...

Contemplemos el gesto de Cristo, que mira al cielo y da gracias. Tomando el pan Él lo parte, y se lo entrega para que lo repartan. Miremos a la gente comiendo, su hambre por fin saciada. Y el rostro de los apóstoles, antes huraño, ahora entusiasta. ¡A todos llega el pan de Cristo, que antes no era casi nada! Miremos el rostro de Jesús. Su sonrisa ante el hambre saciada. Su alegría ante la fe de los suyos. Su mirada, que ahora enseña callada. Y los doce cestos de sobras, testimonio del Dios que salva.

Es frecuente acudir a la oración cuando hay problemas, cuando necesitamos ayuda... Necesito descubrir también la alabanza y la acción de gracias. Compartir con el Señor entusiasmos y alegrías, y vivencias y esperanzas.

No puedo seguir viviendo la fe de espaldas a los pobres, sin ser verdaderamente sensible al dolor de tantos hermanos, mientras a mi no me falta nada. ¿Cómo voy a compartir lo que tengo? ¿Qué decisiones concretas puedo tomar en este terreno? Ya sé que no solucionaré los inmensos problemas del mundo, pero ¿voy a continuar sin hacer nada?

Mi confianza en el poder de Cristo. ¿Soy un creyente en la práctica? ¿O afirmo que Él todo lo puede, pero no le dejo hacer nada?

El Catecismo de la Iglesia Católica

Los milagros de la multiplicación de los panes, cuando el Señor dijo la bendición, partió y distribuyó los panes por medio de sus discípulos para alimentar la multitud, prefiguran la sobreabundancia de este único pan de su Eucaristía (n° 1335a).

Como la levadura en la masa, la novedad del Reino debe fermentar la tierra con el Espíritu de Cristo. Debe manifestarse por la instauración de la justicia en las relaciones personales y sociales, económicas e internacionales, sin olvidar jamás que no hay estructura justa sin seres humanos que quieran ser justos. [...] Se trata de «nuestro» pan, «uno» para «muchos»: La pobreza de las Bienaventuranzas entraña compartir los bienes: invita a comunicar y compartir bienes materiales y espirituales, no por la fuerza sino por amor, para que la abundancia de unos remedie las necesidades de otros (n° 2831-2835).

Pablo VI

Fiel a las enseñanzas y al ejemplo de su divino Fundador, que dio como señal de su misión el anuncio de la Buena Nueva a los pobres, la Iglesia nunca ha dejado de promover la elevación humana de los pueblos, a los cuales llevaba la fe en Jesucristo. Al mismo tiempo que iglesias, sus misioneros han construido hospicios y hospitales, escuelas y universidades. Enseñando a los indígenas, el modo de sacar mayor provecho de los recursos naturales, los han protegido frecuentemente contra la codicia de los extranjeros. Sin duda alguna, su labor, por lo mismo que era humana, no fue perfecta y algunos pudieron mezclar algunas veces no pocos modos de pensar y de vivir de su país de origen con el anuncio del auténtico mensaje evangélico. Pero supieron también cultivar y promover las instituciones locales. En muchas regiones supieron colocarse entre los precursores del progreso material no menos que de la elevación cultural (Populorum Progressio 12).

Ficha vigésimo segunda: Jesús anuncia su pasión, muerte y resurrección (Lc 9, 18 - 24)

Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó: ¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos contestaron: Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas. Él les preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Pedro tomó la palabra y dijo: El Mesías de Dios. Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió: El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día. Y, dirigiéndose a todos, dijo: el que quiera seguirme, que se niegue así mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará.

Lectura:

Tras su primera experiencia evangelizadora, han visto a Jesús multiplicar sus pobres cinco panes para alimentar a una multitud, los discípulos han de responder sobre la identidad del Señor. Ellos traen "noticias frescas". Cuando predicaban y sanaban en nombre de Jesús ¿qué han escuchado a la gente? ¿Qué piensan de Él? ¿Qué es lo que están entendiendo? Como subrayan los tres sinópticos, Pedro, espontáneamente, toma la palabra y responde a Jesús. No porque se lo han encargado, sino por su peculiar relación con Jesús. Pero su respuesta no es sólo suya, expresa lo que creen los demás discípulos, de alguna forma los personifica y representa. Esta figura del Pedro "portavoz" de los discípulos, reaparecerá con frecuencia. También, en Pentecostés, comenzará Pedro la predicación cristiana.

"Tu eres el Mesías de Dios". Jesús lo había proclamado en la sinagoga de Nazaret. Ahora es reconocido por Pedro y los discípulos. No sólo anuncia los tiempos mesiánicos, como piensa la gente. Él realiza la llegada de esos tiempos. San Mateo lo explícita aún más: "el Mesías, el Hijo del Dios vivo". Jesús responde aquí con la promesa del primado: "tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... etc" (Mt 16,16ss).

Jesús les pide silencio. Esta reserva de Jesús aparece sobre todo en san Marcos. Jesús no quiere que se malinterprete su mesianismo. Sólo quien ha conocido del todo a Jesús, esto es, hasta la muerte y la resurrección, puede hablar de Él con acierto. Jesús no quiere despertar entusiasmos facilones. Invita a participar en su cruz para renacer a una vida nueva. Ahora es momento de ser "discípulos"... luego, tras pasar por el escándalo de la cruz y verle resucitado, recibirán la fuerza del Espíritu para ser "apóstoles". Por eso les anuncia de inmediato su pasión, muerte y resurrección.

Meditación:

Tomar parte en la cruz de Jesús, que Él abraza por nosotros... ¿No seré yo un seguidor "de boquilla", sólo teórico, sin abrazar su cruz? A veces, lo reconozco, estoy preocupado ante todo por mi propio bienestar, éxito, seguridad... como si me pudiera salvar a mi mismo, encerrado en mi torre de marfil. ¿Qué lugar ocupan los otros en mi vida? ¿Qué puesto ocupa el servicio desinteresado a los demás? ¿Qué sensibilidad tengo para los sufrimientos ajenos, para las injusticias del mundo, para los problemas del hambre, la opresión, la violencia, para comprometerme a favor de un mundo más conforme al designio de Dios?

El Hijo de Dios se ha hecho hombre, y ha cargado con nuestras miserias hasta el extremo de morir en la cruz, para que nosotros, uniéndonos a Él por la fe y el bautismo, incorporados a su muerte redentora, participemos también de su resurrección y nazcamos de nuevo como hijos de Dios. ¿Dónde está la novedad de mi vida como cristiano? ¿En qué se diferencia de la vida de quienes no creen?

"Negarse a uno mismo", en cristiano, implica primeramente este reconocimiento de la primacía de Dios, de que somos un don de Dios para nosotros mismos. Lo contrario de lo que la serpiente sugiere a Eva en el Paraíso. Es reconocer que sólo Dios es Dios. Y por

tanto, no hacer de uno mismo la medida de todas las cosas, estar dispuesto a la renuncia, al sacrificio, al esfuerzo, a la generosidad. No vivir pendiente de uno mismo, de sus caprichos, sino pendiente de Cristo y por Él de las necesidades de todos los hombres. La "abnegación" es la virtud de los que saben amar. Y la característica de los hombres libres.

Oración:

"Tomar la propia cruz". ¿Y qué es la cruz? La cruz es la entrega de su propia vida que hace Cristo, por obediencia al Padre, en favor de los hombres. Jesús sabe que el Padre ama a los hombres y quiere librarlos de todo mal y hacerlos hijos suyos. Para cumplir esta voluntad de Dios, por puro amor a su Padre, acepta Jesús incluso su propia crucifixión. Tomar la cruz cada día es hacer nosotros lo mismo. Amar a Dios de tal modo que, por cumplir su voluntad, nos entreguemos cotidianamente al bien del prójimo, sin reparar en los sacrificios que ello pueda comportar. Sólo ama de verdad quien está dispuesto a sufrir, a pagar un precio por el bien de la persona amada. Con Cristo y por Cristo, podemos vivir este amor pleno y verdadero con la entrega de la propia vida... Es un don suyo, nos sobrepasa totalmente. Sólo podemos tomar la cruz... unidos a Cristo y con la ayuda de su gracia.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Señor ¡yo quiero seguirte! Y quiero conocerte. Señor, enséñanos a orar, para identificarnos contigo, para vivir tan cerca de ti, que te conozcamos a fondo, y te amemos de verdad.

Señor, ¡yo quiero seguirte! Ayúdame a comprender el misterio de tu cruz. Líbrame de todo temor. Ponga en ti mi confianza. Que lo espere todo de ti. Que sólo espere en ti. Y así, Señor, que llegue a ser libre. Libre para darme a todos. Libre para vivir contigo. Libre para amar sin medida.

Señor ¡yo quiero seguirte! Y escuchar lo que tu me dices. Lo que tú me pides, lo que tú me sugieres, lo que tú me propones. Descubrir quien soy yo de verdad, y el inmenso valor de mi vida. Conocerme conociéndote, conocerme como tú me conoces. Por el camino, contigo. Viviendo tu misma vida.

Señor ¡yo quiero seguirte! Y vivir así contigo siempre. Hasta la cruz. Hasta la Vida.

Contemplación:

Contemplemos interiormente la escena. Jesús solo, en medio del campo. Y no lejos, sus discípulos. Mirar a Jesús que ora. ¿Qué le dice al Padre? ¿Qué le escucha decirle? ¿Cuál es su actitud? ¿Qué hay aquí de excepcional, para que los evangelistas nos hablen una y otra vez de cómo oraba Jesús?

Mirar ahora a los discípulos. Le contemplan. Desean participar de esa intimidad de Jesús con su Padre. ¿Qué piensan de Él? Acaban de regresar de predicar en su nombre y le han visto hacer milagros ¿Qué piensan de Él cuando le ven en presencia de Dios?

Ahora se vuelve hacia ellos. Les pregunta. Ver como se cruzan sus miradas, la expresión de sus rostros. Sus gestos. ¿Qué dicen de ti las gentes, Jesús? Lo que decían aquellos. Lo que dicen las gentes ahora. En el fondo, la misma necesidad de esperanza, la misma sed de salvación, expresada de modos tan diversos. También mi gente, la gente de nuestros días, vive esperando al Mesías... Y yo también se lo cuento. Ver a Jesús que escucha. Es amigo de escuchar. Escucha con una hondura infinita. Comprende. Ama la verdad de las personas. Es para mi, para quien hoy el Señor habla.

Vivimos con miedo. Por eso desconfiamos de todos y de todo, y tomamos la vida como una competición en la que "pisas o te pisan". Lo más contrario a la fe. Cristo, confiando totalmente en el Padre, nos enseña a amar y nos libera del miedo. Porque vivir preocupados de nosotros mismos, "queriendo salvar" la propia vida, lleva al desastre, al fracaso, a la perdición.

El hombre no es capaz de darse la salvación y la felicidad a sí mismo. Es un don que sólo puede recibir, nunca conquistar. El seguidor de Jesús aprende de Él a confiar, y así es liberado del miedo y aprende a amar, a entregar la propia vida por Cristo y con Cristo. Él no se ha preocupado de sí mismo, sino que confiando en el Padre ha amado a los hombres hasta dejarse matar por ellos, por nosotros.

Sobre Jesús todo el mundo opina, y mucho me interesa escuchar. Saber lo que piensa la gente. Pero quien es Cristo no lo aprendo de lo que digan unos y otros, ni de las campañas de prensa y los "estados de opinión". Su identidad, la revela Jesús mismo a quien acepta convivir con Él. Como dirá san Mateo no "los hombres, sino el Padre que está en los cielos" (Mt 16,17).

Conocer las opiniones para conocer a las personas, y para orar por ellas, y para poder entablar ese diálogo esencial a la evangelización. Pero conocer en primera persona a Cristo, cultivando la intimidad con Él en el seno de su Iglesia, que es su Pueblo y es su Cuerpo. Cristo está resucitado, vivo. Podemos tener acceso. En la fe de los apóstoles, que llenos de su Espíritu anunciaron lo que desde dentro conocieron. "No te lo han revelado (las opiniones de) los hombres, sino mi Padre que está en los cielos".

Beata Madre Teresa de Calcuta

Cuando Jesús vino a este mundo lo amó hasta tal extremo que dio la vida por él. Vino para satisfacer nuestra hambre de Dios. ¿Cómo lo hizo? Él se convirtió en Pan de Vida. Se hizo pequeño, frágil, desarmado por nosotros. Las migas de pan son tan pequeñas que incluso un bebé puede mascarlas, incluso un moribundo puede tragarlas. Jesús se convierte en pan de vida para apaciguar nuestra hambre de Dios, nuestra hambre de amor. No podríamos amar a Dios si Jesús no hubiese venido a ser uno de nosotros. Ha venido a ser uno como nosotros, excepto en el pecado, para hacernos capaces de amar a Dios. Creados a imagen de Dios hemos sido creados para amar, porque Dios es amor. Por su pasión, Jesús nos ha enseñado cómo podemos perdonar por amor, cómo podemos olvidar con humildad.

¡Encuentra a Jesús y encontrarás la paz! (Un 'y a pas de plus grand amour, Lattés 1997,90)

Santo Maestro Juan de Ávila

Nosotros fuimos la verdadera y pesada cruz que el Señor llevó, y nosotros le apretamos como viga de lagar, y le hicimos derramar su santísima sangre; y así hemos de amar y sufrir a los prójimos, y darnos por esclavos de ellos, mirando en aquel Señor que el Jueves Santo se arrodilló delante de sus discípulos y les lavó los pies con agua, y el Viernes Santo lavó las ánimas con sangre de sus sacratísimas venas. No sea nadie suyo, alzándose consigo mismo, pues nos compró Cristo por precio muy justo, y nos mandó que por su amor amásemos con corazón, palabras y obras y verdadera paciencia a los prójimos, haciéndonos esclavos por amor, a semejanza de Cristo, que se hizo nuestro hasta morir por nosotros con amor. Esta es, señora, la prisa que nos hemos de dar para que el Señor nos halle aparejados para las bodas eternas, y nos haga compañeros de su gloria, que tiene aparejada para los que aquí le aman, y por su amor cumplen sus palabras, y llevan cruz y sirven a prójimos por Él. (Carta a una señora. Que las enfermedades son aguas y afeites...).

Ficha vigésimo tercera: El buen samaritano (Lc 10, 25 - 37)

Se presentó un maestro de la Ley y le preguntó para ponerlo a prueba: Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna? Él le dijo: ¿Que está escrito en la Ley?, ¿qué lees en ella? Él contestó: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo. Él le dijo: Bien dicho. Haz esto y tendrás la vida. Pero el maestro de la Ley, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Jesús dijo: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo, le dio lástima, se le acercó, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo: Cuida de él y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta. ¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos? Él contestó: El que practicó la misericordia con él díjole Jesús: Anda, haz tú lo mismo.

Lectura:

¿Cuál de los tres "se hizo prójimo"? El letrado había preguntado "quien es mi prójimo". Jesús, por tanto, cambia la perspectiva. Mi prójimo, mi "próximo", es aquél a quien me

acercó. Soy yo quien tiene que "aproximarse" a quien necesita ser amado, a quien necesita mi ayuda. Sin poner excusas, sin construir barreras. No se puede amar a Dios mientras se excluye al hermano necesitado.

La parábola es un escándalo. ¡Pone como ejemplo a un pagano! El letrado acusa el golpe y no se atreve a decir "el samaritano". Pero aún dolorido, se abre al mensaje, y reconoce: "el que practicó misericordia". Por eso Jesús, de nuevo con extrema delicadeza, le exhorta: "anda pues y haz tu lo mismo".

El encuentro con Jesús, a través de la parábola, ha transformado al letrado. El que venía, seguro de sí mismo, a juzgar y descalificar a Cristo, ha sido desposeído de su falsa seguridad. El que preguntaba solo retóricamente por el camino de la vida, ha escuchado una llamada a la conversión que le afecta en lo más profundo. El que se creía justo se reconoce necesitado de cambio.

El camino de Jerusalén a Jericó. Camino peligroso, poblado de "bandidos". No de simples ladrones astutos, sino de atracadores que roban por medio de la violencia. Quizá rebeldes insurrectos, los "sicarios" y "zelotes" que oponían a Roma una resistencia armada. Gentes violentas, para quienes poco vale una simple vida humana. El texto no se fija en el robo, sino en el maltrato a que su víctima se ve sometido.

El sacerdote y el levita. Dedicados al servicio del Templo. Han de acercarse a ofrecer sacrificios, de modo que, para no quedar impuros, dan un rodeo y se apartan actuando conforme a la Ley. Para nosotros esto resulta sorprendente, pero para un judío de la época de Jesús cumplen con su deber.

Al samaritano no le preocupan las normas de la pureza ritual. No forma parte del pueblo elegido. Para los judíos, los samaritanos eran despreciables porque no guardaban la Ley tal como se entendía en Jerusalén. Muchos de ellos eran paganos. Es normal que él no tenga problema en acercarse, en tocarlo, venderlo... no se considera impuro por ello.

Pero, es lo importante, se deja llevar por la compasión. "Le dio lástima", "se conmovió". Como Jesús ante el entierro del hijo de la viuda (7,13); como el padre bueno ante el regreso del hijo pródigo (Le 15,20). Es la misericordia que lleva a actuar a favor del "compadecido". El corazón del samaritano late al ritmo del de Jesús. Con el mismo amor de Dios.

Meditación:

A veces vivo de teorías, me las doy de listo y "sabelotodo", tengo magníficas palabras para salir de todos los apuros... pero mi corazón está frío y mi amor es una farsa. A veces me acerco a Cristo para quedar bien, aunque sólo sea ante mi mismo, pero no con la humildad del discípulo, del desea aprender, y no juzgar al Maestro. A veces, también yo me contento con saber del evangelio y sin vivirlo realmente. Es entonces cuando Jesús me pone ante mi error, ante mi mentira, me quita con tanto amor como decisión la máscara tras la que me escondo... y me llama de nuevo a la conversión.

¿Cómo miro yo a los extranjeros y a cuantos me resultan extraños, diferentes? ¿Estoy

dispuesto a aprender? Jesús, con su mirada limpia descubre la maravilla de este hombre, que unos ojos llenos de prejuicios ni siquiera hubieran mirado. ¡Cabe el latir del corazón de Dios en el corazón de un pagano! ¿Cabe también en el mío?

El valor de lo concreto. Se acercó, le vendó las heridas... A Cristo le preocupa el hombre, cada ser humano en concreto. No propone una historia grandiosa, sino algo sencillo y concreto. Y yo, ante los problemas del mundo, a menudo me siento impotente, como si no pudiera hacer nada... porque no hago lo que realmente puedo.

Te lo pagaré cuando vuelva. No se trata de un arrebató momentáneo, sino de un compromiso que implica el futuro. El samaritano paga con lo que tiene en ese momento y está dispuesto a seguir haciéndose cargo en el futuro. Porque lo que importa es el hombre herido y su recuperación. Y las heridas del hombre solo se pueden sanar con un compromiso duradero.

Anda, haz tu lo mismo. ¿Cómo reaccionaría el letrado? El texto no lo dice. Pero su actitud lo insinúa. Ha captado el mensaje, se ha dado por aludido. Le cuesta reconocerlo, pero se ha dado cuenta. ¿Me doy yo por aludido? Cumplir la Ley de Dios, ganar la vida eterna.... Anda y haz tu lo mismo.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

¡Señor, concédeme el coraje de hacer yo lo mismo! ¡Enséñame a amar al hombre, a todo hombre, al hombre concreto! ¡Ábreme los ojos cuando voy de camino, para que no viva a ciegas, sin ver a quien sufre! ¡Señor, que vea! ¡Señor, que ame!

¿Qué pedimos hoy al Señor? Desear la vida eterna. Porque es la búsqueda de Dios la que nos llevará a amar su Ley. Señor, crezca nuestro deseo de ti, y nuestro amor por tu Palabra
¿Qué pedimos hoy al Señor? Aprender el camino recto. El camino que conduce a Ti, Señor, un camino sin rodeos. Que pasa por medio del hombre, en el que nos sales al encuentro. Que pasa por medio del pobre, del herido, del molesto. El camino que nos lleva a olvidarnos de lo nuestro, a cargar con los que sufren, al compromiso duradero. Camino que no evita a nadie, camino de amor sincero. Aquel que te llevó a la cruz para sanar nuestros yerros.

Contemplación:

Contemplemos la primera escena: ¿Quién es éste que se acerca? ¿Cuál es su intención? ¿Cuál su aspecto? ¿Qué busca, por qué se acerca a Jesús?

La actitud de Jesús. Su serenidad. Escuchémosle responder preguntando, acogiendo. ¿Cómo es su mirada? Jesús sabe leer en el interior de este hombre. Y le ama. Le abre a una comprensión más real del texto que tan bien sabe por fuera, pero no le toca por dentro.

Contemplamos este encuentro. La provocación que Jesús le dirige, su parábola, es un acto de amor, de misericordia, hacia el letrado. Éste, desconcertado, balbucea su respuesta ¿quién fue prójimo? El que mostró misericordia... ¿Cómo recibe la invitación del Señor: "anda y haz tu lo mismo?"

Contemplemos ahora el segundo cuadro: la historia del buen samaritano. La parábola se dirige hoy a nosotros. Contemplémosla en primera persona. El asalto, las heridas, el abandono. El levita y el sacerdote, y su rodeo para evitar al herido. ¿Cómo le miran desde lejos? ¿Cómo les mira el necesitado? ¿Cómo contempla Dios la escena? ¿Cómo la contemplo yo mismo? ¿Soy yo el levita, soy el sacerdote? En el fondo soy también el herido...

La sinceridad de mi relación con Cristo. Ser un discípulo auténtico: no juzgar la palabra de Dios. No soy la medida de todas las cosas. A veces estamos tan seguros de que nuestra manera de pensar es la adecuada, que no nos abrimos al Señor para que Él nos sorprenda y, cambiándonos, renueve nuestra vida.

Mi apertura al prójimo. ¿Estoy yo dispuesto a aprender de todos, incluso de los "samaritanos"? ¿No pongo demasiadas barreras, clasifico a las personas, desprecio a algunas y quizá adulo a otras? Para avanzar por el camino de la fe cristiana, tengo que aprender a ser sencillo, abierto, buscador, discípulo.

A veces mi solidaridad se agota en la conmoción que me produce ver ciertos documentales televisivos. Acabada la emisión, se acabó mi preocupación por el que sufre. Mero sentimentalismo. Necesito aprender a acercarme a quien sufre en lo concreto. Aprender a dar y a darme, y abandonar tantos miedos. Y tantas comodidades, mis excusas, mis recelos... El mundo está lleno de heridos, apaleados, desnudos, abandonados... con los que yo me cruzo a diario. ¡Empezar por aprender a verlos! Conmoverme, moverme, hacer algo, ayudar el lo real y concreto.

San Juan Crisóstomo

Si vieres a alguien víctima de una desgracia, no te pares a indagar. Tiene derecho a tu ayuda por el simple hecho de sufrir. Porque si sacas del pozo al asno a punto de ahogarse sin preguntar de quién es, con mayor razón no debe indagarse de quién es aquel hombre. Es de Dios, sea griego o sea judío, o sea un infiel, tiene necesidad de tu ayuda (Homilía sobre Hebreos, 6).

Juan Pablo II

Buen samaritano es todo hombre que se para junto al sufrimiento de otro hombre, de cualquier género que sea. Y no por curiosidad, sino por disponibilidad. Es como el abrirse de una determinada disposición interior del corazón, que tiene también su expresión emotiva. Buen samaritano es todo hombre sensible al sufrimiento ajeno, el hombre que «se

conmueve» ante la desgracia del prójimo. Si Cristo, conocedor del interior del hombre, subraya esta conmoción, quiere decir que es importante para toda nuestra actitud frente al sufrimiento ajeno. Por lo tanto, es necesario cultivar en sí mismo esta sensibilidad del corazón, que testimonia la compasión hacia el que sufre. A veces esta compasión es la única o principal manifestación de nuestro amor y de nuestra solidaridad hacia el hombre que sufre.

Ficha vigésimo cuarta: El Padrenuestro (Lc 11, 1 - 13)

Una vez que estaba orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos. Él les dijo: Cuando oréis decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan del mañana, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación. Y les dijo: Si alguno de vosotros tiene un amigo y viene durante la medianoche para decirle: Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle. Y, desde dentro, el otro le responde: No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados: no puedo levantarme para dártelos. Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite. Pues así os digo a vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide, recibe, quien busca, halla, y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra o si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuanto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?

Lectura:

Padre. Abbá llama Jesús a Dios. Como nuestros papá o mamá es una expresión elemental, de las primeras que puede pronunciar un niño pequeño. La forma más íntima y confiada de dirigirse al propio padre. El Padre es la raíz última de Jesús y a Él se remite en todo momento. La oración es un diálogo confiado con Él. Desde el primer momento, portante, los discípulos en oración se "identifican" con Jesús. Llaman, también ellos, Abbá, a Aquel de quien Cristo es Hijo Único. Sólo a través de Jesús tenemos este acceso a Dios.

Santificado sea tu nombre. La santidad es la característica esencial de Dios. Es el "tres veces Santo" (Is 6,3). No le "hacemos santo" nosotros.

Es Él quien nos concede participar de su santidad.

Venga tu Reino. La llegada del Reinado de Dios es el centro de la predicación de Jesús, que llama a que nos convirtamos a este Reino y creamos el "buen anuncio". Reinando que trae la justicia, la verdad, la vida, la paz, y la perfecta comunión con Dios. Reino que llega

en la persona de Cristo Jesús.

Danos cada día nuestro pan del mañana. Vivir en la confianza. Todo lo podemos pedir, con absoluta sencillez, al Padre. El pan que nos mantiene en vida, y con él, cuantos bienes materiales y espirituales son convenientes para ella.

Perdona nuestros pecados ("nuestras deudas", según san Mateo). Volver al Padre como el hijo pródigo, como el publicano. Confesando a la vez nuestros pecados y su misericordia. Con plena confianza en el perdón de Dios. Basta pedirlo y acogerlo con corazón sincero y abierto.

Y no nos dejes caer en la tentación. Al pedir al Señor que no nos deje tornar el camino que conduce al pecado, le pedimos espíritu de discernimiento y fortaleza. Son dones del Espíritu Santo, que hemos de pedir, acoger y cultivar.

Meditación:

¡Qué alegría! El Señor nos concede entrar en su intimidad con el Padre... meditando hoy el Padrenuestro. Padre "nuestro". No Padre "mío". No se es hijo de Dios a solas, no podemos orar aislándonos. La verdad de Dios nos conduce a una auténtica fraternidad con los hombres, nuestros hermanos, hijos del mismo Padre. Cuanto más verdadera es nuestra fe y nuestra oración, tanto más profundo se irá haciendo nuestro amor solidario, caritativo.

¿Qué significan para nosotros para nosotros las peticiones del Padrenuestro, que puesto tienen en nuestra vida? El Señor quiere dárnoslo todo, pero necesitamos desearlo profundamente. Para ello la petición, la insistencia, la espera, que agrandan el deseo de sus dones, nos preparan para recibirle a Él, que es el verdadero Bien.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

¿Cómo podemos orar hoy, si no es rezando juntos el Padrenuestro?

Contemplación:

El Padrenuestro es la oración más perfecta. Nada podemos contemplar más elevado. Contemplar al mismo Dios, nuestro Padre. Podemos representarnos la escena e ir recorriendo la oración, aprendiéndola del Señor, recibéndola como nueva, de los propios labios del Hijo, que nos hace hermanos suyos, e hijos de su mismo Padre.

Para contemplar el Padrenuestro nos ofrece san Ignacio dos fecundas sugerencias: Pronunciamos una palabra y nos quedamos en ella, consideramos cuanto nos evoque, hasta pasar a la siguiente (EE 252-257). O bien, estando tranquilos, acompasamos cada palabra con la propia respiración, meditándola mientras expulsamos el aire (EE 258-260).

También podemos contemplar la escena de la parábola, dejando que crezca en nosotros el deseo de la oración.

Mi deseo de oración... y mis dificultades en ella. Esta Lectio es una llamada para avanzar en la vida interior, para no seguir conformándome con una oración quizá superficial o poco cristiana.

La hondura de nuestra oración se mide con el rasero del amor. Ahondar en la relación con el Padre, el gran regalo que me hace Cristo, me lleva necesariamente a una relación nueva con mis hermanos los hombres. Y especialmente con quienes menos gozan de los bienes del Reino que viene, con cuantos sufren de mil modos, con los que no le conocen, con quienes tengo a mi lado, y con aquellos a quienes necesito aprender a perdonar.

Tertuliano

La oración dominical es el resumen de todo el evangelio. [...] Cuando el Señor hubo legado esta oración, añadió: "pedid y se os dará". Por lo tanto cada uno puede dirigir al cielo diversas oraciones según sus necesidades, pero comenzando siempre por la oración del Señor, que sigue siendo la oración fundamental (Sobre la Oración 1.10).

San León Magno

Para suplicar a Dios es eficazísima la petición avalada por obras de misericordia, porque quien no distrae su atención del pobre, inmediatamente se atrae la atención de Dios, como Él mismo dice: sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; perdonad y seréis perdonados. ¿Hay algo más benigno que esta justicia? ¿Qué hay más clemente que esta retribución, en la que la sentencia del juez se deja a la discreción del reo? Dad -dice- y se os dará (Tratado 17).

Santo Tomás de Aquino

La oración dominical es la más perfecta de las oraciones... En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo. De modo que esta oración no sólo nos enseña a pedir, sino que también forma toda nuestra afectividad (Suma Teológica 2,2, 83,9).

San Juan Crisóstomo

El Señor nos enseña a orar en común por todos nuestros hermanos. Porque no dice "Padre mío" que estás en el cielo, sino "Padre nuestro", a fin de que nuestra oración sea de una sola alma para todo el Cuerpo de la Iglesia (Sobre san Mateo 19,4).

San Beda el Venerable

La entrada en el Reino hemos de pedirla orando, hemos de buscarla viviendo honradamente y hemos de llamar a sus puertas perseverando. [...] Estos son los bienes que principalmente hemos de pedir a Dios, ésta es la justicia del reino que preferencialmente hemos de buscar, es decir, la fe, la esperanza y la caridad, porque como está escrito: El justo vivirá por su fe; al que confía en el Señor, la misericordia lo rodea; y amar es cumplir la ley entera; porque toda la ley se concentra en esta frase: Amarás al prójimo como a ti mismo. (Homilía 14).

Ficha vigésimo quinta: Las parábolas del Reino y la puerta estrecha (Lc 13, 18 - 30)

¿A qué se parece el Reino de Dios? ¿A qué lo compararé? Se parece a un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su huerto; crece, se hace un arbusto y los pájaros anidan en sus ramas. Y añadió: ¿A qué compararé el Reino de Dios? Se parece a la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta. De camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando. Uno le preguntó: Señor, ¿serán pocos los que se salven? Jesús les dijo: Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: Señor, ábrenos; y él os replicará: No sé quiénes sois. Entonces comenzareis a decir: Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas. Pero Él os replicará: No sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados. Entonces será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios y vosotros os veáis echados fuera y vendrán de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. Mirad: hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos.

Lectura:

¿A qué se parece el Reino de Dios? El Reino es un profundo Misterio. El misterio mismo de Cristo, de la salvación de los hombres y de la comunión con Dios. Jesús lo desvela con las imágenes más sencillas. No habla para los selectos, sino para el pueblo llano, para todos los hombres. Prodigio de pedagogía, de acercamiento, de sensibilidad. La hondura de su mirada, capaz de reconocer en las realidades más ordinarias un signo de los más profundos misterios: es lo que llamamos "la mirada contemplativa de Jesús".

El grano de mostaza. Tanto Mc como Mt marcan el contraste: de grano muy pequeño nace la "mayor de las hortalizas". San Lucas simplifica, no se fija en el tamaño de la semilla y simplemente llama "árbol" a la planta. El punto de comparación es el mismo: la desproporción. El Reino puede parecer insignificante, pequeño, pero está destinado a crecer. La tradición ha visto en los pájaros que hacen sus nidos una alegoría del Reino en que todos tenemos cabida y hallamos "nuestra propia casa".

La levadura. El Reino no crece solo: transforma la realidad. El mundo se esponja y crece al

ritmo del Reino de Dios. El Reino, por tanto, no es una realidad mundana, sino divina, pero una realidad que transforma este mundo "según el plan de Dios".

¿Serán muchos los que se salven? Jesús desvía la pregunta teórica y la convierte en una exhortación existencial. Entrar por la "puerta estrecha"... La imagen puede basarse en una de las puertas de la muralla de Jerusalén. Pero la referencia al "camino" de Jesús nos permite leerla con más hondura: entrar por la puerta estrecha es entrar por la puerta de Cristo. Él es el Reino, y al Reino se entra uniéndose a Él, que camina hacia la entrega de su vida en Jerusalén. Por tanto entrar en el Reino implica la entrega de la propia vida, por amor a Cristo, en unión con Él, a favor de los hombres, en fidelidad a la voluntad del Padre. Entra en el Reino quien pasa por la puerta estrecha de la cruz del Señor. Y quien entra encuentra la vida, participa de su resurrección.

"No sé quienes sois". Porque no todo el que dice "Señor, Señor", entrará en el Reino (Mt 7,21), y quien oye la Palabra y no la pone en práctica construye sobre arena y no sobre roca (Le 6,46ss). En la parábola del juicio final, aún sin saberlo, amó a Dios quien sirvió al necesitado (Mt 25,31ss).

Meditación:

No puedo despreciar lo pequeño. El Reino crece de bien poco. Se siembra con una palabra, con un gesto, con una minucia. Pero crece hasta ganar la vida, hasta hacerse un árbol imponente. Lo importante es "plantarlo en mi campo". Que la semilla no quede baldía.

La tradición más antigua ha relacionado la cruz de Cristo con el "árbol de la vida" que estaba en el centro del Paraíso. En la basílica romana de san Clemente, un mosaico medieval la presenta llena de brotes, en cuyas ramas no sólo se albergan los pájaros, sino cuantos forman la Iglesia. En el tronco mismo, junto a Cristo crucificado, doce palomas representan a sus apóstoles. Esta imagen vegetal va aún más lejos en el cuarto evangelio: Cristo como la vid verdadera, cuyos sarmientos son los discípulos.

Tengo un puesto propio en el Reino. Mi nido, que está en mi rama. Humilde, pero es el mío. ¡Con Cristo me siento en casa! Junto a mí caben los hombres de cualquier color y raza. Toda la diversidad del mundo se descubre en Cristo amada. Y son todos mis hermanos, y nadie está en tierra extraña.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Muchas cosas nos puede haber mostrado el Señor al meditar sus parábolas. Dialoguemos con Cristo sobre ellas. Quizá nos suscitó alegría por recibir su Palabra, o deseo de ser levadura en medio de la masa. Quizá nos sentimos aún lejos de elegir la puerta estrecha y necesitamos pedirle su gracia. ¡Que nos llene de alegría y de esperanza!

¡Señor enamóranos tanto, que por ti recorramos el camino "haciendo el bien de pueblo en pueblo", anunciando el Reino, sirviendo a los últimos! ¡Revélanos, Señor, la alegría escondida en tu cruz! ¡ Señor, enséñanos a amar contigo!

Contemplación:

La contemplación de las parábolas puede ser especialmente sabrosa. Basta representarnos la escena. El huerto, el pequeño grano, el labrador que lo siembra. El crecimiento lento, pero constante. Primero un brote, luego un tallo, luego una rama... El árbol crecido y frondoso. Las aves acogidas en sus ramas.

O las tres medidas de harina y la pizca de levadura que la esforzada ama de casa mezcla amasa que te amasa. El duro esfuerzo que ella realiza para alimentar a los suyos, crece y se multiplica por efecto de la levadura, que levanta toda la masa. Podemos incluso ver luego a la familia entera a la mesa, alimentándose de este pan nuevo, el pan del Reino.

O miremos a la "puerta estrecha". Miremos a la cruz de Cristo, máxima expresión de amor y entrega, el fruto más maduro de la libertad humana. Y deseemos estar con Cristo, amar con Cristo, crecer en libertad con Él, para nuestro propio crecimiento y el bien de nuestros hermanos. Deseemos vivir el Evangelio en serio y hasta sus últimas consecuencias, no sólo de boquilla y mera apariencia, sino en la entrega generosa y cotidiana. ¡Que crezca el amor, nunca el miedo! ¡El deseo y la esperanza! ¡Ver como llegan todos los pueblos alegres a esta llamada! ¡Desear alegrarme con Cristo, sentado con los patriarcas, entre los últimos recibidos en su mesa!

La fuerza capaz de transformar el mundo es la presencia de Dios. Levadura presente en la masa. Un mundo carente de Dios no se esponja, no se desarrolla en modo auténtico. Los cristianos estamos llamados a ser agentes de esta transformación verdadera, que conduzca a la sociedad humana hacia la paz y la justicia, la libertad y la verdad que son características del Reino de Dios. Es lo que repite el Papa: construir la "cultura de la vida", la "civilización del amor". Al servicio de todos los hombres, sobre todo de los pobres y los que sufren. Sin olvidar nuestra misión más específica, el "servicio de los servicios": la evangelización, el anuncio de Jesucristo. En esta actitud de servicio, la Iglesia colabora gustosa con todos los hombres de buena voluntad, sin importar sus creencias, y se alegra de acercarse a ellos y entablar ese fecundo diálogo que forma también parte de la propia evangelización.

El Concilio Vaticano II

A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y a cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios a

cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad. (Lumen Gentium, 31).

Pablo VI

Este reino y esta salvación pueden ser recibidos por todo hombre como gracia y misericordia, pero a la vez cada uno debe conquistarlos con la fuerza, con la fatiga y el sufrimiento, con una vida conforme al Evangelio, con la renuncia y la cruz, con el espíritu de las bienaventuranzas. Pero, ante todo, cada uno los consigue mediante un total cambio interior, que el Evangelio designa con el nombre de metánoia, una conversión radical, una transformación profunda de la mente y del corazón (Evangelii Nuntiandi 10).

Ficha vigésimo sexta: El hijo pródigo (Lc 15, 11 - 32)

Les dijo: Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte que me toca de la fortuna. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mando a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces se dijo: Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: Trátame como a uno de tus jornaleros. Se puso en camino adonde estaba su padre: cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello, y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado. Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile y llamando a uno de los mozos, le preguntó que pasaba. Este le contestó: Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud. Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. y él replicó a su padre: Mira, en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado. El padre le dijo: Hijo, tú estás siempre

conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado.

Lectura:

La parábola del hijo pródigo, o mejor "del padre bueno", aparece sólo en san Lucas, que tanto subraya los textos de la misericordia. Su contexto es el siguiente: a las multitudes que le siguen, Jesús acaba de recordarles que sólo puede ir en pos suyo quien abraza la propia cruz. A continuación Jesús, rodeado de pecadores, recibe las críticas de fariseos y escribas: "éste acoge a los pecadores y come con ellos" (15,1 ss). A ellos dirige entonces las parábolas de la oveja descarriada y de la moneda perdida, sobre la alegría del cielo por un pecador que se convierta, y, ampliando esta enseñanza, nuestra parábola de hoy.

"Lo vio de lejos". Señal de que lo estaba esperando. No ha permanecido encerrado, alimentando el rencor, sino esperando a su hijo, en medio de su dolor. No está cegado por la ofensa, la esperanza abre sus ojos. Espera, avizora, suspirando por el retorno.

"Se conmovió". Como Jesús ante la viuda que salía a enterrar a su hijo (Le 7,13) o el buen samaritano ante el caído (Le 10,33). Así late el corazón de Dios. Con un estremecimiento interno que lleva a la actuación inmediata en favor del compadecido. Otro nombre del amor. Se acerca, le abraza, le besa. A la prisa del hijo al marcharse, responde ahora la premura en la acogida del padre. Sale a su encuentro. Corriendo. Le llena de muestras de afecto. Sin esperar a que el hijo se exprese. Amor previo al reconocimiento del pecado cometido. Amor precedente e incondicional. El que ha hecho posible que el hijo regrese.

No le deja que acabe de hablar. ¿Que no eres mi hijo? No llega a hablar de jornaleros. Ni excusas, ni acusaciones, ni referencia alguna al pecado. Para el padre siempre ha sido su hijo. La generosa acogida desborda. Va mucho más allá de cuanto exige la justicia. Y aún de cuanto el hijo soñó atreverse a implorar como gracia. Es el "encuentro" de quien "estaba perdido". La vuelta a la vida de un "muerto". El hijo es regenerado, nace nuevamente del padre "este hijo mío". San Juan habla de "nacer de nuevo" (Jn 3,3ss) por el agua y el Espíritu, y de llegar a ser, por la fe en Cristo, "hijos de Dios" (1,12).

El banquete. La vida se celebra en la fiesta. El banquete de la alegría de la filiación recobrada. El hijo mayor, encolerizado, se niega a entrar. También a éste ha de buscarlo su padre. Rota la filiación, se rompió la fraternidad. Ahora no caben los dos hijos en la casa. Se considera justo, frente a aquel que pecó. La benignidad del padre le parece una injusticia, y se queja amargamente. Enrocado en su justicia es incapaz de misericordia. No late en él el corazón del padre, se ha petrificado en el rencor y el orgullo de ser el mejor. Formalmente él ha hecho lo justo, pero su corazón no late al unísono, y cuando el padre conmovido corre al encuentro del pecador, él se da por ofendido y se niega a participar de la fiesta.

"Ese hijo tuyo", dice con desprecio. "Tu hermano", responde el padre. La relación con el padre funda la fraternidad. Es en él en quien se reconocen hermanos. Si aceptan compartir su casa. Por dos veces lo repite el padre: perdido y ahora encontrado, muerto y ha vuelto a

la vida. El lejano ahora es cercano, y así recomienza la vida. La parábola se dirigía a los escribas y fariseos. Y en ellos a los lectores, a nosotros. ¿Cómo situarnos ante ella? ¿Participamos en la alegría celeste por un pecador convertido?

Meditación:

La parábola del Padre Bueno. Cristo nos desvela el corazón de Dios Padre en este magnífico texto. Nos imaginamos a un Dios amenazante y celoso, terrible y justiciero. O a un Dios indiferente que vive perdido en su cielo. Y Él nos muestra a un Dios cercano, a un Padre amante y tierno. Que todo lo da callando, que respeta, espera, sufre en silencio. Que sale, que acoge, que sabe venir al encuentro. Que perdona, que hace fiesta, que rehace la fraternidad rota, que tiene para cada uno la palabra precisa... es el Padre verdadero.

Algo hay en mí de hijo pródigo. Y algo de hijo mayor, de fariseo. La misericordia divina me invita a aprender a ser padre. "Sed perfectos, como vuestro Padre es perfecto" "Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre del cielo". Ir aprendiendo a ser "padre", a ser imagen de Dios. A dar gratis la misericordia que tan inmerecidamente recibo. Esta experiencia del pecado y el perdón puede llevarme a la madurez verdadera, a ser humanamente más pleno. Siendo verdaderamente hijo, verdaderamente hermano, y aún verdaderamente padre para cuantos me rodean.

Cristo es el verdadero hijo, que dejando la casa del Padre, se ha venido a vivir bien lejos. Él no cometió pecado, más quiso cargar con los nuestros. Ha venido a buscar a los que estábamos perdidos. Él ha muerto nuestra muerte, para llevarnos a la vida. Nos conduce a la casa del Padre, a la reconciliación y la vida, hacia la fraternidad perfecta y la Mesa compartida. Cristo se ha hecho "hijo pródigo" por nosotros. En Él, el Padre ha salido corriendo hacia nosotros, nos ha abrazado, nos ha revestido de fiesta con la túnica bautismal y nos ha hecho renacer como hijos suyos. Nos ha "levantado" y "vuelto a la vida". Nos ha abierto el camino y camina con nosotros. Nos ha invitado a "seguirle" hacia la casa del Padre, hacia la resurrección y la vida. No rechaza a los pecadores, sino que los acoge y los cuida. E invita a cuantos le escuchan a coger su cruz cada día. A morir a una vida muerta y resucitar, como hijos en el Hijo, a la verdadera Vida.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Quedémonos ahora en silencio. Que del corazón de cada uno suba al Padre una oración muy personal. Decidir retornar al Padre. Dar gracias por el perdón recibido. Darme cuenta de que soy fariseo. Pedir aprender a amar, a acoger, a buscar al perdido... Cada uno tendrá una palabra, la suya, que dirigir al Padre Bueno que nos mirará desde el altozano con la sonrisa en los labios y con los brazos abiertos. Quizá podríamos concluir compartiendo

espontáneamente alguna de estas oraciones que hemos dirigido al Señor desde el corazón y el silencio.

Contemplación:

Contemplemos ahora la parábola. Releyéndola. Imaginativamente, como si se proyectara en un cine para nosotros. ¡Es muy cinematográfica! Detengámonos en cada escena, en sus detalles, en las palabras, los silencios, los gestos. La casa del padre y los campos. Los hijos. La marcha. El país lejano. La vida perdida. La hambruna y los cerdos... Y así escena tras escena, recorriendo todo el texto. O mejor, deteniéndonos en algún momento. Allí donde el Señor nos habla, donde le hemos sentido más dentro. Donde nos llama, o nos alegra, o nos escuece... Mirémosle de frente, aceptemos su palabra llenos de agradecimiento.

Aprender a acoger como Cristo. Como el Padre, salir al encuentro. Es una llamada de Cristo para que revise mis actitudes ante el pecado ajeno, y ante aquellos a quienes margino y desprecio.

El Padre Dios me acoge, me perdona, ¡no puedo seguir siendo un exclusivista! Salir de mi mundillo, e ir al encuentro del hambriento, el que sufre, el solo, el inmigrante, el que está hundido... incluso si es por sus propios errores. ¡ Señor, dame un corazón grande!

Muchos creen que hablar de pecado es una antiguaya. Sin embargo, Jesús invita a considerar seriamente nuestras relaciones, no sólo con los dones de Dios, sino sobre todo con el Dios de los dones. Descubrir la realidad de mi pecado, a la luz de la verdad aún mayor de la misericordia del Padre. Y la maravilla inmensa del Sacramento de la Reconciliación. Sintiendo nostalgia del Padre no dejaré de alimentar cerdos. Puedo de ponerme en camino, volver hacia su casa, confesar mi pecado, recibir su abrazo y participar en el banquete de su misericordia. No se crece como cristiano sin vivir profundamente este misterio de amor... en la verdad del Sacramento.

San Jerónimo

Yo soy como la oveja enferma, descarriada del rebaño. Como el Buen Pastor no me ponga sobre sus hombros y me lleve de nuevo al redil, mis pasos darán tumbos y en el mismo momento en que me esfuerce por levantarme, me fallarán las piernas. Yo soy el hijo pródigo, que, aunque he malgastado toda la herencia que me dio mi padre, aún no he doblado mi rodilla sumiso ante él. No he comenzado aún ni a alejarme del tentador atractivo de mis antiguos excesos. Y como hace tan poco tiempo que he empezado a algo abandonar mis vicios y a desear abandonarlos, el diablo ahora me seduce con instrumentos nuevos, pone nuevas piedras de tropiezo en mi camino, me cerca por todos lados (Carta II a Teodosio y los otros anacoretas).

Tomás de Kempis

¿De que sirve retardar mucho la confesión, o diferir la sagrada Comunión? Límpiase cuanto antes, vomita pronto el veneno, toma en seguida la medicina, y te hallarás mejor que si lo dilatares mucho tiempo. Si hoy dejas de recibir el sacramento por alguna causa, mañana puede haber otra mayor. Te apartarás mucho tiempo de la Comunión, y después estarás menos dispuesto. Sacude cuanto antes tu pereza, que nada se gana con angustiarse largo tiempo y apartarse del divino sacramento (La Imitación de Cristo 4, 7,4).

Santa Teresa de Jesús

Siendo Padre nos ha de sufrir por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a Él, como al hijo pródigo hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo, porque en Él no puede haber sino todo bien cumplido (Camino de Perfección 27,2).

Ficha vigésimo séptima: Jesús y el hombre rico (Lc 18, 18 - 30)

Un personaje importante le preguntó: Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna? Jesús le contestó: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno más que uno, Dios. Ya sabes los mandamientos: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre. Él replicó: Todo eso lo he cumplido desde pequeño. Al oírlo Jesús te dijo: Aún te queda una cosa: vende todo lo que tienes y repártelo a los pobres, que tendrás un tesoro en el cielo; y, anda, sígueme. Al oír aquello se puso muy triste, porque era riquísimo. Viéndolo tan triste, dijo Jesús: ¡Con qué dificultad entran los que tienen mucho en el Reino de Dios! Porque más fácil es que entre un camello por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el Reino de Dios. Los presentes exclamaron: Entonces, ¿quién puede salvarse? Él les contestó: Lo que el hombre no puede, lo puede Dios. Pedro le dijo: Pues, mira, nosotros hemos dejado lo que teníamos y te hemos seguido. Jesús les dijo: Os aseguro: No hay ninguno que haya dejado casa o mujer, o hermanos, o padres, o hijos por el Reino de Dios que no reciba en este tiempo mucho más y en la edad futura vida eterna.

Lectura:

Dios nos ha revelado el camino de la vida, de la felicidad verdadera. Los "mandamientos" divinos no son normas arbitrarias, ni meras reliquias de una cultura ancestral. Expresan la orientación básica de toda vida rectamente ordenada hacia su fin: la felicidad plena en la comunión con Dios y el prójimo.

Tres acentos de Jesús: La primacía del Dios "bueno"; los mandamientos del amor al prójimo; la llamada al seguimiento. Porque es con Él y en Él como vive del todo este amor a Dios y a los hombres. Como se "entra en el Reino".

"Lo he cumplido" desde pequeño. San Marcos, tan atento a los sentimientos y la humanidad de Cristo, añade aquí un detalle precioso: "Jesús le miró y le amó". Pero también Mt y Le muestran la aprobación de Jesús hacia ese hombre al dar el siguiente paso: "una cosa aún te falta"...

"Vende lo que tienes y repártelo a los pobres". Cristo a todo renuncia por amor al Padre y a los hombres. Así vive a fondo la Ley y hace presente la vida eterna. Abnegación solidaria, que de todo se desprende a favor de los que sufren, que en Jesús nace de su amor exclusivo y total al "único bueno". El discípulo es llamado a vivirla: "cargue con su cruz y me siga" (Le 9,23; 14,27). Apegado a sí mismo y sus cosas, insensible al sufrimiento ajeno, empeñado en ser señor de mi vida, no puedo entrar con Cristo en el Reino. Al final, la pregunta por la renuncia a todo, es pregunta sobre la verdad del amor a Jesús.

"Los pobres". Cristo no habla de vaguedades o de realidades desencarnadas. A Él le preocupan los pobres. Le preocupa el hombre real, que carece de lo que más necesita.

"Un tesoro en el cielo" Seguir a Jesús implica un amor que todo lo entrega por Él, y de Él lo todo lo recibe. El cielo no es un sitio entre las estrellas, es la comunión con Dios, el banquete del gozo eterno.

"Sígueme" Participar en la vida de Cristo. Recorrer con Él su camino. Cambio radical de vida, dejando todo allá atrás, para estar con Él. Como los pescadores, como aquel recaudador de impuestos... Tal es la maravillosa invitación de Jesús.

Meditación:

También yo he ido dando pasos. Quizá no lo he cumplido todo desde mi juventud, he tenido mis fallos y quizá momentos en que... he estado lejos de vivir según los santos mandamientos de Dios. Pero he venido dando pasos. Mi vida ya no es la que era. Y sobre todo... ¡busco en Cristo la vida eterna! Yo quiero vivir de verdad, vivir a fondo y no quedarme en medias tintas. ¡Quiero vivir del todo lo que tú, Señor, me descubres, me insinúas, me susurras! ¡Muéstrame tú el camino! Señor, siento que me llamas a más, sé que algo aún me falta, y es esa especial intimidad contigo.

Y algo me sobra. Estoy demasiado lleno de mi y de mis cosas. Lleno de miedos, que intento acallar con mis cosas, buscando seguridades, con mis cualidades, con mis recursos... Pero quedarme sin nada..., rendirme del todo..., dar todo a los pobres..., hacer de ti, Señor mi única riqueza, mi tesoro en los cielos... ¡Es un auténtico reto, y una magnífica oferta! ¡Una exigencia absoluta y una absoluta promesa! ¿Señor, me fío de ti lo suficiente? ¿Me atrevo? Hay muchos modos de seguirte. Todos buenos, todos santos. Y a cada uno ofreces el suyo, peculiar, propio. También a mi. Mi modo peculiar y único de ser discípulo tuyo. Los hay monjes, misioneros, agentes de la caridad, educadores, animadores sociales, esposos

cristianos, sacerdotes, religiosos... Tantos y tantos modos de seguirte. ¿Cuál es mi camino, Señor? ¿Qué es lo que me propones? ¿A qué oferta de vida me llamas?

El matrimonio cristiano es imagen del amor de Cristo. No es mero romanticismo, ni un sentimentalismo egoísta. Es querer el bien del otro hasta unirme a él de por vida. Es un amor tan intenso y entregado, que germina en la nueva vida de los hijos, inmenso regalo.

¿Sé vivir como cristiano mi amor, mi vida de pareja?

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Es momento de un diálogo sincero. Y muy personal. Ante Cristo que me invita ¿qué respondo? ¿qué es lo que siento? Hablar con Él de mi alegría, de mis búsquedas, de mis miedos... Pedir su gracia, que nos dé valentía, fortaleza en nuestras vacilaciones. ¿Será hoy el día en que te yo te responda? Ayúdame, Señor. Dame fuerzas. Hazme libre. Hazme tuyo.

Contemplación:

Vemos imaginativamente la escena, como si estuviéramos allí mismo. En realidad estamos en ella, porque el Señor hoy la renueva para nosotros. Miremos el corro de niños y discípulos, el rostro del "hombre importante"... Su sorpresa ante la enseñanza de Cristo. Su alegría de encontrarle. Su deseo sincero de aprender de sus labios. ¡Tantos otros le preguntan para ponerle una trampa! Éste viene con el corazón abierto, quiere ser discípulo verdadero.

Ver a Cristo hablando del Padre: "Él es el único Bueno". ¿Cómo es el rostro de Jesús cuando habla de Dios su Padre? ¿Cómo suenan sus palabras? Escuchar de sus labios los mandamientos. Y captar la oferta de vida que late en ellos.

"Ya los cumplo". Las miradas. Jesús mira con afecto. "Una cosa aún te falta..." En el rico, desconcierto. ¿Qué siente el Señor al hacer su oferta? Ver sus esperanzas. Ver su deseo. ¡Ojalá acepte este muchacho, ojalá sea un hombre del Reino!

¿Pero qué retiene a este hombre? ¿Qué le pesa? ¿Qué le tiene tan robada la libertad? No se atreve. La tristeza. Ver de nuevo las miradas. Lágrimas quizá. ¿En los ojos de Cristo? ¿En los del que retrocede?

Y los discípulos. Oír a Pedro. Y el diálogo con Cristo. Ciento por uno y luego el Reino...

En nuestro mundo los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. Una sociedad global cada día más injusta y violenta ¿Cómo afecta esto a mi fe? Tengo que revisar mi modo de vivir como cristiano, mi solidaridad efectiva, en dinero, pero también en tiempo, en participación, en actuaciones concretas a favor de un mundo más justo y al servicio de los que más sufren.

¿Hasta cuando voy a estar dando largas? La paciencia del Señor conmigo, es verdad, no tiene medida. Pero cada día que paso sin dárselo todo, es un día verdaderamente perdido. Y corro el riesgo de acostumbrarme a ser tibio, a darle largas, a nadar y guardar la ropa... Preferir mil cosas en vez de preferirle a Él. Sólo se gana lo que se entrega. ¿De verdad amo a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como el Señor me ha amado?

San Francisco de Asís

Él, siendo rico, quiso sobre todas las cosas elegir, con la beatísima Virgen, su Madre, la pobreza en el mundo. (Carta II los fieles 4-5).

San Ignacio de Loyola

Por imitar y parecer(me) más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo (Ejercicios Espirituales 167).

Santa Ángela de la Cruz

Después de cien años, la que vea una Hermana de la Cruz pueda decir: Se ve a las primeras; el mismo hábito exterior y el mismo interior; el mismo espíritu de abnegación, el mismo de sacrificio... Son las mismas, la providencia para los pobres: dan de comer al hambriento, visten al desnudo, buscan casa a los peregrinos, visitan a los enfermos, los limpian, los asean, los velan sacrificando su reposo. Son todas para los pobres, mirándolos no sólo como hermanos, sino como señores, y los acompañan y están con ellos a su lado... (Carta de año de 1925).

Ficha vigésimo octava: El encuentro con el ciego de Jericó (Le 18, 35 - 43)

Cuando se acercaba a Jericó había un ciego sentado al borde del camino, pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntaba qué era aquello; y le explicaron: Pasa Jesús Nazareno. Entonces gritó: Jesús, hijo de David, ten compasión de mi. Los que iban delante le regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte: ¡Hijo de David, ten compasión de mi! Jesús se paró y mandó que se lo trajeran. Cuando estuvo cerca, le preguntó ¿Qué quieres que haga por ti? Él dijo: Señor, que vea otra vez. Jesús le contestó: Recobra la vista, tu fe te ha curado. En seguida recobró la vista y lo siguió glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alababa a Dios.

Lectura:

Jesús es conocido como el Mesías. O como uno que pretende serlo. Para el ciego lo es sin

duda. El Mesías que se dirige a Jerusalén para tomar posesión de su reino. Y conforme a los antiguos profetas, devolverá la vista a los ciegos. Lo prometía el texto de Isaías que leyó Jesús en la sinagoga de Nazaret el día que comenzó su camino.

"Ten compasión de mí". El grito de quien todo lo precisa y nada por sí mismo puede. Y el grito de la esperanza. El callejón sin salida del ciego, de pronto se abre al futuro. El grito del que vive en tinieblas es ya alba de sus ojos, porque se acerca el "sol que nace de lo alto". Jesús, el Mesías de Dios, es la presencia misma de la misericordia divina. Viene a liberar a su pueblo de toda opresión y miseria. Viene a traer el Reino a los postrados y hundidos. Es la oferta viva de una vida nueva.

Jesús sigue a la escucha. No habla, pregunta. ¿Qué quieres? La importancia del deseo. Concreto, real. La salvación que trae este Mesías no es abstracta, o desencarnada. Responde a necesidades concretas que el hombre experimenta como tales. Y a través de ellas, comunica la luz nueva de Cristo. El cristianismo siempre lo ha entendido así. Por eso cultiva la más confiada y concreta oración de petición. Y por eso es la caridad con el pobre su distintivo perenne.

La importancia del deseo. El cristianismo no anula el deseo humano, lo dirige a Jesucristo. No se trata de ser superhombres, insensibles al dolor del mundo. Se trata de poner ante el Señor el deseo profundo de nuestro corazón. Que Él sane nuestras heridas y dé plenitud a nuestros anhelos. En el fondo, se trata de desearle a Él mismo, en quien todo bien se halla. Por eso el ciego, recobrada la vista, lo seguirá alabando al cielo.

Meditación:

El ciego y Cristo que pasa. Mi gran oportunidad. Porque hoy soy yo aquel ciego que clama al Señor ¡piedad! ¿Soy consciente de estar ciego? ¿Me doy cuenta de mi oscuridad? ¿O soy un soberbio curioso, que mira el paso de Cristo como una atracción de feria?

Pobre y fuera del camino, el Señor me llama junto a Él. Le importo. Le importo mucho. No pasa de largo ante el gemido de quien le invoca con fe. Quiere escuchar de mis labios mi historia, lo que necesito. Me pregunta, se interesa. Y me da su salvación. No he de temer mi ceguera, sino que se acalle mi voz.

¡Ojalá me encuentre con ciegos que, dejándose curar por Cristo, abran a su vez mis ojos! ¡Ojalá reconozca a sus enviados y me deje conducir por ellos! ¡Ojalá mi ceguera no me aisle, y me deje yo guiar hacia el Señor!

Cristo pasa ahora. El momento crucial de la vida. La ocasión de llamarle, de gritar su nombre, de confiarle el anhelo profundo de mi corazón, de poner en Él fe y esperanza. De recibir su luz y seguirle por el camino. Cristo viene constantemente, en cada acontecimiento, en cada cruce del camino, en cada hombre... Todo tiempo es tiempo de gracia para quien sabe reconocerse ciego y clamar "Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!"

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino

enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Nuestra oración de hoy, podría consistir, sencillamente, en repetir el grito del ciego con la voz del corazón. ¡Ten misericordia, Cristo! De mi, de nuestra comunidad, de nuestro mundo, de tu Iglesia, de los pobres, de los que carecen de la luz de tu amor... ¡Ten misericordia, Señor!

Contemplación:

También un ciego puede contemplar, con la mirada del corazón. La que sólo alumbra Cristo, y su Espíritu en nuestro interior. Recorreremos la escena, fijándonos vivamente en los detalles (la puerta de Jericó, el bullicio de la gente, el desconsuelo del ciego, el aproximarse de Cristo, el revuelo,...). No es pura imaginación: nos representamos tan vivamente los detalles que ofrece el texto porque queremos "estar presentes", vivir en primera persona la escena que contemplamos. En realidad lo estamos. Cristo está presente hoy, aquí, entre nosotros. Tenemos acceso a Él. Hoy pasa por nuestro lado, escucha nuestro clamor; hoy nos llama, y nos ayuda; hoy nos pregunta ¿qué quieres de mí? Al contemplar aquella escena, asistimos al día de nuestra propia curación. Porque hoy quiere salvarnos Cristo, abrírnos los ojos y el corazón.

Ver como le sigue aquel ciego, por su camino de entrega y amor. ¡Quiero estar contigo, Jesús! También yo puedo marcharme con Él. Viendo todo con los ojos nuevos del evangelio. Conviviendo estrechamente con Jesús. Alabando en todo a Dios.

Y mirar por fin a las gentes, que ahora alaban al Señor. ¡Abre mis ojos, Señor, y haz de mis llagas testimonio de tu amor!

Para nuestra vida :

¿Quién se acuerda de los pobres? Muchos son los que, en nuestro mundo, está al borde del camino, pidiendo limosna sin ser escuchados. Dos tercios de la humanidad pasa hambre. Cristo no pasa de largo, y tampoco nosotros, su Iglesia, podemos ser insensibles al clamor de los que piden piedad.

¡ Señor, ten misericordia! Y pedir por los que no invocan. Convertirme en voz de los que no saben o no pueden rezar; compartir el don de mi fe con quienes no se dirigen a Cristo porque no creen en Él. Interceder por tantos ciegos, es un servicio vital, profundamente cristiano.

San Gregorio Magno

El que ignora la luz divina, está ciego. Y el que cree en el Redentor, se sienta junto al camino. Pero si, aunque crea, descuida la oración para pedir la luz eterna, es un ciego que se sienta junto al camino, pero sin mendigar. Sólo quien ha creído y reconociendo la ceguera de su corazón reza pidiendo la luz de la verdad, es un ciego que junto al camino mendiga. Pero quien reconoce las tinieblas de su ceguera y comprende la maravilla de esta luz eterna que le falta, que invoque con las entrañas de su corazón, que invoque con toda la expresividad de su alma, diciendo: "Jesús, Hijo de David, ten compasión de mi"...

El Catecismo de la Iglesia Católica

El Nombre que todo lo contiene es aquél que el Hijo de Dios recibe en su encarnación: Jesús. El nombre divino es inefable para los labios humanos, pero el Verbo de Dios, al asumir nuestra humanidad, nos lo entrega y nosotros podemos invocarlo: «Jesús», «YHWH salva». El Nombre de Jesús contiene todo: Dios y el hombre y toda la Economía de la creación y de la salvación. Decir «Jesús» es invocarlo desde nuestro propio corazón. Su Nombre es el único que contiene la presencia que significa. Jesús es el resucitado, y cualquiera que invoque su Nombre acoge al Hijo de Dios que le amó y se entregó por él.

Ficha vigésimo novena: La última cena (Lc 22, 7 - 32)

Llegó el día de los Ázimos, en que había que sacrificar el cordero pascual. Entonces envió a Pedro y a Juan diciéndoles: Id a prepararnos la cena de Pascua. Le preguntaron: ¿Dónde quieres que la preparemos? El les contestó: Mirad: al entrar en la ciudad os encontraréis con un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo hasta la casa donde entre, "y decidle al dueño: El maestro te pregunta que dónde está la habitación donde va a comer la Pascua con sus discípulos. El os mostrará una sala grande con divanes en el piso de arriba. Preparadla allí. Ellos se fueron, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua. Llegada la hora, se sentó con sus discípulos y les dijo: He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el Reino de Dios. Y tomando una copa pronunció la acción de gracias y dijo: Tomad esto, repartiéndolo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el Reino de Dios. Y tomando pan, pronunció la acción de gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía. Después de cenar, hizo lo mismo con la copa diciendo: Esta copa es la Nueva Alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros. Pero mirad: la mano del que me entrega está con la mía en la mesa. Porque el Hijo del Hombre se va según lo establecido; pero ¡ay de ése que lo entrega! Ellos empezaron a preguntarse unos a otros quién de ellos podía ser el que iba a hacer eso. Los discípulos se pusieron a disputar sobre quién de ellos debía ser tenido como el primero. Jesús les dijo: Los reyes de las naciones los dominan y los que ejercen la autoridad se

hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así, sino que el primero entre vosotros pórtese como el menor, y el que gobierne, como el que sirve. Porque, ¿quién es más, el que está en la mesa o el que sirve?, ¿verdad que el que está en la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve. Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo os transmito el Reino como me lo transmitió mi Padre a mí: "comeréis y beberéis a mi mesa en mi Reino, y os sentaréis en tronos para regir a las doce tribus de Israel. Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te recobres, da firmeza a tus hermanos.

Lectura:

La fiesta de la Pascua conmemora de la liberación de Egipto. Dios ha escuchado el clamor del pueblo y compadecido de su opresión ha venido liberarlo la esclavitud. El rito del sacrificio del cordero marca la salida hacia el desierto. Un largo camino para ofrecer a Dios un culto verdadero. En el Sinaí el Señor establecerá con ellos su Alianza: "vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios". En el contexto de esta fiesta, Jesús desvela a los suyos el sentido de su inminente pasión, muerte y resurrección.

"Pronunció la acción de gracias". Una larga plegaria judía, equivalente a nuestra larga "plegaria eucarística". La palabra "eucaristía" significa "acción de gracias", y ha llegado a ser el nombre de esta cena cultual cristiana, que también llamamos "Santa Misa", "Fracción del Pan" o "Cena del Señor". Luego les entrega el pan y el vino para que sean repartidos. Como en la multiplicación de los panes. Los discípulos no sólo asisten, sino que "toman parte" en la cena. Este compartir pan y vino expresa la comunión. Con Cristo y entre ellos, y con lo que significa esta Cena. Comunión con su cuerpo y su sangre, con su entrega, con el Reino, con la Nueva Alianza.

Esto "es" mi cuerpo; esta copa "es" la Nueva Alianza sellada con mi sangre. El realismo y la fuerza de estas expresiones no han dejado de impresionar a través de los siglos. Bien expresa san Juan este misterio: "yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá eternamente; el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo; mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mi y yo en él" (Jn 6,51.55-56)

La libertad de Jesús: "Se entrega". La muerte de Cristo es el mayor gesto de amor. Por fidelidad al plan del Padre, por amor a la voluntad de Dios, Jesús acepta entregar su vida para librarnos de la muerte.

En los versículos 24-27, la sorprendente disputa sobre quien es el mayor. Cristo acaba de expresar la razón e inmediatez de su muerte y ellos ¡ se pelean por la primera silla! No extraña que dentro de poco le abandonen. Sólo cuando le vean vivo, resucitado, hallarán la humildad de la fe, y cuando el Espíritu les inunde con lenguas de fuego, el coraje del anuncio evangélico. Por ahora, discípulos torpes, el mensaje del Maestro les supera.

Para el tiempo nuevo que llega, les ofrece una nueva enseñanza. La lógica del servicio. La Iglesia no es una sociedad cualquiera. No como los jefes de las naciones, sino a ejemplo del Señor, que está a la mesa "como el que sirve". ¡Cómo no recordar aquí la escena joánica del lavatorio de los pies! (Jn 13,4ss). La autoridad en la Iglesia se ejerce "en nombre de Cristo", "in persona Christi". Ha de reproducir siempre los rasgos del Humilde Siervo.

Meditación:

¿Cómo vivo hoy la Eucaristía? ¿Es para mí fuente, culmen y centro?

En cada misa se entrega Cristo, y nos llama a comulgar con su misterio. Participar significa, sobre todo, entrar en este profundo encuentro. Es fiesta... de la entrega de Cristo. Banquete... de las bodas del Cordero. Encuentro... con el Señor del calvario. Fraternidad... porque está Cristo allí en medio. Su eje es el sacrificio de Cristo. En aquella Última Cena, ahí puso Jesús el acento.

A la misma mesa de Jesús se sienta aquel que le entrega. Necesito preguntarme por la verdad de mi comunión con Cristo, y por la sinceridad de mi entrega a Él, cada vez que me acerco a la Eucaristía. Por eso comenzamos siempre con el acto penitencial, y reconocemos con el centurión que "no soy digno de que entres en mi casa", con la esperanzada certeza de que "una palabra tuya bastará para sanarme". Sin el sobrecogimiento de saberme indigno, agraciado, y sin el realismo de saber que puedo convertirme en el traidor que le entrega... acaso participaría en la cena de Cristo como un inconsciente, sin darme cuenta de su hondura, de lo que en ella se juega.

La Eucaristía me lleva a servir más y lucir menos. A amar de verdad y a ponerme a los pies de los más pequeños. No es escaparate para los vanidosos esta mesa que prepara el Reino. Comulgar el cuerpo del que dice "tomad y comed de él" nos lleva a darnos como alimento. Hay demasiada hambre en el mundo, demasiado dolor, demasiado desencuentro. Comulgar con Jesucristo nos transforma en lo que comemos. Perseverar en las pruebas de Cristo, hacerme cada día, por amor, más pequeño. Hacerme por amor más humilde, más olvidado de mí, más fraterno.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Dialogar con Jesucristo, presente en la Eucaristía. ¿Por qué te das? ¿Qué me entregas? ¿Cómo es el Padre? ¿Cómo ves a los hombres? ¿A que precio nos amas? ¿A que servicio nos invitas? El amor de Dios y el dolor del mundo se encuentran en la Eucaristía: "por vosotros y por todos los hombres"... ¡Gracias, Señor!

Vivir la Eucaristía. Pidamos a Jesucristo que nos enseñe a participar más auténticamente en la misa. Y a partir de ella, que renueve nuestra vida totalmente a su imagen. Podemos

concluir con un canto eucarístico.

Contemplación:

La contemplación de la cena de Cristo, se realiza del mejor modo celebrando la santa Misa. Quizá sea hoy un día apropiado para una celebración del pequeño grupo que se reúne para la Lectio Divina. Una celebración especialmente contemplativa, sin muchas palabras, más pausada, sobria y bien preparada. Especialmente significativa. La contemplación es un "tomar parte" afectivo, es revivir la escena metiéndonos en ella. Y eso lo hacemos, como nunca, partimos de nuevo el pan de Cristo "en memoria mía". Nada hay más contemplativo que la celebración de la Eucaristía.

Otra posibilidad es realizar la Lectio al menos hoy en una capilla, y concluir exponiendo el Santísimo, de modo que la "contemplación" consista en un mirarle, verdaderamente presente, en medio de sus discípulos. Podemos entonces releer, mirando a Cristo, el relato de la Cena. El texto nos habla de éste que está sobre el altar. Sus palabras las pronuncia Cristo de nuevo, en este momento, para nosotros. Sus gestos son los que el Señor realiza ante nuestros ojos. Su presencia es ahora permanente. Su entrega, llega a todos los rincones de la tierra. No hay hombre sólo o dolorido por quien no se derrame la sangre de este ante quien nos encontramos ahora. Él me invita a sentarme a su mesa. Y al servicio humilde, y a ser pregonero del Reino.

La vinculación estrecha entre Caridad y Eucaristía. Jueves Santo y Corpus Christi son jornadas especialmente vinculadas al amor cristiano a los pobres. San Pablo dirá a los Corintios, que si no cuidan la mesa de los pobres, eso ya no es comer la Cena del Señor (1 Cor 11,20ss). Yo no puedo ser ajeno a ese amor, a esa preferencia real y efectiva por servir a los que tienen menos. Por ayudar al que sufre. Comprometerme por un mundo nuevo.

Caridad eucarística y caridad política. No basta la ayuda aislada a cada individuo. El mundo está mal organizado. Es necesario que los cristianos aportemos los criterios nuevos que brotan de la mesa de Cristo. Sin pervertir el evangelio con las luchas de poder e intereses que a veces pueden tentar al mundo de la política, pero proclamando, como siempre ha hecho la Iglesia, que el servicio de un político auténtico, honesto, es una excelsa forma de caridad. No podemos dejar la luz del Evangelio bajo del celmín de las sacristías, sino ponerla en alto para que alumbre a todos los de la casa. Necesitamos redescubrir el coraje y la urgencia servir a la cosa pública con nuestro compromiso cristiano.

San Justino, Mártir

El día que se llama del sol se celebra una reunión de todos los que moran en las ciudades o en los campos y allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los Recuerdos de los Apóstoles o los escritos de los profetas. Luego, cuando el lector termina, el presidente, de palabra, hace una exhortación e invitación a que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente, nos

levantamos todos a una y elevamos nuestras preces, y éstas terminadas, como ya dijimos, se ofrece pan y vino y agua, y el presidente, según sus fuerzas, hace igualmente subir a Dios sus preces y acciones de gracias y todo el pueblo exclama diciendo «amén». Ahora viene la distribución y participación, que se hace a cada uno, de los alimentos consagrados por la acción de gracias y su envío por medio de los diáconos a los ausentes. Los que tienen y quieren, cada uno según su libre determinación, da lo que bien le parece, y lo recogido se entrega al presidente y él socorre de ello a huérfanos y viudas, a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso, y, en una palabra, él se constituye provisor de cuantos se hallan en necesidad. Y celebramos esta reunión general el día del sol, por ser el día primero, en que Dios, transformando las tinieblas y la materia, hizo el mundo, y el día también en que Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de entre los muertos (Apología I al emperador Tito 67).

Santa Teresa de Lisieux

En la última cena, cuando el corazón de sus discípulos ardía con un amor más vivo hacia Él, que acababa de entregarse a ellos en el inefable misterio de la Eucaristía, aquel dulce Salvador quiso darles un mandamiento nuevo. Y les dijo con inefable ternura: os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado. La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros. ¿Y cómo amó Jesús a sus discípulos, y por qué los amó? [...] Jesús los llama sus amigos, sus hermanos. Quiere verles reinar con él en el reino de su Padre, y, para abrirles las puertas de ese reino, quiere morir en una cruz, pues dijo: Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. (Historia de un alma 10, 11-12).

Ficha trigésima: El proceso contra Jesús (Lc 22, 66 - 23, 25)

Cuando se hizo de día, se reunió el senado del pueblo, o sea, sumos sacerdotes y escribas, y, haciéndole comparecer ante su Sanedrín, le dijeron: Si tú eres el Mesías, dínoslo. Él les contestó: Si os lo digo, no lo vais a creer; y si os pregunto, no me vais a responder. Desde ahora el Hijo del Hombre estará sentado a la derecha de Dios todopoderoso. Dijeron todos: Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios? Él les contestó: Vosotros lo decís, yo lo soy. Ellos dijeron: ¿Qué necesidad tenemos ya de testimonios? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca. Se levantó toda la asamblea y llevaron a Jesús a presencia de Pilato y se pusieron a acusarlo diciendo: Hemos comprobado que éste anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que Él es el Mesías rey. Pilato preguntó a Jesús: ¿Eres tú el rey de los judíos? Él le contestó: Tú lo dices. Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente: No encuentro ninguna culpa en este hombre. Ellos insistían con más fuerza diciendo: Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde Galilea

aquí. Pilato, al oírlo, preguntó si era galileo; y al enterarse que era de la jurisdicción de Herodes, se lo remitió. Herodes estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días. Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento; pues hacía bastante tiempo que quería verlo, porque oía hablar de Él y esperaba verlo hacer algún milagro. Le hizo un interrogatorio bastante largo; pero Él no le contestó ni palabra. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándolo con ahínco "Herodes, con su escolta, lo trató con desprecio y se burló de Él; y, poniendo una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos Herodes y Pilato, porque antes se llevaban muy mal. Pilato, convocando a los sumos sacerdotes, a las autoridades y al pueblo, les dijo: Me habéis traído a este hombre, alegando que alborota al pueblo; y resulta que yo lo he interrogado delante de vosotros, y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas que le imputáis; ni Herodes tampoco, porque nos lo ha remitido: ya veis que nada digno de muerte se ha probado. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré. Por la fiesta tenía que soltarles a uno. Ellos vociferaron en masa diciendo: ¡Fuera éste! Suéltanos a Barrabás. (A éste lo habían metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio.) Pilato volvió a dirigirles la palabra con intención de soltar a Jesús. Pero ellos seguían gritando: ¡Crucifícalo, crucifícalo! Él les dijo por tercera vez: Pues ¿qué ha hecho éste? No he encontrado en Él ningún delito que merezca la muerte. Así es que le daré un escarmiento y lo soltaré. Ellos se le echaban encima pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo el griterío. Pilato decidió que se cumpliera su petición: soltó al que le pedían (al que metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su arbitrio.

Lectura:

En el proceso y muerte de Jesús está presente todo el rechazo de Dios por parte de la humanidad, y todo el pecado del mundo deja caer sobre el Cristo su peso. La libertad con que Jesús se entrega hace presente la infinita misericordia del Padre. Así el amor y la gracia penetran hasta lo más profundo de lo humano y lo redimen desde dentro.

Ante el gobernador romano se le acusa de ser buscar la sedición contra Roma reclamando para sí el reino. Pilato, lo hemos visto, no llega a creerse este cuento. En el contacto con Cristo percibe que no se trata de eso. En su porte, en sus pocas palabras y en la hondura de sus silencios.

Herodes busca el espectáculo, no se toma a Jesús en serio. Espera ver algún milagro, sabe de qué es capaz el galileo. No da crédito a los acusadores, pero le irritan Jesús y su silencio. Los milagros de Jesús son palabra, signos de la llegada del Reino, no espectáculo de feria para entretener a un incrédulo. Ante Herodes, que está cerrado, se reducen a silencio.

Herodes y Pilato se hacen amigos. Los símbolos del poder romano y el poder judío se alían en el rechazo a Jesús. Los responsables de la muerte de Jesús no son los judíos. Tampoco los romanos. La confluencia de ambos, y los gritos de la gente, indican que es la entera

humanidad pecadora, la que carga su mal sobre Cristo. Culpar a un pueblo en concreto, como a veces se ha hecho con el pueblo judío, es absurdo. Es tirar balones fuera. Los responsables somos, en definitiva, todos. Y, lo que es mucho más grande... ¡los beneficiarios de esta entrega amorosa de Cristo somos también todos los pueblos! Por todo pecador muere Cristo, y a todos ofrece el perdón y el Reino.

Barrabás. Quizá un activista antiromano. Ciertamente un asesino. Prefieren la libertad de un criminal. Pilato libera al culpable y entrega al inocente. Por miedo. "Se le echaban encima pidiendo a gritos que lo crucificara". Contra toda justicia, todo el mundo se ha confabulado para que Jesús muera como un criminal. Pero el criminal es el pueblo, que ruge por esta sangre inocente. Y el criminal es Pilato, que "decidió que se cumpliera su petición" y "se lo entregó a su arbitrio". Jesús, el que muere, es el justo. De Él brotará la justicia. En Él se nos ha dado.

No se dicta sentencia formal. Jesús va a la muerte empujado por la masa, y por la malquerencia de unos y la pusilanimidad de otros. Morirá bajo el peso del pecado de todos.

Meditación:

¿Qué me dice este relato? La justicia y la injusticia, la verdad y la mentira, la inocencia y el pecado ¿qué me dice este relato?

Reconocer la inocencia. Jesús la encarna. A veces no soporto al inocente, me irrita. Me siento denunciado, puesto en evidencia. Otras veces... en el fondo le admiro, añoro vivir la inocencia, pero me falta coraje. Sólo de Cristo puedo aprender a llevar una vida inocente. Unido a Él, es posible. ¡Y es tan hermoso, tan deseable!

Salir de las redes de la mentira, de la autojustificación, del engaño. Abandonar la desconfianza, y la violencia. Jesús no se defiende, ama. Jesús no busca escaparse, ama. Jesús no calla la verdad, ama. Jesús no se mira a sí mismo, ama.

La búsqueda de la eficacia. Si lo que cuentan son los resultados, para conseguirlos cualquier vía es válida. Así actúan Pilato y el Sanadrín. Cuando yo sigo esa misma lógica... ¿no le estoy condenando de nuevo? Jesús sigue otro criterio: la verdad, el amor a la voluntad del Padre, buscar el bien de quien lo maltrata.

"Tú lo dices". Jesús no dice por sí mismo nada. Son los mismos que le acusan los que proclaman su identidad. "El Mesías", el "Hijo de Dios", el "Rey de los judíos". No es que no le reconozcan, se trata de que le rechazan. ¿Te reconozco yo, Jesucristo, que entregándote me salvas?

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

¿Qué puedo yo decirte, Jesús del silencio? Tu callas por mi, te entregas por mi, y muriendo

me das la vida. Jesús inocente que limpias mis pecados en el manantial de tus llagas, con el licor de tu sangre.

Mientras todos gritan, y los jueces mienten... Jesús nos escucha. Acoge todo lo nuestro. Ante el Jesús callado del proceso, puedo expresar todos mis dolores. Y los del mundo. Él los acoge, los hace tuyas. Y con el amor que le lleva al madero, los transforma en gracia.

¡Enséñame a entregarme, Jesús inocente! ¡Quiero entregar hoy mi vida, como tú y contigo, en una entrega callada, en favor de todos los hombres!

Quizá sea apropiado un canto del repertorio de Semana Santa. O quizá, probablemente, el mayor bien sea hoy el silencio.

Contemplación:

Yo estoy en esta escena. Entre el Senado, en el Pretorio, entre el pueblo. Entre los que ríen con Herodes, entre los que prefieren a Barrabás. Ver el proceso de Jesús desde la piel de quienes me representan, de quienes lo matan, pues por causa mía, Cristo ha muerto. Sentir horrorizado como es de mi propia garganta, del pecado de mi vida, de donde brota aquel el grito: ¡Crucifícalo, es un blasfemo!

Y mirarla desde los ojos de Cristo. Él está allí en favor nuestro. Haciendo tuyas mis cargas, en Él me reencuentro de nuevo. ¿Cómo mira a los que gritan? ¿Y a sus jueces? ¿Cuáles son sus sentimientos? Cristo mira sin violencia, sin rencor y también sin miedo. La mirada de Cristo es majestuosa, pero humilde. Su mirada de misericordia sobre los hombres, también sobre quienes creen tener las riendas de los acontecimientos.

Mirar como Jesucristo me mira. Dejarme renovar por dentro. Su inocencia me hace inocente. Su amor a la verdad, sincero. La generosidad de su entrega... me hace posible nacer de nuevo.

¿Con qué actitud me enfrento al juicio de los otros? También yo soy a veces juzgado injustamente, y me toca pagar los platos rotos de los errores ajenos. ¿Cuál es el camino de la justicia? ¿Cómo reaccionar ante ello?

Jesús no es un masoquista, no busca el dolor y el sufrimiento. Pero ama hasta las últimas consecuencias, sin echarse atrás. Porque ama con el corazón del Padre, se entrega en nuestro favor por entero. ¿Cómo es mi amor por mi gente? ¿A que estoy yo dispuesto?

San Cirilo de Alejandría

¡Conducen a la muerte al Autor de la vida! [...] La pasión de Cristo era como un lazo tendido al poder de la muerte, ya que la muerte del Señor era el principio y la fuente de la incorruptibilidad y de la novedad de vida (Comentario sobre el evangelio de san Juan 12).

Tomás de Kempis

Si te acoges devotamente a las llagas de Jesús, gran consuelo sentirás en la tribulación, no harán mella en ti los desprecios de los hombres, y fácilmente soportarás las palabras maldicientes. También Cristo fue despreciado por los hombres, y en los momentos de más necesidad fue abandonado por amigos y conocidos en manos de quienes le ultrajaban. Cristo quiso padecer y ser despreciado, y tú ¿te atreves a quejarte por cualquier cosa? Cristo tuvo adversarios y detractores, y tú ¿quieres tener a todos por amigos y bienhechores? ¿Cómo se coronará tu paciencia, si ninguna adversidad se te ofrece? ¿Cómo serás amigo de Cristo si no quieres sufrir ningún contratiempo? Sé fuerte, aguanta con Cristo y por Cristo, si quieres reinar con Cristo. Con que sólo una vez penetrases en el interior de Jesús y gustaras un poco de su amor ardiente, no te importaría nada ya tu fortuna o tu infortunio. Al contrario, te alegrarías de las injurias que te hiciesen; porque el amor de Jesús hace al hombre olvidarse de de sí mismo (De la Imitación de Cristo 2,1,17-22).

Fray Luis de León

Lo flaco y lo despreciado de Cristo, su pasión y su muerte, aquel humilde escupido y escarnecido, fue tan de piedra, quiero decir, tan firme para sufrir y tan fuerte y duro para herir, que cuanto en el soberbio mundo es tenido por fuerte no pudo resistir a su golpe; mas antes cayó todo quebrantado y deshecho, como si fuera vidrio delgado (De los nombres de Cristo. Libro I, "Monte ").

Ficha trigésimo primera: La crucifixión del Señor (Lc 23, 33 - 49)

Y cuando llegaron al lugar llamado La Calavera, lo crucificaron allí, a Él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y se repartieron sus ropas echándolas a suerte. El pueblo estaba mirando. Las autoridades le hacían muecas diciendo: A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si Él es el Mesías de Dios, el Elegido. Se burlaban de Él también los soldados, ofreciéndole vinagre ³⁷y diciendo: Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo. Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: Este es el rey de los judíos. Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: ¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros. Pero el otro le increpaba: ¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada y decía: Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino. Jesús le respondió: Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso. Era ya eso de mediodía y vinieron las tinieblas sobre toda la región, hasta la media tarde porque se oscureció el sol El velo del Templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu. Y dicho esto expiró. El centurión, al ver lo que pasaba, daba gloria a Dios diciendo: Realmente, este hombre era justo, Toda la

muchedumbre que había acudido a este espectáculo habiendo visto lo que ocurría, se volvía dándose golpes de pecho. Todos sus conocidos se mantenían a distancia, y lo mismo las mujeres que lo habían seguido desde Galilea y que estaban mirando.

Lectura:

Jesús muere fuera de la ciudad santa, a manos de gentiles, declarado blasfemo... El santo muere totalmente desacralizado. Se le ha privado de cualquier rasgo que haga referencia a Dios. Pero en sus palabras, que revelan la verdad de su alma, nos permiten ver hasta qué punto Dios está en Él presente: la misericordia con los pecadores ("perdónalos, porque no saben lo que hacen"), la promesa al ladrón convertido ("hoy estarás conmigo en el Paraíso"), la obediencia confiada al Padre ("a tus manos encomiendo mi espíritu").

El centurión le reconoce "justo". No sólo inocente de los cargos. Justo, frente a tanta injusticia. Justo que muere perdonando. Justo que muere piadosamente. Con la verdad de su lado. Lo percibe así un pagano. En la versión de san Marcos, sus palabras son aún más contundentes: "verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios".

La gente se da golpes de pecho. Antes pedían su crucifixión vociferando. Luego quedaron callados, solo "mirando". Ahora han visto y dan la vuelta, pidiendo el perdón de su pecado. La muerte de Jesús ha dejado al descubierto la falsedad de las acusaciones, la perversidad de quienes azuzaron al pueblo, la mezquindad de quienes no le defendieron,... el pecado de todos ellos. No regresan desesperados, regresan con arrepentimiento. La muerte del Señor, del Justo genera un movimiento de conversión en ellos.

Sus conocidos y las mujeres... miran de lejos. Jesús ha muerto en soledad. Totalmente rodeado de sus enemigos. Totalmente en presencia del Padre. Totalmente abandonado de los suyos. Su única compañía han sido el Padre y los dos ladrones. El Dios de la misericordia y los dos pecadores, símbolos de la acogida y el rechazo a la obra salvadora de Jesús. Las mujeres, mas tarde, llevarán la noticia de que ha resucitado, y los discípulos, tras recibir su Espíritu, llegarán a ser sus apóstoles. Anunciarán una salvación, obra sólo de Cristo, entregado a la voluntad del Padre, en favor de todos los hombres..

Meditación:

Meditar la muerte de Cristo... es tarea para toda una vida. Gozo para toda una vida.

Una forma de hacer esta meditación podría quizá centrarse en la repetición de las tres frases que pronuncia Cristo. Repetirlas una y otra vez, dejando que vayan evocando significados en mi interior. Repetirlas pensando en aquella escena, pero también repetirlas pensando en mi propia vida. Y en la de este mundo nuestro, dolorido de injusticias sin cuento, y amado por Dios hasta el extremo. Ver la los hombres con los ojos de Cristo, que intercede y promete el Paraíso. Y mirar mi propia vida ante el Padre, poniendo en sus manos mi espíritu.

También podría detenerme a comparar lo que dicen las gentes a Jesús y lo que dice Él mismo. En este momento supremo, Jesús ha vivido como nunca la gran tentación: "sálvate a ti mismo". Tentación que es tantas veces la mía. Abdicar de la confianza absoluta en Dios, y confiar en mis propios recursos.

Jesús la vence, contra toda evidencia, poniéndose en manos del Padre, y así es capaz de afrontar hasta la muerte. Todo indica externamente que Dios lo ha abandonado, que tenían razón las voces satánicas que le recomendaban bajar del madero. Y sin embargo, la perfecta obediencia del Señor alumbró la mañana de resurrección y la salvación para todo el género humano. ¿Cuáles son mis tentaciones? ¿Cómo afronto al final la entrega, las renunciaciones, las dificultades? ¿Qué luz me da esta escena?

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

El Señor murió perdonando, prometiendo vida y orando. San Lucas nos le presenta repitiendo en sus últimas palabras, el Salmo 31. Salmo de confianza en medio del dolor y el desprecio, en el que resuenan los padecimientos de Cristo y de todos los sufrimientos de los hombres. Salmo que nos abre el alma a la esperanza en la resurrección. Tras un silencio en que cada uno exprese en la forma más personal su oración ante el crucificado, bien podríamos concluir recitando juntos algunos versículos (Oficio de lectura del lunes de la 2ª semana).

Contemplación:

Al contemplar la muerte del Señor nos ayudaría sin duda situarnos ante un crucifijo artístico, o cuanto más, en la iglesia, ante el altar del sacrificio de Cristo, La imagen nos trae el recuerdo de la escena. El altar nos sitúa ante el lugar mismo donde Cristo continúa su entrega. En el sagrario, Cristo muerto y resucitado está realmente presente.

Releer ahora la escena, representándonos los detalles de la forma más viva posible. Quizá nos ayude a hacerlo el recuerdo de algún film, o de alguna imagen de la pasión que se nos ha grabado en el alma de modo más vivo. Mirar también esas otras imágenes, tan vivas, del dolor, el hambre, las guerras, a que casi nos han acostumbrado los medios de comunicación moderna.

Con esa representación tan viva, ir desgranando ahora los versículos. Los gestos. Las palabras. Las actitudes de los corazones.

Miremos sobre todo el rostro de Jesucristo. Cada rasgo, cada gesto.

En especial sus ojos ¿Cómo ve Él a cada uno de los que le rodean? ¿Cómo ve la cruz dura? ¿Qué mirada le dirige al Padre?

Y, tras verle entregar su espíritu... quedémonos en silencio.

¿Cómo cambia mi vida este relato? ¡Mi vida comienza en realidad con este acontecimiento! Cristo me enseña a no estar pendiente de mi mismo. Ni siquiera cuando lo paso mal, y parece que esto me excusa. La suya es una pro-existencia, una vida toda para el Padre y los hombres.

¿Qué hace Cristo en el momento culminante? No se entretiene en las injurias ni da oído a la tentación satánica. Pide el perdón para los que le maltratan, compadecido de su ignorancia. Acoge en su reino al pecador arrepentido, percibiendo con inmensa sensibilidad la verdad de su alma. Se entrega en las manos del Padre cuando parece que éste le ha abandonado... hasta la mañana de Pascua.

No hay otro programa de vida para quien, como yo, soy una sola cosa con el crucificado por mi fe y mi bautismo. Compartir su cruz, como Él la vive, y su resurrección... en esperanza.

San Gregorio Magno

La sangre de Jesús es más elocuente que la de Abel, porque aquella pedía la muerte del fratricida, mientras que la sangre del Señor imploró la vida para sus perseguidores. Para que el misterio de la pasión del Señor no nos resulte a nosotros inútil, imitemos lo que recibimos y prediquemos lo que veneramos (Morales 13,21-23).

San Bernardo de Claraval

Contempla a la muerte vencida y el triunfo del que acaba de morir. Contempla a los cautivos cómo suben del infierno a la tierra y hasta los cielos, para que cuanto hay en cielos, tierra y abismos, doble su rodilla ante el nombre de Jesús. Advierte cómo la tierra, condenada a dar cardos y abrojos, vuelve a florecer con la gracia de la nueva bendición (Sobre el amor de Dios 7,3).

Santo Maestro Juan de Ávila

Muchos son nuestros bienes, no en nosotros, mas en Cristo, que nos dio lo que Él ayunó, oró, y caminó y trabajó; y sus espinas y sus azotes, y clavos y lanza, muerte y vida, haciéndonos participantes en todo mediante los sacramentos y fe. Cuantas son las misericordias del Señor, tantos podemos decir que son nuestros merecimientos; y cuantos son los bienes de Cristo, en tantos tenemos parte nosotros. Y así como en el mar Bermejo fueron ahogados Faraón y los suyos, que perseguían a Israel por las espaldas, así, en la sangre y merecimientos de Cristo, son los pecados que hemos hecho ahogados, que ninguno queda (AudiFilia 680).

Ficha trigésimo segunda: La resurrección de Jesucristo (Lc 24, 13 - 35)

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día a una aldea llamada Emaus,

distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino? Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días? Él les preguntó: ¿Qué? Ellos le contestaron: Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; Cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que Él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace ya dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a Él no le vieron. Entonces Jesús les dijo: ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a Él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, Él hizo ademán de seguir adelante, pero ellos se apremiaron diciendo: Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída. Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero Él desapareció. Ellos comentaron: ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once con sus compañeros, que estaban diciendo: Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Lectura:

El Señor resucitado no se aparece glorioso, rodeado de luces y coros angélicos. Su presencia no resulta nada espectacular. Sencillamente, se pone a caminar con ellos. Largamente. Discretamente.

No interrumpe su conversación, tan dolorosa, tan íntima. Aun cierto punto, puede incluso participar en ella. Jesús no tiene prisa en pronunciar su palabra. Camina al paso de los hombres y escucha lo que les duele dentro.

No le reconocen. Van centrados en sí mismos. El dolor por la ausencia de Cristo les impide reconocerlo. El dolor cierra los ojos, aísla. Nos puede volver egocéntricos. Al contrario que Cristo en la cruz, que es todo ofrenda, descentramiento.

Jesús no parte de la proclamación, sino de la pregunta: ¿de qué habláis? Que aflore su drama de fondo, y al expresarse, tomen conciencia de lo que están haciendo y viviendo, sus

razones y sentimientos. Se interesa por su estado anímico, lo que les preocupa, por ellos. Toda la Escritura habla de Cristo, de su pasión y resurrección, es toda profecía. Sólo la comprende quién conoce a Jesucristo. Y quien así la comprende, es capaz de orientarse en esta vida. Verlo todo desde el plan de Dios. Jesús es el exegeta, el catequista, el Maestro. Jesús ha puesto el dedo en la llaga. Le escuchan largamente, con el corazón en vilo, ardiendo. Enciende su frialdad primera. Les devuelve a su condición de discípulos. Aquellos que venían discutiendo por el camino, ahora se muestran de nuevo amistosos, acogedores, y su corazón, de nuevo, alberga expectativas. No le dejan seguir camino, cuando hace ademán de pasar adelante. Le "apremian" con sumo interés. No soportan separarse del misterioso compañero.

"Entró para quedarse con ellos" Había salido a buscarlos, se había hecho el encontradizo. Pero ahora ellos le invitan, y Él se quiere quedar con ellos.

Se manifiesta al partir el pan. No al compartir el pan. De nuevo, la fina ironía lucana. Resulta sorprendente que sea el invitado quien pronuncie la bendición y parta el pan. Tan extraño como significativo. Quienes "comparten" son los discípulos, que le invitan a cenar. Pero es cuando Él lo "parte" cuando todo cambia de repente. Se dan cuenta de que es Él, que está vivo, está con ellos. Partir el pan para los discípulos es un gesto todo de Jesús. A lo largo de los siglos, este gesto lo realizará, no cualquier hermano, sino quien preside "in persona Christi", ordenado para hacer las veces de Cristo, al servicio de su pueblo.

Meditación:

Es frecuente ver en esta escena el modelo de todo encuentro evangelizados En la actuación del Señor resucitado se pueden distinguir cuatro etapas: una preliminar (acercamiento, sintonía, preguntas), y tres consecutivas: "denuncia" (¡necios!), "iluminación" (las Escrituras) y "sacramento" (partir el pan).

Por los caminos de Galilea muchos le vieron y escucharon sin reconocerle, y nada cambió para ellos. Afortunado quien, como los cristianos, en la fe se encuentra con Cristo vivo, resucitado Para él... ya todo es nuevo. La santa Eucaristía es el corazón de este encuentro. Entró para quedarse con ellos. Y con nosotros se ha quedado. Nos ha enviado su Espíritu. Ahora, donde dos o tres se reúnen en su nombre, allí está el Señor vivo, presente en medio de ellos. En el fondo el esquema de la aparición a los discípulos de Emaús ¿no es el mismo de nuestras celebraciones eucarísticas? La Eucaristía ha sido siempre el centro, la fuente y el culmen de toda la vida cristiana. El alimento de los santos. La escuela de los místicos. El manantial de la caridad verdadera. En ella le "reconocemos" cuando "parte para nosotros el pan" que nos da la vida eterna.

Podemos compartir en voz alta nuestra meditación, brevemente, sin entrar en debate, sino enriqueciéndonos unos con las visiones de los otros.

Oración:

Es es más que nunca indicado que realicemos la oración y la contemplación ante el sagrario, o quizá con el Santísimo expuesto. Hablemos con Él tranquilamente, dándole gracias por habernos salido al encuentro. Por hablanos con valentía. Por desvelarnos el sentido de las Escrituras santas. Por quedarse con nosotros en el pan partido. Nos ha preguntado ¿de qué habláis por el camino? Confiémosle ahora nuestras preocupaciones y pesadumbres, y que Él las transforme con su Palabra y su Sacramento.

Contemplación:

Ahora, repasemos la escena. Activamente. Veamos con toda viveza el camino, el estado de ánimo de los caminantes, su agria discusión, la amargura de la decepción sufrida... Veamos venir, a lo lejos, a un misterioso caminante. Les alcanza sin forzar el paso, se pone a caminar junto a ellos. Tras escucharles en silencio les pregunta... Reconstruyamos imaginativamente todos los detalles que va introduciendo el texto.

¿Desde dónde contemplamos esta escena? ¿Desde el cómodo sillón de mi casa, como si fuera un video que miro desde fuera, de lejos? ¡Yo estoy dentro de la escena! Hoy Cristo me sale al encuentro... Camina a mi lado, me escucha, me pregunta, me reprende, me caldea el corazón... ¿Le invito a sentarse a mi mesa, o le dejo que se marche lejos? ¡Mirarle partirnos el pan con unos ojos nuevos!

Y desandar el camino, hacia la Iglesia, hacia la comunión, hacia la alegría compartida, hacia el reencuentro con Pedro. Hacia el testimonio vivo de lo Cristo por mi ha hecho.

¡Señor, hazme tu misionero; que nunca se aparten mis ojos del Santísimo Sacramento!

¡Oh Dios, que en este sacramento admirable nos dejaste el memorial de tu pasión, te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu redención!

Aprender a evangelizar con Cristo. A veces no se cómo hacer. Me da miedo. No me siento preparado. El evangelio de hoy me presenta el método misionero del mismo Cristo resucitado... Bien puedo aprender de su ejemplo.

¿Cómo vivo yo la Eucaristía? ¿Escucho la Palabra con corazón ardiente? ¿Le reconozco vivo y presente en la fracción del pan? ¿Cambia mi vida este encuentro? ¿Corro al encuentro de la comunidad cristiana y a testimoniar que está vivo, que me ha salido al encuentro?

San Agustín de Hipona

Al entrar hoy en esta Iglesia éramos ya creyentes; y sin embargo, siempre se oye con gozo lo que nos refresca la memoria. Y ¿cómo no va a alegrarse nuestro corazón, si nos parece ser mejores que estos dos que van de camino y a quienes el Señor se aparece? Nosotros creemos lo que ellos todavía no creían. Habían perdido la esperanza, mientras nosotros

dudamos sobre lo que dudaban ellos. Habían perdido la esperanza porque el Señor había sido crucificado. [...] Nosotros esperábamos... ¿Esperabais? ¿Ya no esperáis? ¿A esto se reduce vuestra condición de discípulos? Os supera el ladrón en la cruz. Habéis olvidado a vuestro Maestro. Él reconoció al que, como Él, pendía en la cruz. Esperábamos. .. ¿Qué esperabais? Que Él fuera el liberador de Israel. Lo que esperabais y, una vez Cristo crucificado, perdisteis, es lo que el ladrón crucificado reconoció. [...] Aquella cruz era una escuela. En ella el Maestro adoctrinó al ladrón. El leño del que pendía fue cátedra del que enseñaba. Que el se os ha restituido haga renacer la esperanza en vosotros. Como así sucedió. Pero recordad cómo el Señor quiso ser reconocido al partir el pan por aquellos que eran incapaces de reconocerlo. Los fieles comprenden lo que quiero decir, pues también ellos reconocen a Cristo en la fracción del pan. No cualquier pan se convierte en el cuerpo de Cristo, sino el que recibe la bendición de Cristo (Sermón 234).

El Catecismo de la Iglesia Católica

El misterio de la resurrección de Cristo es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento. Ya san Pablo, hacia el año 56 puede escribir a los Corintios: «Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce». El apóstol habla aquí de la tradición viva de la Resurrección que recibió después de su conversión a las puertas de Damasco (nº 639). Jesús resucitado establece con sus discípulos relaciones directas mediante el tacto y el compartir la comida.